



A. SANH

MI DOBLE

VIDA

MI DOBLE VIDA

A. Sanh

Primera edición: agosto, 2017.

©2017, A. Sanh

©Maquetación e interior, de Mireia Oliver

©Ilustración de portada, de Skríbaid.

©Citas, de Kako M.

ISBN: 9781521996065

Queda prohibida cualquier tipo de copia, distribución o adaptación de la obra sin el permiso expreso del autor.

Todos los derechos reservados.

A todos los que se cruzaron en mi camino,
en el momento adecuado.

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA

PREFACIO: ANTES DE LAS DROGAS

CAPÍTULO 1: NO SABER ADAPTARSE

CAPÍTULO 2: CLARA Y ANGELA

CAPÍTULO 3: DOBLE VIDA

CAPÍTULO 4: ATROPELLOS

CAPÍTULO 5: CUANDO ANGELA SE CORTÓ EL FLEQUILLO

CAPÍTULO 6: EL CHIRINGUITO

CAPÍTULO 7: CRAC AND CRACK

CAPÍTULO 8: AMÉRICA

CAPÍTULO 9: LA CATEDRAL

CAPÍTULO 10: LO QUE LE DIJE MIENTRAS FINGÍA ESTAR BORRACHA

CAPÍTULO 11: FLOR DE NARANJA

CAPÍTULO 12: SMOKE DETECTOR

CAPÍTULO 13: LA CAÍDA

CAPÍTULO 14: TE QUIERO Y ADIÓS

CAPÍTULO 15: CUATRO DÍAS

CAPÍTULO 16: ENERO EN SAN JUAN

CAPÍTULO 17: ESPEJO ROTO

CAPÍTULO 18: LAS LOCURAS QUE ME HAS VISTO HACER

EPÍLOGO

EN EL SIGUIENTE LIBRO...

NOTA DE LA AUTORA

Esta historia no presenta un método de narración convencional. Está formada a partir de diferentes fragmentos del diario de la protagonista. Hay frecuentes saltos temporales, cambios de narrador, cambios de estilo y, sobre todo, cambios de opinión de los protagonistas.

Narra hechos ocurridos hace diez años, hay frecuentes *spoilers* del futuro (nuestro presente), que están escritos a propósito. Todo lo que parezca caótico, desordenado e incoherente, es intencional.

Parece complicado, pero el resumen es que, aunque la narración sea rara, la historia se entiende.

Basado en hechos reales.

**HOY ESTÁS
AQUÍ,
ESQUIVANDO
SU OLVIDO;
PERO AQUÍ,
CONMIGO**

PREFACIO: ANTES DE LAS DROGAS

Mi nombre es Alejandra Nora. Sin embargo, me llaman también Alejandra, Nora, Nono, Jandra, Jandri, Nori, Ale, Alenora o Jan; puedes elegir el que prefieras.

Esto que tienes entre tus manos es una copia barata de lo que me ha tocado vivir en mi corta existencia. Algunas situaciones son buenas, otras malas, otras son solamente dignas de contar y, otras, son bastante estúpidas. Pero escribir mi biografía es algo que me propuse desde el día que entré en terapia de desintoxicación.

Las veces que he tenido que comenzar desde cero han sido infinitas...

Todo empezó en 1989, noviembre, estaba lloviendo o al menos eso me han contado. El porche estaba cubierto por una pérgola roja y el suelo era de cerámica antigua, rojo también. Al final del porche estaba el jardín y en el otro extremo había una habitación. Esa habitación había sido utilizada como refugio durante la guerra, después como establo, por eso estaba cubierta con

madera y paja, a pesar de que su interior estaba recubierto por paredes blancas de yeso y un suelo de madera bastante moderno para la época. No había muchos muebles, no los necesitábamos. Teníamos una cama grande, un armario antiguo, un sofá amarillo frente a una mesilla de café sosteniendo una pequeña televisión; también una nevera y un horno, un aseo minúsculo y una mesa azul con sillas plegables. Un largo pasillo conectaba «el establo» con el resto de la casa de campo y, esta a su vez, se comunicaba con el resto de las casas de la zona mediante un jardín compartido que, más que un jardín, era una cañada llena de hierbas donde se llevaba a los animales a pastar. Desde el establo reacondicionado en habitación se veía todo muy bien: los pastores, los perros ovejeros, los rebaños de animales e incluso la actividad agraria del resto de los habitantes del pueblo. Pero aquel día llovía y no había nadie. Elegí ese día para nacer.

Mi madre, Claudia, tenía solo 15 años y llevaba 9 meses viviendo en ese recinto rehabilitado, pues no tenía otro sitio a donde ir porque la habían echado de casa. Mamen, su mejor amiga, la acogió en su casa y juntas reconvirtieron el viejo refugio en un lugar decente para vivir. Cuando avisé de que llegaba, no había nadie cerca. Mamá no tenía edad para conducir, no existían los teléfonos móviles que ahora conocemos y no había aún línea telefónica en aquel pueblo tan pequeño situado en el norte de España, en León, a 20 kilómetros de Galicia. La tarea de conseguir atención médica se antojaba imposible. Por suerte, en los pueblos las mujeres se ayudan unas a otras y algunas vecinas se presentaron en el lugar dispuestas a colaborar en mi recibimiento a la vida. No sé si mamá tuvo miedo, seguramente sí, estaba rodeada por desconocidas, lo que era casi como estar sola y yo estaba en camino. Tal vez alguien se ofreció a llevarla al hospital, o tal vez no. No hubo tiempo de llegar allí de todos modos. Nací en la cama del viejo establo dos semanas antes de la fecha en la que se suponía que tenía que nacer, mamá me cogió en brazos y me miró con los ojos llenos de lágrimas:

—Nos vamos al hospital —dijo.

En 1990, aquel establo viejo en medio del campo seguía siendo nuestro hogar. Por aquel entonces había más muebles, había juguetes para mí, estaba también la cuna y una bañera de Disney. Muchas fotos mías adornaban las paredes.

Dicen que yo estaba siempre asomada por la ventana, observando la vida en el campo y dejando que el viento peinase mis rizos rubios de una manera

curiosa mientras señalaba a los diferentes animales. No conocía a papá y los abuelos tampoco habían tenido interés en verme, éramos mamá y yo y, a veces, Mamen y Carlos. Aunque ellos estaban muy ocupados desde que había nacido su hija Blanca.

Mamá trabajaba en la gasolinera del pueblo y aunque no ganaba mucho, vivíamos bien, porque tampoco necesitábamos nada especial. Yo solía ir con ella a la gasolinera, pero a veces me dejaba al cuidado de mi bisabuela Claudia, que tenía 88 años, pero tenía la vitalidad de una joven de treinta. Me gustaba corretear por toda la casa y desordenar sus trastos viejos, ella me daba galletas caseras y me ponía telenovelas sudamericanas, las cuales me aburrían en exceso. Algunas noches mamá tenía que ir a sustituir o a cubrir emergencias en la gasolinera y me dejaba sola durante un par de horas. A mí me daba mucho miedo, cuando ella volvía me encontraba sentada en el sofá rodeada por todos mis muñecos y llorando histérica, con un ataque de pánico.

A mi madre nunca le gustó la vida de campo. Ella había pasado su infancia y adolescencia interna en una escuela de Dublín; capital de Irlanda, huyendo de una época algo difícil en España, concretamente en su región. Estaba acostumbrada a la vida en la ciudad y por eso se sentía infeliz con su rutina de pueblo y las pocas emociones que había en su vida. Pensaba que se iba a quedar sola conmigo el resto de sus días, y no le gustaba que su hija tuviera que crecer en un lugar tan aburrido y tan vacío de vida. Pero no teníamos dinero, ni mucho apoyo de la familia, por lo que mamá tampoco podía encontrar un trabajo mejor porque no había podido terminar sus estudios, parecía que el destino nos impedía irnos.

A mí no me parecía tan mal, era un bebé y me divertía mucho, pero pensando en futuro a corto plazo, allí no había ni un colegio para mí. Es por eso que mamá habló con la bisabuela Claudia sobre sus preocupaciones y esta le dio una gran parte de sus ahorros de vida.

—Dale a esta pequeña una vida que pueda aprovechar —dijo ella con una sonrisa.

Mamá se sintió muy aliviada y tuvo la esperanza de encontrar una buena vida en la gran ciudad y abrirse paso en un buen trabajo mientras me criaba lo mejor que podía.

El día posterior al que la bisabuela le diera el dinero, mamá hizo las maletas y compró unos billetes de tren. Mientras viajábamos, me sentó sobre sus

rodillas, me miró fijamente y dijo:

—Nos vamos a Barcelona.

Un año después, vivíamos en un piso en Vic, Barcelona. Un ático antiguo. Era alquilado y compartido con Mamen, Carlos y la pequeña Blanca. El ático tenía tres habitaciones, un salón muy grande, una cocina decorada con muebles negros y un baño pequeño con una bañera de cerámica verde. Todos los muebles tenían aspecto viejo. Estaba en una calle comercial y mamá consiguió un trabajo a media jornada como camarera en un restaurante de esa misma calle. Retomó sus estudios y la mayoría de las tardes iba a la escuela a cursar el bachillerato. Nos veíamos poco de diario dado que el trabajo y el bachillerato la tenían muy ocupada, por eso a mí me metió en una guardería con otros niños donde nos ponían a dormir o a jugar todo el rato. Cuando salía me recogía Mamen y me llevaba a casa a esperar a mamá, que a veces venía tarde, pero siempre estaba para bañarme, darme la cena y un beso de buenas noches. Sin embargo, los fines de semana nos quedábamos solas porque Mamen y Carlos iban a León, y entonces pasábamos juntas todo el tiempo. No nos había ido tan mal en nuestro intento de comenzar de cero. Me gusta pensar que contribuí un poco en todo. Mamá pensaba que había conseguido una estabilidad decente, y que no pasaba nada por vivir agobiadas por el dinero si ya estábamos tranquilas.

Mi padre se llamaba Henry, irlandés nativo. Nos visitó en primavera de ese mismo año. La primera vez que me vio gritó mucho a mi madre por no haberle dicho que yo era de él. Quiso implicarse más en mi vida y empezó a mandar dinero todos los meses, también intentó visitarme una vez cada quince días, pero no me sentía muy cómoda a su lado y siempre me echaba a los brazos de mi madre. Comenzaron una relación más seria y las visitas cada vez eran más largas, mi madre me sacaba de la guardería para que él me cuidase y para que pudiéramos pasar más tiempo juntos, pero a ninguno de los dos se nos daba muy bien eso de ser padre e hija.

Papá tenía diecisiete años, era muy fiestero y no terminaba de comprometerse del todo con mamá, por eso en septiembre se marchó de nuevo a Irlanda a comenzar la universidad. A mamá le enfadó que no quisiera hacer una vida en Barcelona con nosotras. La tranquilidad se acabó una tarde de otoño cuando mamá lloraba desconsolada y yo no sabía por qué, la abracé y ella me besó la cara y me dijo que íbamos a tener compañía en casa, que había otro bebé en camino. Ya era mala suerte tener dos embarazos antes de cumplir los

dieciocho. Cuando se enteró de que no venía un solo bebé, sino dos, abandonó el ático de Vic y compró billetes de avión para otro país, una nueva aventura, otro inicio.

—Nos vamos a Irlanda —dijo mientras me miraba cariñosamente, enseñándome la ecografía de mis hermanas.

En navidad de ese año, ya llevábamos varios meses en Irlanda en casa de la abuela y el abuelo. Para mí todo aquello era nuevo, incluso el idioma, pero era fascinante. Era una casa enorme, había un lago, un jardín infinito rodeado por bosques, una costa rocosa y el mar con sus olas gigantes, aquellos animales de mis abuelos y los muebles lujosos. Todo me tenía fascinada. Mi abuelo me explicaba todo lo que yo preguntaba y me llevaba con él a ver los animales, los peces del lago o las carreras de motos del pueblo. También conocí a todos mis primos, había pasado de estar sola con mamá a tener muchísima familia y compañía. Mis primos, todos tan majos. Menudo subidón de calidad de vida, ahora no nos faltaba de nada, los abuelos le daban a mamá todo el dinero que ella necesitaba, y mamá se ponía cada vez más gordita. Papá pasaba mucho tiempo con nosotras y era cariñoso conmigo, la familia nos aceptaba muy bien, qué suerte tenerlos, porque la de mamá no quiso saber nada del tema.

Un poco antes de febrero del año siguiente, papá terminó su tercer semestre en la delegación de Derecho de la Universidad de Cork, en Irlanda. Ya tenía dieciocho años y obtuvo derecho a unas prácticas pagadas en el mundo de la abogacía. El abuelo le ofreció hacer las prácticas para la empresa familiar, pero papá se negó y dijo que tenía que hacerse su vida él y ya después ayudaría en los negocios familiares. Le preguntó su opinión a mamá y ella dijo que le encantaría que hiciera las prácticas en Barcelona porque a ella le gustaría mucho que sus hijas nacieran allí y crecieran allí. Papá aceptó porque tenía ganas de salir de Irlanda y en España tenía amigos como Mamen y Carlos o conocidos de las fiestas que se echaba cuando venía de visita. No se lo pensaron mucho, eran jóvenes, cogieron lo poco que necesitaban, me cogieron a mí, me besaron la frente y emprendimos otro inicio.

—Nos vamos a Vic —dijeron con una mirada que nunca olvidaré.

En 1995 teníamos dos pequeñas correteando por casa y subiéndose a todos los muebles: Marta y Claudia. Vivíamos en Vic, en una casa pequeña en una

colina de las afueras, con una piscina grande desde la que se veía todo el pueblo medieval. El colegio estaba a 10 minutos en coche así que no perdíamos mucho tiempo en ir y en volver. Mamá se sacó el bachiller y se puso a trabajar de ayudante de enfermería en un hospital y papá terminó sus prácticas y encontró un buen trabajo de abogado en Barcelona ciudad. Se repartían bien el tiempo que pasaban con nosotras y casi nunca nos tenían que dejar al cuidado de otras personas, aunque no fueron pocas las noches que salieron a de fiesta y nos dejaron con una niñera. Yo siempre prefería estar a solas con mamá porque era lo que siempre había tenido, sin embargo, la compañía de papá ya no me sentaba tan mal como al principio. Aunque muchísimas veces era el encargado de imponer la disciplina. Lo que si detestaba con fuerza era la presencia de los dos terremotos que tenía por hermanas, por culpa de ellas me habían sacado de la Irlanda que tanto me había gustado para venir a otra casa donde mi madre les hacía más caso que a mí y todos les traían regalos. Cuántos celos de mi parte.

En 1997 las cosas empezaron a ir bien para mamá y papá y vino mucho dinero a casa gracias a los negocios y también en forma de préstamo de mi abuelo de Irlanda, quien nos ayudaba mucho. Mis padres eran inexpertos en todo y fueron creciendo a la vez que nosotras, nos educábamos mutuamente, ellos nos enseñaban a ser buenas hijas y nosotras les enseñábamos a ellos a ser buenos padres.

Mamá comenzó a estudiar medicina en la universidad animada por mi padre, que quería que ella también tuviera éxito en la vida. Se redujo mucho el tiempo que ella pasaba con nosotras ya que la universidad consumió su tiempo libre, aun así, siempre llegaba con una sonrisa a casa. Papá puso su despacho en casa para poder vigilarnos mejor pero aun así no podía lidiar con las tres y me internó en el colegio, no me quejo, me encantó vivir con ellos... una etapa que fue tan bonita en mi vida que no dudé en repetirla los años posteriores. Cuando mamá avanzó más en su carrera, quiso montar una pequeña consulta familiar para enfermedades comunes, heridas leves, problemas musculares o aplicar inyecciones. Papá propuso que lo hiciera en casa, pero no había espacio. Necesitábamos una casa más grande, entonces se miraron con orgullo y dijeron:

—Nos vamos a Hospitalet de Llobregat.

BENDITA LA SUERTE DE NO TENERTE

CAPÍTULO 1: NO SABER ADAPTARSE

Cuando tenía catorce años, vivía interna en el colegio por única y exclusiva decisión de mi padre, que no tenía tiempo para lidiar con sus tres hijas adolescentes. Podía vivir felizmente con ello de todos modos. No era popular, ni la más guay del colegio, pero tenía mi reputación entre mis amigos de toda la vida. Pasaba las horas jugando a videojuegos, aprendiendo música, aprendiendo japonés, viendo demasiado la televisión. También tenía un flechazo con los coches, un flechazo que aún no tenía con los chicos. No me gustaba ninguno, no estaba pensando en noviazgos o en sexo. El amor nunca fue el causante de mis decisiones. Solía pasar mi tiempo libre en el colegio o en casa y no había ido a ninguna fiesta aún. Tampoco había probado el dulce aroma del alcohol todavía. Mis amistades se reducían a unos nombres: Laia, Paula, Rocío y Nuria. A ellos se le añadía el chico con el que más me trataba era Francesc, a quien llamábamos Kiko, aunque

también estaba Álex que nunca me atrajo, pero era el causante de todas mis carcajadas. Era la niña más sana y más tranquila del mundo.

Tenía catorce años en 2003, el año en el que todo cambió. Mi madre se fue a Nueva Zelanda a terminar su máster en cardiología y mi padre y yo no teníamos una relación lo suficientemente fuerte. Yo estaba entrando en la adolescencia y él pasaba demasiado tiempo trabajando. Es cierto que teníamos nuestros momentos, como cuando veíamos la F1 o íbamos de excursión con la bici, pero no se podía tener una conversación normal con él. A mi padre no le gusta hablar y tampoco escuchar, nunca escucha a los demás. He estado dudando toda mi vida sobre su capacidad para empatizar, pero ahora que tengo veintisiete años puedo confirmar que mi padre nunca ha sido una persona de diálogo y respuesta, y nunca lo será. Por lo tanto, no hablábamos. Creo que la personalidad de un individuo se desarrolla en esa etapa tan marcada entre los doce y los dieciséis; la mía empezó a formarse el mismo año en que mi madre se marchó por un tiempo y mi padre me internó en el colegio. No me importó eso, repito, el internamiento me hacía feliz. Empecé las clases en la misma aula de siempre, con la misma gente con la que había pasado los diez últimos años. Básicamente nada nuevo.

Desgraciadamente, el destino hizo que un chaval llamado Roger, al que nunca llegué a conocer, pidiera al director un cambio de grupo. Al parecer él no estaba nada a gusto en el suyo y sus padres movieron cielo y tierra para que le cambiasen a mi clase. Con él en clase, había una descompensación de catorce alumnos en un grupo y solo diez en otro. De las catorce personas que éramos, me pidieron a mí que me cambiase al otro grupo para compensar. ¿Por qué yo? Sigo preguntándomelo. Pronto entendí por qué ese chico, Roger, había insistido tanto en alejarse de sus compañeros de clase.

Ese mismo día, mi infierno personal se desató. Perdí a mis amigos, y por perder no me refiero a que les sacara de mi vida, sino a que literalmente les perdí porque dejé de verlos y era incapaz de encontrarles en mis horas libres. Tenía un nuevo horario completamente diferente, estaba en un área diferente, tenía horas de comer diferentes y todo era totalmente distinto. Nunca les perdí mentalmente porque intentaba mandarles mensajes a todas horas y verles los fines de semana, pero desde luego la amistad se redujo muchísimo, lo cual hizo mi vida bastante difícil. Aparte de eso, llegué a una nueva clase donde encontré un tipo de gente completamente diferente, eran niños pijos ricos con aires de mafiosos, bastante agresivos y muy creídos.

Solían jugar con elementos ilegales y atractivos para un adolescente como el alcohol, las drogas y el sexo. Además, siempre estaban causando peleas, en las que no eran muy partícipes, pero sí los primeros en animar y avivar la pelea. Para mí, la inocente inexperta, era un mundo nuevo en el que no quise entrar, éramos once personas en clase y excepto yo, todos eran parte de esa asociación que habían creado donde entre todos conseguían y compartían ilegalidades y problemas, incluso iban a pegar a los pequeños o a los de otros colegios.

Desde muy temprano sufrí las consecuencias de no querer adaptarme a su modo de vida y sus actividades. Me preguntaron varias veces de buenas si quería ayudarles a esconder el tabaco, o si quería ir a hacer graffitis con ellos, o si podía darles dinero para botellón. Incluso si me apetecía probar las drogas. Siempre dije firmemente que no. A partir de ahí se acabaron los buenos modos y empezaron los golpes y los abusos, no puedo decir que me dieran palizas, pero las chicas me pegaban varias veces por semana mientras que los chicos me insultaban, me quitaban las cosas, me rompían mis pertenencias, me obligaban a hacer sus deberes y mil jugarretas más. Aguanté varios meses callada sin decirle nada a nadie. Me volví infeliz, comencé a estar sola y aterrada, nunca sabía por dónde vendría la próxima jugada y estaba siempre alerta, en estado de defensa.

Algunas veces me desquitaba y con todo el rencor del mundo, devolvía cada humillación, pero entonces aún venían más y más fuertes, algunas veces devolvía los golpes y conseguía estar unos días en paz, pero eso solo aumentaba mi miedo de no saber cuándo volverían a por mí. Pero eso sólo sucedía algunas veces. La mayoría de ellas me las callaba.

Era agobiante vivir así las veinticuatro horas del día de lunes a viernes. Empecé a sacar malas notas y a aguantar las broncas de mi padre, que vio la solución en dejarme sin salir los fines de semana para que estudiase más. Ahí perdí uno de mis pocos momentos de felicidad: el poder ver a mis amigos los fines de semana. Para mí era un asunto realmente importante, al igual que lo sería para cualquier adolescente.

Nunca le conté sobre el infierno que estaba viviendo en clase, nunca hablé de las peleas ni de mis derrotas personales porque siempre he sido una persona muy arrogante que odia admitir que algo le puede ir mal. Así era y así me siento todavía. Si le hubiera contado mis problemas a mi padre, él habría encontrado una solución rápida y eficaz como reclamar al colegio que me

pusiera de vuelta en mi antigua clase. Pero no abrí la boca. También sentía miedo que por delatarles vinieran a por mí en un plan mucho más agresivo, y a veces también pensaba que mi padre me castigaría más por habérmelo callado tanto tiempo.

Sufría ataques de pánico y mucha ansiedad, no podía dormir bien por las noches y dejé de comer por iniciativa propia. Casi nunca lloraba, pero por dentro me sentía muy triste y rota. Mi madre vino por navidad y tuve varias oportunidades para contarle lo que pasaba, ella me vio diferente y sospechó que algo me estaba revolviendo los sentidos, pero no tuve el valor para decírselo. Ella tenía solo veintinueve años por aquel entonces y solía ser muy sensitiva con mis dramas adolescentes, pero también era bastante dura conmigo si se enteraba de que le ocultaba cosas o le decía mentiras. Es por eso que me lo callé y tuve que fingir que era una persona completamente normal durante todas las navidades, en las que nadie se preguntó porqué no salía de mi habitación.

AL INFIERNO SE VA EN LÍNEA RECTA

CAPÍTULO 2: CLARA Y ANGELA

Así pasó el tiempo y las cosas no cambiaron nada. No fue hasta el séptimo mes cuando la cosa avanzó. Una de las chicas del grupo que previamente había sido muy cruel conmigo, Clara, me empezó a hablar como si fuera mi mejor amiga de siempre. Al principio, pensé que era parte de alguna trama para tratar de hundirme y desconfiaba mucho de ella, pero sus acciones me transmitieron que iba en serio y no traía ninguna mala intención. Me sentía confusa, pensaba: «¿por qué esta tonta ahora quiere ser mi amiga si lleva meses haciendo de mi vida un infierno?», pero por miedo le abrí mi puerta. Desde el mismo momento en el que la acepté como amiga, el abuso escolar cesó para mí y eso me sentó de maravilla. Clara me dio un consejo muy pronto, me dijo:

—Sé mejor, sé más guay, tienes lo necesario para ser popular, haz lo que nosotros hacemos, es divertido.

Para mí no tenía sentido ese estilo de vida, pero ella volvió a la carga algunos días después:

—Deberías, al menos, cooperar, sino te van a empezar a torturar de nuevo.

Las siguientes semanas siguió intentando convencerme para que me uniera a la diversión. Siempre pensé que lo hacía para joderme la vida aún más, que quería ser una mala influencia para mí y llenarme a drogas para divertirse. Sin embargo, ella siempre ha admitido que se sentía arrepentida y que le agradaba mi forma de ser, que solo quería ayudarme y sabía que todo pararía cuando empezase a mostrar hábitos similares. También me reconoció que el resto de los chicos me tenía miedo porque pensaban que tarde o temprano hablaría y les expulsarían del colegio. Y en parte, por miedo, me trataban así. Prometí que no les delataría.

Clara solía contarme historias sobre chicos y fiestas donde fumaban maría. Sus anécdotas siempre me parecían divertidas e interesantes, no sabía que la vida podía ser vivida de la manera en la que ella lo hacía.

Empecé a disfrutar de su compañía y olvidé los malos momentos de los meses anteriores. Para mí fue como una hermana mayor que me fue introduciendo en la parte oscura de la vida gradualmente. Admiraba su carisma, su seguridad y su forma de ser, para mí, era una persona invencible y superior. Era la más guapa del curso y tenía el respeto de todos.

Constantemente hablaba de todo el dinero que gastaba, e invitaba a la gente a meriendas enormes o fiestas exclusivas, parecía que tenía un presupuesto infinito. Siempre parecía tan libre y especial que se ganaba la confianza de todos. Y así fue que se ganó la mía muy rápido y aunque no quise probar ninguna sustancia, empecé a ayudar a mis compañeros a esconder la droga e incluso a pagarla.

Conocí a Angela una semana después de entrar en el grupo de rebeldes. Era nueva en el colegio y la pusieron directamente en mi clase, venía de Italia, aunque hablaba un perfecto catalán y español, Clara también era extranjera, jamaicana para ser exactos, y se interesó rápidamente por saber cosas de ella. El resto de la clase también se interesó mucho. Yo también soy medio extranjera y a nadie le resultaba interesante, pero agradecí que yo dejase de ser el foco de atención. Pensé que tarde o temprano el bullying iría hacia ella por ser la chica novata y la nueva amenaza. Pero Angela venía curada de espanto y con las cosas aprendidas, incluso trajo su propia hierba. Al parecer ya había consumido en su colegio de Italia. Yo no me creía que eso fuera posible, solo teníamos catorce y quince años, pero ellos decían que yo era

demasiado bebé. Que todos a nuestra edad bebían y fumaban.

Angela se hizo la dueña del lugar rápidamente, se notaba que era más experimentada en los asuntos ilegales que todos mis compañeros, y se ganó el respeto del grupo a base de consejos y de mercancía gratis. Ella era mucho más cruel que Clara y no tenía problemas en zanjar a golpes cualquier discusión, le encantaba meterse en problemas, cobrar deudas y ganar peleas. Había una cosa que la diferenciaba de Clara: no buscaba la popularidad, solo quería controlarlo todo porque se preocupaba demasiado por sus propios intereses y no confiaba en el criterio de los demás en lo que a esconder la droga o el alcohol se refería.

Muchas veces quería ir a su bola, pero todos la adoraban, creo que en fondo se sentía incómoda. Su actitud conmigo fue bastante mala al principio, le dijeron que no era del todo fiable, y me obligó agresivamente a hacerle los deberes, además solía acorralarme en clase de gimnasia y al salir del colegio para lanzar amenazas y advertirme sobre qué pasaría si la delataba.

Angela y Clara se hicieron buenas amigas una semana después de que la primera viniera al colegio. Para mí estaban hechas la una para la otra, solían competir por quién hacía la estupidez más ilegal o la maldad más fea y se pasaban las horas riéndose de ello. Al ver esa situación me empecé a sentir nerviosa de nuevo porque la única persona que me hablaba como amiga me había dejado por una extranjera psicópata con un claro don para los negocios turbios y a la que no le caía muy bien. Tuve miedo de que la pesadilla comenzara de nuevo y pasé una semana horrible teniendo ataques de ansiedad constantes causados por mis propios pensamientos.

Los ataques de pánico me causaban mareos y me mandaron unos días a casa a descansar. Mi padre pensó que era por la presión de los exámenes y no me preguntó.

Cuando pude controlar mis ataques de pánico volví al colegio con dudas sobre qué pasaría. Clara me abrazó cuando me vio y me dijo que había estado preocupada por mí. Me dijo que había hablado con Angela sobre mí y me prometió que ya no me molestaría más. La italiana me ofreció su amistad de una manera forzada, pero acepté. Tampoco es que tuviera otra opción. Ella también me pareció fascinante con todas sus anécdotas de fiestas y de chicos, pensaba que era genial que hiciera todas esas cosas tan divertidas y peligrosas y sentía envidia de que mi vida fuera tan aburrida y nunca tuviese

ninguna historia que contar.

Dentro de mí empezó un proceso de necesidad de cambiar y de ser como ellos, inconscientemente empecé a ver todas esas cosas normales. La influencia que ejercían en mí era increíble, aunque mi yo interno se resistía a meterse en ese agujero negro de drogas y problemas. Clara y yo fuimos un par de veces con Angela a bares universitarios, conseguí no probar el alcohol ni las drogas a pesar de sus insistencias. Bailamos mucho, nos metimos en algunos problemas y en situaciones complicadas de las que salíamos victoriosas al grito de «¡soy menor de edad!». Aquellas fueron mis primeras aventuras.

Robábamos cosas del colegio solo por la diversión que producía la subida de adrenalina, y nos encarábamos con gente más pequeña que nosotras. Por las noches, en el internado, nos escapábamos a la habitación de las otras para estar toda la noche hablando y contándonos secretos. Esas noches desencadenaron una aceleración en mi proceso interno de querer cambiar. De repente quise más y más. Empecé a beber alcohol, aunque eso no era algo demasiado alarmante porque en España todo el mundo bebe cuando es adolescente. Me divertía bebiendo con ellas y así empecé a tener aventuras que contar y a acaparar la atención de mis compañeros. Me sentía respetada por todos por primera vez en todo el año. Me invitaban a salir, a sus casas, me añadían como amiga en el chat de moda de entonces, me mandaban mensajes de texto... Me aceptaron y me sentí feliz. Era el gran alivio soñado, el fin de la pesadilla; aunque solo fue el principio de ella.

Mi popularidad fue creciendo según pasaron los días y me integraba más. Clara, Angela y yo éramos buenas amigas y casi todo el mundo en el colegio de repente nos conocía y pensaba que éramos geniales. Era la primera vez que alguien pensaba que yo era estupenda. Dejé de lado algunos de mis hobbies como tocar la guitarra, leer cómics o jugar a la consola. Me avergonzaban y no quería ser esa persona nunca más.

Me dediqué por completo a ser como la gente de mi clase, empecé a maquillarme y a cortarme la falda. Provoqué peleas entre los más pequeños y me desquité con los profesores tirando piedras a varios de sus coches. Todo eso lo hice para compensarme a mí misma por los malos momentos sufridos. Por ganarme la admiración de aquellos que me habían tratado como a una piedra en el camino.

Clara y Angela gastaban mucho dinero en droga y ocasionalmente me pedían ayuda para pagar la hierba. Yo aún no me sentía preparada para probarla, pero comenzaron a insistir como nunca. Era una presión agobiante donde yo temía perder su amistad y a la vez temía perder mis principios. Me ponían entre la espada y la pared constantemente:

—No serás nuestra mejor amiga hasta que no nos acompañes en todo — repetían.

Un día cualquiera, un chico de dieciséis años con bastante mala reputación, que probablemente vendía la droga que robaba a sus hermanos, y que iba a un colegio cercano, vino a buscarnos a la salida del colegio. Le pidió a Clara el dinero de una deuda por unos gramos de marihuana. Clara me pidió dinero para el chico porque ella no tenía nada en ese momento, yo no quise hacerlo y decidí abandonarla. Las amigas del chico pegaron a Clara y yo no hice nada para ayudarla. Ella se enfadó terriblemente conmigo y dejó de hablarme. Me volvió a insultar y molestar en clase, incluso estuvimos a punto de tener una pelea física, pero Angela nos separó. Me sentía muy triste por haber decepcionado a mi amiga y me invadía la culpabilidad por haber sido tan cobarde y haberme quedado quieta.

Clara estaba muy enfadada y nunca aceptaba mis disculpas. Yo intentaba llevarla al filo de la desesperación para que explotase, se desahogase y se le pasase, pero solo conseguía que se pusiera agresiva. Una de esas veces, Angela me llevó a una esquina separada del resto y me habló de la manera fría y directa que pudo. Me dijo que había fallado a mi amiga y que debía compensarla. Le dije que se metiera en sus asuntos, fue entonces cuando me empujó y me retiró la palabra también.

Mi drama adolescente acabó cuando cedí ante todos mis principios y me vi a mí misma yendo a buscar al chico traficante para pedirle hierba. Él me dio cocaína en su lugar. Se la llevé a Angela y Clara para hacer las paces y me disculpé por no haberlas sacado del lío anterior. Me perdonaron bajo una condición: la de disfrutar de la cocaína junto a ellas.

Y yo acepté.

**ME ROMPIÓ EL
CORAZÓN Y
ESAS
BARATIJAS
VIENEN SIN
GARANTÍA**

CAPÍTULO 3: DOBLE VIDA

Mi primera experiencia con la cocaína fue asombrosa, increíble, fantástica, como para quitarme la respiración de una vez. Simplemente me tumbé en el suelo y dejé que la sustancia fluyera a través de mi organismo. Tuve la sensación de subir por una montaña rusa para luego volver a bajar a una gran velocidad, así una y otra vez. También sentí que había dejado de tener piernas y que podía mover todo mi cuerpo solo con la mente. Sentí el vacío del universo drenándome la energía de las venas para luego devolvérmela de golpe como si de una descarga eléctrica se tratara. Incluso vi luces de diferentes colores y escuché sonidos curiosos, a la vez que imaginaba situaciones estúpidas y todo aquello me hacía reír como si estuviera loca. Cuando el efecto desapareció Clara y Angela estaban aún tumbadas a mi lado y riéndose a carcajadas. Pensaba que la cocaína solo consistía en eso, pero por supuesto la cocaína tiene una parte de exaltación y una parte de frenesí. Yo no sabía nada sobre la segunda.

Aquella misma noche fuimos a un bar de mayores de edad, nos colamos sin que nadie nos preguntase qué hacíamos allí y en seguida empezamos a sentir

el impulso frenético en nuestros cuerpos. No pude parar quieta durante toda la noche. Se suponía que tenía que volver a casa antes de las dos de la mañana, pero perdí completamente el contacto con la realidad. Nunca me ha gustado bailar, pero aquella noche bailé como nadie, salté, hablé con chicos mayores, bebí, grité, no podía dejar de moverme. Cuando el efecto se fue, eran las siete de la mañana. En seguida empecé a sentir el bajón que una resaca de cocaína suele causar, la sensación duró una media hora ya que la cantidad que había consumido era bastante insignificante. Aquel día volví a casa aproximadamente a las nueve solo para encontrarme a mi padre con la expresión más furiosa con la que le había visto nunca.

Mi padre se volvió loco mientras me gritaba. Fue la primera vez que había estado desaparecida sin dar señales de vida. Nunca había sido la hija ejemplar que se comportaba perfectamente, siempre me metía en problemas torturando a mis hermanas o destrozando las cosas en casa. Sin embargo, mis padres solían confiar en mí y en mis hábitos y eran bastante permisivos cuando quería salir con mis amigos. Casi nunca preguntaban dónde iba o con quién estaba.

Aquel día llegué siete horas tarde y estuve ausente toda la noche, mi padre estaba muy enfadado conmigo y se negó a escuchar mi versión de la historia; por supuesto no iba a contarle la verdad, tenía algunas excusas preparadas de antemano. Él sólo quiso entender que le había desobedecido y me castigó. Ni siquiera se dio cuenta de que aún estaba bajo los efectos de la cocaína, estoy segura de que mi madre sí lo hubiera hecho, pero él no quiso ni mirarme a la cara en aquel momento. Me sentía tan genial que no me importaron las consecuencias, la cocaína había sido asombrosa.

Dos semanas después de probar la cocaína por primera vez, empezaron los exámenes finales. Eso traía consigo el final del año académico y el inicio de las vacaciones de verano. En época de exámenes, el colegio juntaba a todos los estudiantes. Así que, por fin, después de todo el curso separadas, pude pasar tiempo con Laia, Paula, Nuria y Rocío; mis amigas de la infancia. No había tenido otra oportunidad de poder jugar con la cocaína porque cuando estaba en casa no tenía permiso para salir y en el colegio me pasaba casi todo el rato estudiando. Me presioné bastante para sacar buenas notas ya que quería que mi padre me perdonase; así que, estudié demasiado, Paula, Laia, Nuria y Rocío hicieron lo mismo a mi lado. Me sentí absolutamente cómoda con su compañía, como en los viejos tiempos, como si nunca nos hubieran

separado. Angela y Clara solían estudiar bastante también, pero no conmigo, y tampoco me molestaron mucho con asuntos de drogas. El mismo día que terminé los exámenes, tuve una discusión con un profesor y empecé a sentirme muy estresada. Laia me ofreció su ayuda como hacen los mejores amigos, pero la rechacé. Sabía exactamente cómo me apetecía sentirme así que fui a mi habitación del colegio y me metí cocaína sola y sin testigos. La tomé prestada de la mochila de Clara. Experimenté el agrisado efecto de la cocaína por segunda vez en mi vida y aquella vez fue incluso mejor, no me sentía nerviosa como la primera vez y encima tenía un motivo claro: quitarme el estrés.

En la hora de la comida evité sentarme con mis amigas porque me sentía extremadamente frenética y no quería que se dieran cuenta. Fui con Angela y Clara y les conté lo que había hecho. Reaccionaron de una manera fría, porque les molestó que no quisiera hacerlo junto a ellas, pero no se enfadaron mucho. Me preguntaron si aún me sentía estresada y fuimos a la zona de deportiva, siempre abandonada, a fumar algo de hierba. Era la primera vez que fumaba porros y me sentía muy relajada y absolutamente cómoda. El efecto de la cocaína desapareció de inmediato gracias a la hierba, esa combinación de sustancias me pareció estupenda y la repetí muchísimas veces a lo largo de mi vida.

El colegio terminó ese mismo día. Saqué buenas notas y mi padre me devolvió la libertad. Mi madre regresó de Nueva Zelanda con el Máster de Cardiología bajo el brazo y las cosas en casa volvieron a la normalidad. Como tenía tanto tiempo libre, intentaba pasar el máximo de tiempo posible con mis amigos de toda la vida. Ya no éramos tan inocentes como antes y empezamos a beber alcohol. Tampoco fue la gran sorpresa, todo el mundo bebía y solíamos emborracharnos con medio vaso. Mis amigos nunca sobrepasaron la línea de beber por diversión, nunca sugirieron ir más allá ni probaron la droga ni la hierba. No tardé mucho en sentirme aburrida en su compañía, me lo había pasado mejor con Clara y Angela las últimas semanas de colegio y mi antigua vida me parecía bastante sin sabor. Angela volvió a Italia todo el verano, pero Clara se quedó en Barcelona. Empecé a salir con ella y los amigos de su hermana mayor. Solíamos beber mucho y fumar hierba incluso a veces consumíamos algo de cocaína. Al principio solo quedaba con ellos por las noches. Los días y las tardes pertenecían a mi familia y amigos.

Tuve mi primer novio en junio, pero solo duramos tres días, sin embargo, después de él vino otro y después vinieron muchos más. No era común que durase con ellos más de una semana y tampoco tuve sexo con ninguno. Solía besarme con ellos y experimentar la curiosidad sexual de un adolescente, pero no estaba interesada en el sexo. Tampoco era la primera vez que estaba con chicos, un poco antes de cumplir los catorce me había besado con Kiko en su moto, pero fue más un juego que una experiencia seria. Sentía que era demasiado joven para acostarme con ellos, Clara tampoco lo hacía y yo solía hacerle bastante caso. Clara y yo solíamos compartir los chicos con los que ligábamos mientras bebíamos mucho. Llegué a tener más de veinticinco novios aquel verano, incluso llegué tener dos a la vez, uno en cada grupo. Pero como afirmo, nada serio.

Solía quedar con Clara dos o tres veces por semana, el resto de los días me quedaba en casa o salía con mis amigos de toda la vida. Era muy cuidadosa con mis padres, estaba muy pendiente de que no notasen mi consumo de drogas, la hermana de Clara me enseñó un montón de trucos y trampas para evitar que me pillasen y me funcionaron bastante bien. Mis padres no llegaron a enterarse de que aquel año experimenté las facetas más inmorales de la vida. Mis amigos tampoco lo notaron. Jamás se me ocurrió contarles que estaba viendo a Clara, lo mantuve en secreto porque sabía que ellos tenían una opinión muy mala sobre qué tipo de persona era ella y habrían sospechado. Mientras mantenía a Clara como mi amante en secreto, a ellos les ponía la excusa de viajes familiares para saltarme algunas quedadas y reuniones.

Mantuve ese estilo de vida todo el verano. Incluso rechacé un viaje a Irlanda de una semana para ver a mis abuelos. Me costó convencer a mis padres, pero conseguí que me dieran permiso para pasar esa semana en casa de Laia. Nunca la dije a Laia que se suponía que iba a pasar esa semana con ella y nunca aparecí por su casa. Estuve toda la semana en el apartamento de Clara, cercano a Port Aventura, un parque de atracciones de la región. Hicimos un montón de cosas juntas y no solo cosas malas. Fuimos de compras, a la playa, al cine, a la bolera...

Cambié mi opinión sobre ella en esa semana. Para mí ella había sido una persona altamente adictiva que siempre me causaba adrenalina y me proporcionaba todo lo necesario para divertirme, una chica bastante popular con la que compartir anécdotas e historias, una amiga muy frenética siempre

dispuesta a hacer el mal y pasarlo muy bien. Pero aquellas fechas nos juntaron más y fuimos más cercanas la una con la otra. La empecé a ver como mi confidente, mi compañera, mi cómplice, la persona que sabía todo sobre mí y en la que podía confiar al cien por cien. Era mi mejor amiga secreta.

Empecé a asumir y a creer que tenía una doble vida. Combinaba mis dos estilos de vida, el de siempre y el malo, extremadamente bien y nadie descubrió mis secretos, excepto ella, pues era mi cómplice. Cuando el verano llegó a su fin había tomado cocaína más de quince veces y empezaba a sentir su falta cuando estaba más de dos semanas sin consumir. También había fumado hierba varias veces por semana. Angela volvió la primera semana de septiembre y la diversión tuvo una mayor calidad. Ella trajo nuevas sustancias de Italia y vino acompañada de unos primos bastante atractivos con los que ligué varias veces. Vivía sin control, pero solo me pasaban cosas buenas.

Consumimos todo lo que trajo en una semana y nos sentíamos con ganas de más. Nos creíamos inmortales y no queríamos que nunca acabase. La vida era estupenda con ellas. El verano acabó con nosotras tres fumando hierba en el yate de Clara mientras veíamos los fuegos artificiales de la *Festa Major de Blaus i Blancs* de Granollers, Barcelona.

En aquella época tenía sentimientos contrariados sobre la cocaína. La mayoría del tiempo pensaba que era genial y que me hacía sentir maravillosamente feliz. No obstante, también tenía esos ratos en los que torturaba mi conciencia con el pensamiento repetitivo de «¿qué estás haciendo con tu vida?». Me intenté prometer que dejaría de consumir antes de que fuera a peor pero también me enfadaba conmigo misma por obligarme a dejar algo que me gustaba tanto. En el fondo sabía que las drogas eran malas, nunca fui una ignorante, sabía que las cosas solo podían ponerse peor, que mis padres me acabarían pillando o simplemente algún día moriría de sobredosis. Buscaba excusas para limpiarme la conciencia y sentirme menos culpable. Me decía a mí misma que era capaz de dejarlo, pero no lo fui, yo era bastante débil y Clara y Angela ejercían demasiada influencia en mí.

Ellas dos solían presionarme mucho cuando veían que intentaba volver al camino correcto y sabían qué decir para hacerme cambiar de opinión. Las quería mucho y no quería perderlas, aunque eso significase no poder estar limpia. Creo que mi personalidad se había desarrollado alrededor de las

preferencias de ellas dos y me sentía bastante deprimida cada vez que pensaba que podría perderlas. Siempre he sido muy influenciable pero aquellos días lo fui como nunca antes lo había sido. Había elegido seguir las en todo y para mí no había vuelta atrás.

Septiembre trajo consigo la vuelta a las clases. Estaba a punto de empezar mi último curso de la Educación Secundaria Obligatoria. Se suponía que iba a ser un curso especial: para empezar, me graduaría y pasaría a ser estudiante de bachiller, y para hacerlo más interesante, a todos nos dieron la opción de elegir en qué clase queríamos estar y qué asignaturas queríamos hacer. Eso significaba que se acabó estar en sitios donde no quería estar y que podía dejar olvidados los días de abusos escolares. Debería haberme causado felicidad, pero nada más lejos que eso, me provocó una ansiedad terrible que me tuvo fumando hierba dos días seguidos sin parar. Una gran parte de mí quería volver con mis amigos de siempre y con mi vieja rutina. A estar en clase con mis amigas y por supuesto con Kiko, el chico con el que más me entendía. Parecía la decisión más fácil del mundo, pero no lo era porque otra parte de mí estaba luchando mucho por permanecer con el grupo «rebelde». Esa parte de mí era muy insistente y persuasiva. Quería seguir sintiéndome inmortal y continuar con la diversión, y ahora que había aprendido a vivir una rutina completamente normal combinando mis dos estilos de vida, me parecía una pena malgastar ese don.

El primer día de colegio elegí quedarme en clase con la clase del año pasado y tuve una discusión fuerte con Laia y Paula. No podían entender por qué estaba cambiando diez años de amistad por dos chicas que me habían hecho la vida imposible el año anterior y que no tenían nada bueno que ofrecerme. No les expliqué las cosas, les pedí perdón, pero no aceptaron mis disculpas. Me retiraron la palabra completamente y eso hizo mi decisión mucho más fácil. También habría podido pedirle a Clara y a Angela venir conmigo a la otra clase y meterlas en mi grupo, pero ellas no querían eso y yo no quería que mis amigas supieran lo que hacíamos. Así que abandoné a mis amigas y tampoco me sentí muy mal por ello. Mi mayor sorpresa fue cuando aparecí el primer día en el aula y vi a Kiko sentado en una de las mesas. Le pregunté por qué había dejado el grupo para estar en la clase de los abusos con mala reputación, y me dijo que era su último año en el colegio y que quería pasar mucho tiempo conmigo. Kiko siempre había sido un amigo especial para mí, pero, tal vez, a partir de ese día empecé a mirarle de otro modo. Su presencia

en clase me hizo sentir miserable porque tuve que intensificar mis mentiras y mi auto-control para que él no se enterase. Y también me sentí triste porque nadie debería sentirse miserable en la compañía de su mejor amigo.

La vida siguió su curso y unas semanas más tardes cumplí quince años y las cosas se normalizaron. Estudiaba bastante, empecé a prepararme para entrar en la universidad de ciencias, aún no sabía qué quería hacer, pero sí tenía claro que iba a hacer algo relacionado con esa rama. Angela y Clara habían cambiado radicalmente, también se habían normalizado, y estaban bastante centradas en sus estudios. Al principio no lo entendía, pero más tarde razoné que ellas también eran adolescentes y sentían la presión de sus familias.

Dejamos de hacer estupideces dentro de las aulas y dejamos de molestar a los de fuera del grupo. Dejamos toda nuestra maldad para los ratos fuera del colegio. En clase solíamos pasar las horas enteras hablando sobre chicos o películas. Kiko se unía a nuestras conversaciones muy a menudo y yo me sentía muy a gusto con la situación. Incluso empezó a ver a Clara y Angela como amigas y no como amenazas y pude mantener nuestro secreto a salvo. Mientras que en clase éramos ángeles, las horas de comer y los ratos libres eran nuestra puerta de escape para dar rienda suelta a todas nuestras adicciones. Solíamos fumar hierba después de clase y consumir cocaína los sábados por la noche antes de salir de fiesta. Las noches de fin de semana solían ser algo duras, a veces sobrepasábamos la línea y consumíamos más de la cuenta, también empezamos a gastar demasiado dinero en drogas. Aunque mi vida se tambaleaba cada vez que creía que me iban a pillar, fui capaz de mantener mi doble vida un tiempo más, la cara familiar y la cara depredadora. Así acabó 2004 y comenzó 2005.

Poco a poco pude ir haciendo las paces con Laia y Paula y recuperar a mis amigas, muchas veces me dejaban fuera de planes porque decían que eran actividades exclusivas para gente de clase, supongo que lo hacían para hacerme pagar por mi decisión, pero a mí no me importaba porque tenía mejores planes con las rebeldes. Con mis amigos de siempre de vuelta y mis secretos a salvo, mi vida fue como un barco impulsado por el viento. Todas las cosas me salían genial. Salía con muchos chicos del colegio, pero nuestros noviazgos eran efímeros, aun así, era muy feliz con esa situación porque todos me encontraban más atractiva que nunca y era bastante popular. Disfruté de ese momento tanto como pude, aunque eso significase cruzar la línea de la decencia más de una vez, aunque me mantuve virgen. A pesar de

mi popularidad entre los chicos, Kiko y yo habíamos desarrollado un ciclo de amistad muy íntimo, donde yo siempre estaba celosa de él y él siempre estaba celoso de mí.

—Cuando no haya ningún tío interesado en mí, saldré contigo.

—Cuando las chicas dejen de acosarme, saldré contigo —contra-atacó él.

Nos hicimos mucho más cercanos aún, tan cercanos en confianza que perdí el control de mis secretos cuando él estaba cerca. Un día cualquiera mientras estaba limpiando los restos de cocaína de mi mesa de estudio, entró en mi habitación y lo vio todo. Tampoco intenté mentirle, podría haberlo hecho, pero me pilló en un momento de debilidad. Le confesé todo, desde el principio hasta el final y le dije que entendería si me quería fuera de su vida. Él dijo que nunca me dejaría de lado y que me daría toda su ayuda para conseguir que dejase las drogas, y también que guardaría mi secreto. Me prometió que nunca delataría a mis amigas y que les seguiría hablando, pero que me cuidaría mucho de ellas. Que su ayuda iba a ser solo para mí.

Y yo toda enamorada de su caballerosidad y encanto.

En aquella época yo ya estaba verdaderamente enamorada de Kiko, si es que he entendido alguna vez lo que es el amor. Estaba tremendamente dispuesta a dejar las drogas por él. ¡Y lo intenté mucho! Pero, ¿cómo iba a abandonar el impulso frenético mientras el polvo blanco se abría paso por mi organismo y su dulce sensación? Kiko lo intentó también, se esforzó al máximo para ayudarme y dejé que creyera que lo había conseguido. Cada día me sorprendía con un nuevo plan, fuimos de viaje, de excursión, al cine, a hacer deporte, a museos, al teatro, a exposiciones de coches, a hacer deportes de riesgo... pero yo siempre encontraba algún hueco en la semana, algún lugar alejado donde disfrutar de mi dosis. No obstante, hubo una época en la que me distraje tanto con sus planes y sus ideas que realmente olvidé las drogas. Estuve dos meses enteros sin pensar en ellas, las razones principales fueron: la eterna supervisión de Kiko y la poca persistencia de las chicas. Ellas habían dejado de insistirme mucho porque me habían visto algo descontrolada con tantas mentiras y querían darme un margen para poder arreglar mi vida. Le dije a Clara que llevaba dos meses limpia y se alegró por mí, dijo que era bueno y que yo podía hacer lo que quisiera. Algo raro en ella.

Me sentía muy preparada hasta que un día ordinario en el que no pasó nada

fuera de lo común, recordé lo genial que era colocarse y solo necesité ese pensamiento para volver a consumir de nuevo. Nadie lo notó. Esta vez no quise compartir el momento con ellas. Quise que aquel fuera un momento íntimo y exclusivamente mío. Ya no era por diversión, era por que sí. Para que Clara y Angela no lo notasen dejé de salir con ellas los sábados y limité su compañía a las clases. Sinceramente, las notaba tan centradas en otras cosas que no quería que sus asuntos se interpusiesen entre yo y la droga.

Kiko pensó que estaba «curada» y dejó de ser tan protector conmigo. Me pidió ser su novia, dijo que se sentía preparado para estar de pareja formal sin tonterías. Le quería decir que sí, me moría por estar con él. Pero no estaba bien, le estaba mintiendo y yo no quería una relación basada en una mentira. No quería una relación en la que él pensaba que yo estaba limpia y yo estaba poniéndome hasta hartar de drogas a sus espaldas.

—Deberíamos esperar un tiempo a que seamos más adultos y no tengamos estudios de por medio —dije.

—Me parece razonable, Alejandra, ahora tenemos muchas distracciones, esperaremos —respondió él.

Estuve consumiendo a solas y en secreto durante un mes. No me divertía en exceso, pero me sentía muy aliviada y relajada después de hacerlo, por lo que merecía la pena. Como no se lo conté a Angela y Clara, no tenía quien me consiguiera la droga así que tuve que improvisar y pedir ayuda a uno de los chicos que inicialmente me acosó cuando aún no quería meterme en ese mundo.

Ese mes se me fue mucho de las manos, yo sentía que consumir a solas era mejor para mí porque no desfasaba tanto como acompañada por ellas, pero no era capaz de controlarme. Cuando consumía con ellas tenía mejor control, ellas siempre notaban cuando me afectaba la adicción y sabían decirme cuando parar. Sola no sabía. A finales de marzo Angela me preguntó si estaba volviendo a consumir y le admití que sí, ella se mostró algo indiferente y solo dijo que mejor lo hiciera acompañada o al menos cogiera su droga en vez de usar la de extraños. Le pedí que no se lo contase a Clara y dijo que no lo haría, que no era asunto suyo. Esa tarde fumamos hierba las tres en la fábrica abandonada cerca del colegio.

En el lado opuesto de mi vida, la relación con mis padres era genial y mis otras amistades estaban muy contentas conmigo. Las cosas fueron a peor

poco a poco. Debería haberme sentido feliz, pero me agobió la idea de estar llevando una triple vida: por un lado, yo consumiendo en secreto, por otro lado, fumando en secreto con Clara y Angela y, por último, mi vida a ojos de los demás. La sensación de estrés que tenía se hacía cada vez más grande. Era difícil mantener las mentiras y estar siempre atenta para inventar una excusa o una justificación. Mi carácter había ido cambiando un poco y ya no estaba de tan buen humor. No dormía bien por las noches y siempre solía dar malas contestaciones a los demás. Mis padres empezaron a estar molestos conmigo, pero pensaron que era cosa de la edad y no fueron muy duros. Todas mis frustraciones las pagaba con la cocaína. Mis sentimientos eran bastante confusos, no habían vuelto a presionarme para que consumiese, pero yo aún lo hacía.

Me sentía enfadada con ellas a ratos por haberse relajado tanto y haber bajado el nivel de frenesí. Recuerdo el gran estrés que sufría por todo y lo difícil que me resultaba mantener mi vida organizada. Aunque la cantidad de cocaína seguía siendo bastante pequeña, para una adolescente de quince años era como saltar al abismo sin paracaídas, una increíble adrenalina y un fuerte dolor cuando se pasaba el efecto y empezaba la necesidad. Por suerte el mono nunca duraba más de un día.

Clara fue notando poco a poco todos mis síntomas e identificó mi estrés como una señal clara de que estaba perdiendo el control de mi vida a causa de la cocaína. Un viernes me invitó a su casa, yo pensaba que habría una fiesta genial y fui muy ilusionada. Cuando llegué estaba ella sola y me dijo que necesitaba hablar conmigo muy seriamente. Me miró a los ojos y me dijo que sabía lo que estaba haciendo y que nunca debí ocultárselo. Aquel día se derrumbó como nunca antes, lloró como yo nunca la había visto. Me pidió perdón desde el corazón por todo lo que me había hecho, me dijo que se sentía tan culpable por haberme metido en esto y que necesitaba ayudarme a salir.

Mi mundo se partió en pedazos cuando escuché sus palabras, siempre había tenido su apoyo incondicional y nunca había dicho que no a nada ilegal. Pero quería que yo me limpiase, después de todo lo que había hecho para meterme en su mundo ahora me quería sacar de él y me decía que lo que yo hacía estaba mal, cuando ella hacía lo mismo. Me dijo que iba a dejarme de invitar a fiestas por mi bien, que tal vez debería aprovechar su compañía en hacer otras cosas como ir de compras o ver películas en vez de fumar hierba. Yo

estallé y me puse furiosa. Tuvimos una gran discusión donde nos gritamos de todo.

—Esa que grita es la adicción que tienes, vas a perder mi amistad igual que has perdido el control de tu vida —dijo ella.

Yo le dije que todo esto era su culpa y que después de todo tampoco necesitaba su amistad. Me miró realmente decepcionada y yo me fui de su casa. Lloré mucho a causa de nuestra pelea e intenté retirar lo dicho, pero ella no quiso aceptar mis disculpas.

Mientras Clara me sacó de su vida, Angela me ofreció su mano. Mi amistad con ella se hizo más fuerte bajo mi idea infundada de que ella era la única que me quedaba que de verdad me entendía. Solía darme cocaína gratis, pero en pequeñas dosis para que no se me fuera de las manos. A veces consumíamos juntas y nos contábamos nuestros secretos, Clara no quería saber nada de mí así que no nos volvimos a juntar las tres en un tiempo. Yo intenté arreglarlo con ella muchas veces.

—Pero Clara, por qué no me hablas si tú también te drogas —le dije un día.

—Yo me controlo y no cuento mentiras, lárgate —solía ser su respuesta estándar.

Aunque Angela estaba unida a mí esos días, siempre le daba la razón a Clara.

—Clara tiene razón, dices muchas mentiras, no nos mientas a nosotras. No somos las malas en esto —me decía.

Una de las veces que me lo dijo exploté, le dije que ellas habían sido las más malas y que no tenían derecho a seguir decidiendo sobre mí. Me sentí muy ofendida, porque me llamaban mentirosa cuando fueron ellas las que me enseñaron a mentir. Tuve una discusión con Angela sobre todo y nada a la vez. En una situación normal ella me habría golpeado y mandado callar porque siempre mandaba y siempre tenía razón. Pero aquel día se calló y se calmó como nunca había hecho y me pidió perdón, era la primera vez que la vi real debajo de la Angela rebelde. Aquel día vi cuánto se preocupaba por mí, y me dijo que Clara también se preocupaba mucho. Que hiciera el esfuerzo por ellas. Prometí que lo haría y que me controlaría mucho, pero la jamaicana seguía sin hablarme. Una vez más puse todos mis esfuerzos en dejar la cocaína.

A finales de abril intentaba pasar el máximo tiempo posible con Laia y Paula,

porque eran muy tranquilas y yo estaba buscando esa tranquilidad. Hicimos actividades bastantes divertidas y los fines de semana quedaba con Kiko, siempre proponiendo planes estupendos. Me sentía muy distraída. Clara me ignoraba, pero Angela era bastante maja conmigo, siempre había sido muy ruda y fría, pero me estaba dejando ver su lado amable y me sentía a gusto en su compañía. Gracias a ella conseguí ganar algo de control sobre mi adicción por unas semanas, seguía fumando hierba, pero ya no buscaba tanto la cocaína. No tardé mucho en despedirme del estrés y sentirme realmente bien, empecé a salir con algunos chicos del colegio y a estar muy a gusto en casa. Clara lo notó y me ofreció su amistad de nuevo.

Estaba encantada de tenerla de regreso en mi vida, pero temía que su presencia provocase mi descontrol. Ella me dijo que ya no quería ser mi amiga secreta para cosas malas, ni mi cómplice en el crimen, me pidió ser parte de mi vida diaria, me pidió ser parte de mi grupo de toda la vida y me pidió venir más a mi casa. A mí me pareció genial su propuesta e intenté meterla en mi grupo, Kiko estaba encantado con la idea, para él las dos ya estábamos muy limpias y éramos decentes. Paula y Laia estuvieron muy en desacuerdo, decían que Clara era una influencia terrible y que solo nos iba a dar problemas, dijeron que como podía querer eso después de todas las veces que ella me había pegado en clase. Se quejaron mucho, pero Clara es una persona muy adictiva. Solo necesitó tres tardes para encantarlas y que la adorasen. A la semana siguiente Laia me dijo:

—Es encantadora, entiendo porque elegiste estar en su clase, ya no te guardo ningún rencor.

Angela, en contraposición, no quiso ser parte de mi vida diaria. Tenía su reputación que mantener y su negocio que llevar y prefería proteger sus actividades por el bien de todos. Aun así, las tres volvimos a tener momentos geniales juntas.

A finales de mayo Clara cumplió dieciséis, pero no quiso celebrar nada, eso era muy raro en ella porque siempre estaba encantada de ser la protagonista. Ese mismo día fui a verla a su habitación del colegio, porque no había venido a clase, y me la encontré llorando tirada en el suelo. Le pregunté qué pasaba y me contó que había estado intentando dejar la cocaína, pero en un arrebato de locura fue a comprar media dosis a la entrada de la discoteca. Su novio de aquella semana la había visto y la había dejado. No creía que alguna lágrima fuera a causa de él, pero la apoyé en su corazón roto. Me dijo que aún no se

había metido la cocaína, pero que no tenía fuerza de voluntad para tirarla. Ahí me di cuenta de que ella no era tan superior a mí, que solo era una chica como yo, con poco control sobre su vida. La vi tan humana y tan igual a mí, luchando contra la adicción y sufriendo en silencio. Me pidió que me deshiciera de ella. Le dije que llevaba cinco semanas limpia y que probablemente si me la daba iba a ser incapaz de tirarla y me la iba a acabar tomando. No confiaba en mí misma y era peligroso estar cerca de cualquier sustancia.

Clara me dijo que estaba orgullosa de mí. Yo también le dije que estaba orgullosa de ella, porque también se había mantenido un tiempo limpia. Me dijo que nadie nos podía entender, que solo queríamos ser libres pero el miedo a que nos pillaran nos tenía amargadas. Me pidió perdón una vez más por haberme causado esta adicción, le dije que ella era lo mejor que me había traído la vida. Ambas nos miramos en un momento de complicidad y reafirmamos nuestra amistad metiéndonos la media dosis de cocaína que ella tenía entre las manos.



LA
INDIFERENCIA
ES UN ARMA DE
DESTRUCCIÓN
PASIVA

CAPÍTULO 4: ATROPELLOS

En mayo de 2005 la cocaína y yo celebramos nuestro primer aniversario, durante todo ese año había tenido momentos perfectos, momentos no tan perfectos y momentos de quererlo dejar a muerte. Los primeros años de adicción son los peores para cualquier adicto porque no ves el límite y no sabes cuándo parar, hay un periodo que se llama «luna de miel». Ocurre cuando estás más que encantado y contento con el consumo. Hay otro periodo que se llama «fase de negociación» que ocurre cuando consumes como excusa para no afrontar cualquier problema de la vida y no por diversión; la fase que viene después de esas no tiene un nombre exacto, pero su principal síntoma es el desgaste de las relaciones sociales debido a la inestabilidad emocional del consumidor. Mi primer año de adicción consistió en un ir y venir de todas esas fases con algún arrepentimiento entre medias. Había intentado dejarlo tres veces, pero no fui capaz. Para mí fue irrelevante que incluso la gente que me había metido en ello lo viera mal, no tuve ningún problema en consumir en secreto cuando era necesario y tuve el valor para mentir cuando necesitaba proteger mis propios intereses. Creo que pasé de

ser una persona socialmente presionada a una persona totalmente independiente que empezó a hacer las cosas por iniciativa propia y bajo el precio que fuera necesario.

Después del cumpleaños de Clara, después de que echáramos a perder nuestras cinco semanas limpias por medio miligramo insignificante, ella se mostró arrepentida por haber vuelto a caer, tenía miedo de perder el control y que la acabasen pillando. Yo la entendía perfectamente porque ese era también uno de mis mayores miedos, más que el deterioro de mi propia salud y de mi vida, me preocupaba ser pillada y juzgada. Toda vez que ella se sentía arrepentida yo me sentía inmensamente feliz por haber conseguido traer a mi amiga de vuelta a mis malos hábitos. Como un animal carnívoro disfrutando de su caza. Por supuesto no dejé que mi cara reflejase esa felicidad y le prometí a mi amiga de una manera poco convincente que intentaríamos controlarnos más y que tampoco había sido para tanto. Ella juró que iba a esforzarse al máximo para no volver a caer. También me hizo prometer que no volvería a consumir yo sola y que tampoco iría a comprar. Y yo se lo prometí. Y como un animal de presa astuto y paciente me senté a esperar a su siguiente bajón emocional para volver a disfrutar de la droga en compañía y sin ser juzgada por una de las personas que más me importaban.

Pasé el siguiente mes entero torturando a Clara de una manera sutil y casi invisible; cada vez que su personalidad frágil salía a la luz, mi depredador interior salía a alimentarse de esa fragilidad y a intentar intensificar sus miedos y sus inseguridades para intentar terminar en su habitación del internado metiéndonos un par de rayas. Ella nunca se dio cuenta de que inconscientemente intentaba manejarla para traerla a mi terreno y poder salirme con la mía. Angela estuvo bastante ausente de nuestras vidas durante esa época porque se había enamorado de un chaval y había sacado a pasear a la Angela romántica. Igualmente, el poco tiempo que pasaba con nosotras lo dedicaba a contarnos historias sobre su relación y a preguntar bastante poco sobre nuestra vida. Seguramente se podría haber dado cuenta de que yo misma estaba intentando destruir la fortaleza de Clara para llevarla atrás en el tiempo a cuando no había límites ni arrepentimientos, pero tuve suerte de que ese chico la absorbiese tanto que no tuviera tiempo para pensar en mí.

Llegaron los exámenes y yo me sentía con una confianza abrumadora, había conseguido hacerme la dueña de la situación y llevar un control sobre mi adicción basado en los bajones emocionales de Clara. Sabía ser paciente y no

alterarme si el tiempo entre dosis se alargaba y eso me vino muy bien porque pude mantener el estrés a raya y disfrutar de una tranquilidad relativa mientras estudiaba para los exámenes finales. Tampoco puedo escribir mucho sobre esto porque realmente siempre he sido una estudiante ejemplar y centrada así que como casi siempre que estaba estable, conseguí unas notas geniales y me gradué en la Educación Secundaria Obligatoria con una fiesta estupenda y muchas felicitaciones de mis padres.

Le dije adiós a esta etapa tan importante en mi vida, al primer y segundo curso con mi vida tan tranquila y feliz, a mi tercer año caótico y a mi último año lleno de popularidad y fiestas y buenos momentos. Cuatro años de transformación y de constante aprendizaje que me habían echado un poco a perder cuando hicieron de mí esa persona a veces oscura, a veces débil, a veces tan feliz.

La graduación y la posterior fiesta tuvieron sus momentos felices y sus momentos tristes, era hora de despedir a mucha gente que dejaría el colegio para estudiar bachillerato en otro lugar o para estudiar un módulo técnico. Kiko era una de las personas a las que tenía que decir adiós, pues se iba al ejército. Eso me causó bastante dolor porque tenerle cerca mía todos los días del año en clase se sentía como estar flotando en una nube, él me daba toda la confianza que necesitaba cuando mi autoestima flaqueaba y también tenía su protección ante cualquiera que quisiera tener algo malo que ver conmigo. Además, con él en clase todo eran risas y bromas y momentos para recordar, y eso lo puedo asegurar muy bien ya que había estado en su clase desde primero de primaria, y salvando el año en el que me llevaron a parte, siempre se había sentado a mi lado para hacerme reír y causar en mí el mismo efecto que el café. No sabía que iba a ser con él, si nos íbamos a seguir viendo o si era el punto y final de una estupenda amistad. Aquel día me puse bastante tonta y sentimental, no quería que el notase que estaba triste por su marcha así que intenté evitarle todo lo que pude. Él se dio cuenta; vino a hablar conmigo y me dijo que no pasaba nada, que aún nos quedaba todo el verano para disfrutar y que en septiembre veríamos como lo hacíamos para seguir viéndonos. La noche continuó con muchas bebidas y algo de hierba que mucha gente, incluidas algunas de mis amigas «sanas», quiso probar. Dijeron que era solo por la diversión, para celebrar y a mí me parecieron increíblemente estúpidas. Yo no quise fumar hierba en frente de nadie porque tenía que seguir manteniendo mi tapadera de chica súper sana que se

emborrachaba con medio vaso. Así pues, me dediqué a beber tranquilamente y sin pensar mucho en las cosas e intentando contener mi deseo por fumarme toda esa hierba que iba de una mano a otra.

Un par de horas después ya iba bastante achispada, había visto a Clara hablar con un chico mayor, pero pensaba que estaba solamente intentando ligar. Un rato después me hizo un gesto desde la distancia y me guiñó el ojo entonces sabía que de algún modo u otro había conseguido algo de mercancía. Angela también notó sus gestos y me cogió de la mano para ir con ella a los baños. Allí nos enseñó la cocaína que le acababa de comprar al chico mayor con el que la había visto. Angela no quería consumir porque su novio estaba en la fiesta, pero mi yo depredador salió a la luz y dijo cuatro frases absurdas que parecieron convencerla. Eso me hizo crecerme más como persona, si podía convencer a la fuerte Angela, podía tener el control de lo que quisiera.

Después de echarnos miradas de complicidad y de drogarnos en el baño, volvimos a la pista de baile con muchas ganas de hacer algo más que estar sentadas despidiéndonos de la gente. Sé que aquella noche me puse muy frenética, en parte por las emociones, en parte por el efecto. Sé que todos vieron algo diferente en mí y estoy segura de que muchos sospecharon, pero como iban bastante borrachos nadie se atrevió a juzgar, especialmente mis amigas de siempre. Cuando estaba en medio de un sándwich de personas bailando algo parecido a música de discoteca, Kiko me sacó de entre ellos algo bruscamente y me preguntó por qué estaba tan frenética. Yo le besé impulsivamente. Pensé que se iba a apartar y a decirme algo borde, pero me devolvió el beso. Recuerdo estar unos diez minutos besándole en medio de la pista de baile mientras sonaba Candy Shop de 50 cent, pero dentro de mi cabeza sonaba *La vie en rose*.

Recuerdo seguir besándole el resto de la noche sin pensar en nada más, todo mi organismo estaba centrado en él y los impulsos que me daba la cocaína me hacían no querer parar. Él me preguntó si esto era lo que quería y yo le contesté que llevaba mucho tiempo queriéndole a él y que eso iba a ser así el resto de mi vida. Me lo preguntó otra vez haciendo hincapié en si quería eso todos los días, en referencia a empezar una relación, pero no supe que decir. Me quedé callada y desvié la mirada, no era el mejor momento para empezar una relación con él ahora que venía el verano y tenía como principal intención seguir explorando mi mundo oscuro mucho más. No me apetecía tener una persona pendiente de mí y controlándome cuando lo que más

ansiaba era tener libertad para hacer lo que me diera la gana. No me atreví a mirarle a los ojos y decirle eso. Él entendió mi respuesta y me besó en la frente y se fue. Pensé que la había fastidiado bastante con esa actitud, y que había sido una estupidez besarle. Cuando estás drogado haces cosas estúpidas, pero un rato después él me escribió un mensaje diciendo «Para mí esos besos han sido nuestra despedida del colegio, pero te voy a seguir esperando y no tengo ningún problema contigo». Yo le contesté disculpándome por haberle besado y después decirle que no, él me dijo que no pasaba nada, que podíamos esperar más tiempo. Por un rato me sentí aliviada de que él no se hubiera tomado tan a mal la situación, aunque media hora más tarde me volvió a escribir «Sé que ibas colocada y lo has estado disimulando muy bien», ahí se me cayó el mundo. No me lo esperaba, creía que tenía el control de todo y que no había manera posible de que él se enterase, aunque ahora cuando lo pienso creo que el subidón era bastante evidente. Se me quitaron las ganas de todo y me vino un bajón tremendo mezclado con la resaca. No me podía ni tener en pie. Temblaba del miedo solo de pensar que me había vuelto a pillar y que tal vez ahora las cosas con él se acabaran del todo.

Por la mañana casi me tuvieron que traer a casa en carretilla solo del bajón que traía, no podía parar de llorar y por más que Paula y Laia me preguntaron me mantuve fuerte y no solté prenda. Aquel día tuve mucha suerte de que mis padres estuvieran muy centrados en el nacimiento de mi primo y me ahorré una bronca casi segura y un posible castigo por traer una resaca más que evidente. Dormí durante toda la mañana y media tarde y cuando desperté, lo primero que hice fue llamar a Kiko para explicarme. Ni siquiera había pensado qué decirle, pero no podía detener a mis dedos de marcar su número. No me lo quiso coger. A cambio, me escribió un mensaje: «No necesito que me des explicaciones, tú puedes hacer lo que quieras con tu vida, te repito que no tengo ningún problema contigo». A mí me sonó a que sí tenía un problema conmigo y estuve varios días realmente deprimida sin salir de casa. Al menos durante esos días no consumí nada, no tenía ganas ni de colocarme. Cuando me volvió a dirigir la palabra, se me pasó el mal rato y empecé a hacer planes.

El verano se estaba aproximando y yo volví a rechazar algunos viajes familiares o planes con mis amigas de siempre en vista a lo que pudiera venir. Quería que el verano de 2005 fuera tan genial como el anterior, sólo

que sin mantener la doble vida porque Clara ya era parte de mi grupo. A pesar de lo de Kiko, que me hablaba, pero actuaba algo frío, me seguía sintiendo subida y con control sobre la situación y sabía que Clara se dejaría manejar si presionaba lo suficiente; y acabaríamos montando esas fiestas tan geniales. Me sentía ansiosa e impaciente esperando a que el colegio acabara de una vez y me pasaba las tardes en la piscina colgada del teléfono hablando con amigos de Clara sobre viajes a Ibiza y fiestas asombrosas.

Lo que me dispongo a contar ahora tal vez sea uno de los momentos más curiosos de mi vida por la forma en qué pasó y el momento en el que pasó, tal vez fue suerte o tal vez fue mala leche del destino. El día que fui a recoger las notas al colegio y a despedirme oficialmente hasta el curso siguiente tuve un incidente que dio un giro radical a mi vida de aquel momento y que a día de hoy lo agradezco de corazón. Cuando salí de las oficinas, fui a buscar a Laia para volver juntas en autobús, los demás se habían quedado por la zona para salir después de fiesta, pero a mí no me apetecía estar por allí. Me encontraba en los aparcamientos, con Laia, esperando al autobús y hablando de nuestras cosas en general, la parada del bus del colegio está en medio de los aparcamientos y a veces entre tanto coche no ves al bus llegar. Yo siempre tenía la manía de asomarme a menudo por si le veía venir a lo lejos y poder ir preparando el carnet de estudiante y no andar apresurada buscándolo. En una de las veces que me asomé no vi que el coche que estaba aparcado detrás mía estaba empezando a dar marcha atrás, el conductor tampoco me vio, pero iba tan despacio que pudo frenar a pocos centímetros de mí dándome un leve golpe en el cartílago de la cadera, donde empieza la cabeza femoral. Prometo que el golpe fue leve, pero yo me asuste tanto que con el impacto perdí el equilibrio y la serenidad y me tiré encima del coche. No sé muy bien lo que hice, pero me partí el fémur en su parte posterior. No se me partió al momento, sino que me hice una fisura que se convirtió en fractura cuando yo quise empezar a andar como si nada hubiera pasado.

Laia no podía creerse lo que estaba viendo y su reacción fue reírse, claro, no se imaginaba que la pierna me había crujido entera. Mientras venía en mi auxilio, yo me retorcí de dolor en el suelo; por suerte la enfermería del colegio aún estaba abierta y allí me pudieron dar buenos cuidados primarios y después me llevaron al hospital. Fue una fractura bastante absurda y no necesité mucho tratamiento médico, a los pocos días me mandaron a casa, eso sí, con la pierna escayolada de arriba a abajo y con la baja para dos

meses. No puedo explicar la decepción que supuso para mí enfrentarme a la idea de pasar un verano diferente del que tanto esperaba, la frustración era agobiante y mi humor lo demostraba cada vez que alguien intentaba ser amable conmigo. Lo único en lo que sentí tener suerte en aquel momento era en que los calmantes para el dolor eran muy buenos sustitutivos de las drogas y me encontraba con cero necesidad de consumir, también gracias a mi voluntad de intentar no pensar en cosas que no podía tener. El inicio del verano fue una de las peores fechas que recuerdo, hacía mucho calor y yo no podía bañarme en la piscina, tampoco podía moverme libremente por casa ni mucho menos salir a la calle por mis propios medios. Mis amigas venían casi todos los días a verme, pero otra vez estaba en la situación donde todos parecían divertirse menos yo.

Como tampoco tenía otra opción, mi ánimo fue cambiando con el paso de los días, recuperé algunos de mis antiguos hobbies para paliar el aburrimiento como los videojuegos o los cómics y me sentí espiritualmente conectada a mi yo antigua. Además de las visitas diarias de mis amigas, Kiko solía venir con la moto y llevarme a lugares o simplemente de paseo, tampoco eran grandes planes, solo ir a la playa o a tomar algo o al mirador más cercano a ver las vistas. Tener la playa y la montaña a igual distancia es algo que hace que Barcelona sea especial. Nuestra amistad no era tan fuerte como otras veces después de lo que pasó en la graduación, pero sí lo bastante como para hablar con total confianza sobre nuestras preocupaciones. No obstante, no quise sacar el tema de las drogas y él tampoco lo hizo. Nos limitábamos a hablar de otras cosas y dejar que el buen rollo fluyera. A veces, las chicas se unían en esas salidas y me lo pasaba mejor. Una de las veces, vino Angela a verme después de varias semanas casi sin saber nada la una de la otra, en realidad llevaba meses desaparecida con el tema de su novio y sus cosas. Ese día nos lo pasamos bastante bien hablando de las tonterías del curso y de las anécdotas de la graduación, ninguna sacó el tema de las drogas. Desde ese día, ella frecuentó más mi casa y empezó a hacerse más visible en mi vida, también solía coincidir con el resto de mis amigas y al final acabó formando parte del grupo. Fue cuando mi doble vida en cuanto a amistades acabó, mis dos grupos se fusionaron en uno y a la larga eso me evitó muchos conflictos.

Junio se fue con una hermosa noche de San Juan para el recuerdo en la hermosa playa de Cadaqués junto a un novio de verano que me había echado unos días antes. Aquel año solo quemé en la hoguera los papeles del hospital,

con fe a que no me volviera a atropellar otro coche. Julio también pasó muy rápido entre visitas a mi casa y paseos en moto. Agosto se hizo más lento porque muchas de mis amigas se marcharon, pero mi incondicional Laia se quedó conmigo. No puedo destacar ningún momento especial de aquel mes porque no hice gran cosa, sí que tuve varios avances en mi salud y para mediados de mes ya podía doblar la pierna y moverme con las muletas. No consumí nada durante los tres meses de verano y la necesidad en mí se había ido. Del mismo modo, creo que también beneficié a las rebeldes, ahora que yo, que las llevaba por el mal camino, y no estaba disponible, estuvieron bastante tranquilas y serenas todo el verano, Angela incluso consiguió mantener su relación con su novio. Mantener muchos meses un novio a los dieciséis tiene mérito. Pienso que, si el incidente no hubiera pasado, aquel verano me habría podido ir o realmente bien o realmente mal, dependiendo de cuánto hubieran tardado en pillarme o cuánto hubiera tardado yo en hacerme daño inconscientemente. Pero algo de eso hubiera pasado segurísimo y seguramente habría arrastrado a mis amigas a ese ciclo de autodestrucción que tenía planeado. Por suerte esos tres meses me enfriaron mucho la mente y pude empezar a ver las cosas con otra perspectiva.

SI NACÍ SIN
TI, PUEDO
VIVIR SIN TI

CAPÍTULO 5: CUANDO ANGELA SE CORTÓ EL FLEQUILLO

El uno de septiembre de 2005, me quitaron las muletas y la escayola y pude comenzar a caminar muy torpemente y con bastante poco equilibrio. Con la energía que tenía guardada no tardé mucho en recuperar la forma, aunque no el color, tenía una pierna morena y la otra blanca nuclear; y a los siete días, el siete de septiembre fui a celebrar mi recién devuelta movilidad completa. Ese día no tenía planeado hacer nada fuera de lo normal, solo ir a comer alguna hamburguesa y bañarme por primera vez en la playa, pero tenía demasiada energía contenida y pensé que una ruta en bicicleta me vendría divina. Ahora que soy doctora pienso en la idiotez que es recuperarse de una fractura de fémur y querer ponerse a montar en bicicleta, pero ahí iba yo preparada para hacerme cinco kilómetros hasta la casa de Angela, que era la que más cerca vivía de mí.

Una hora y media después y llorando por el dolor conseguí llegar a su puerta, arrastrándome y completamente empapada en sudor por haber hecho los

cinco kilómetros andando y con la bici a cuestas. Angela llevaba bastante rato esperándome y estaba más molesta que de costumbre, probablemente por la desesperación de que una persona te diga que en veinte minutos está en tu casa y aparezca una hora y media más tarde. Dejé la bicicleta tirada en su jardín y me dispuse a entrar en su casa, pero ella sugirió ir en su moto hasta los bunkers, un mirador de Barcelona; y disfrutar de las vistas mientras bebíamos unas cervezas. No me pareció mal plan, aunque en su compañía te podía acabar pasando cualquier cosa.

Cuando llegamos allí no había nadie, porque en verano nadie sube a los bunkers, pues la gente está en la playa porque para eso Cataluña tiene 360 kilómetros de costa soleada; y poder estar en soledad en los bunkers mientras contemplas Barcelona es un privilegio al alcance de muy pocos. Aquel día, me hizo un regalo llevándome allí arriba a contemplar la belleza de mi ciudad con el mar azul de fondo casi mezclándose con el cielo en la línea del horizonte y también con el verde esmeralda de las montañas que se podían ver si mirabas al otro lado. Barcelona es una ciudad llena de vida. Angela me dijo que cuando estás colocado, todo te parece estéticamente más bonito porque aprecias mejor los colores y las texturas y además estás feliz y cuando estás feliz eres capaz de encontrarle lo bonito a cualquier cosa. Pero yo siempre he amado mi ciudad por encima de cualquier otro paisaje y no he necesitado estar colocada para reconocerlo.

Después de estar más de media hora mirando la silueta de Barcelona desde lo alto y de haber debatido si Barcelona es más bella que Venecia, ella es de allí, Angela dejó de prestarme atención y sacó unas tijeras del bolso. Se me pasaron mil cosas por la cabeza, que me iba a apuñalar, que iba a cortar cocaína, o que iba a tirarlas al vacío a ver si mataba a alguien, porque con ella nunca sabes que pensar.

—Deberíamos colocarnos y admirar Barcelona, no solo mirarla, admirarla. Pero primero quiero que me cortes el flequillo porque acabo de tener el pensamiento de que me quedaría genial y quiero hacer todas las cosas geniales que existan —dijo, sorprendiéndome.

Juro que lo recuerdo palabra por palabra. Yo me quedé un poco helada, no por lo último, si no por la proposición de colocarnos. Llevaba meses sin hablar del tema con nadie y me sentó como un jarro de agua fría que me hiciese esa proposición como algo tan natural. Cogí las tijeras y sus mechones de pelo frontales y con la precisión del cirujano que siempre he

llevado dentro le corté un flequillo recto y perfecto. Acto seguido sacó la cocaína de su bolso y la corté con la misma precisión con la que había cortado su pelo negro, y sin hacer ninguna pregunta.

Ella se metió las dos primeras rayas con la destreza de una veterana y me pasó el canuto para que yo hiciera lo mismo. La miré, le dije que llevaba meses sin hacerlo. Ella me dijo que no me iba a obligar, que ella también llevaba algo de tiempo limpia, menos que yo; pero que había estado sufriendo ansiedad últimamente y que no podía aguantar más la abstinencia. Me dijo que llevaba tiempo buscando hacerlo en mi compañía porque se sentía libre a mi lado. La libertad de poder hacer lo que te apetece y que no opinen nada de ti es otro privilegio al alcance de pocos, siempre ha sido un pensamiento que ha rondado mi cabeza. Ser libre sin hacer daño a nadie y sin juzgar a nadie. Me alegró mucho que ella me siguiera viendo de aquella forma y pensé que no había nada malo en ser libre al lado de una de mis mejores amigas en un sitio solitario. Cogí el canuto de papel y me tomé las otras dos rayas que quedaban. Después tiré el canuto al vacío.

Barcelona me pareció inmensamente bella, como de costumbre, pero aquella tarde mi mente no se concentró en las calles y en los edificios. Miré al cielo y pude ver todas las gaviotas yendo y viniendo, sobrevolando el mar mediterráneo sin destino fijo y parando en cualquier puerto a conseguir comida. También miré los árboles y me parecieron enormes y eternos, como si siempre hubieran estado allí viendo Barcelona progresar. Miré el asfalto quebrado de los bunkers y me pareció eterno también, siempre sufrido de aguantar las aficiones locas de los jóvenes que tanto los frecuentan. Miré los cruceros a lo lejos, llenos de viajeros que suben y bajan, que van y vuelven y que dejan parte de sus memorias en alta mar, donde permanecen eternamente. Por supuesto, miré el mar eterno siempre presente desde el inicio de la creación. Miré las montañas casi rozando el cielo y yo también sentí rozar el cielo. Miré a mi amiga, que observaba embobada el cielo azul de un verano que ya se estaba acabando y me pareció bella, eterna y libre igual que el paisaje que me rodeaba. Aquel día en el que volví a recaer, la cocaína no me provocó frenesí, ni éxtasis, ni relajación, ni diversión. Solo agudizó mis sentidos y liberó mi mente para que yo pudiera reconocer toda la belleza que rodeaba mi hogar y dejarla fluir por mi cuerpo para sentirme igual de bella, eterna y libre. Y después le pedí a Angela que me cortase el flequillo.

No sé cómo fue esa experiencia para ella, pero desde aquel día en el que se cortó el flequillo no volvió a probar las drogas nunca más.

SOMOS MICROUNI— VERSOS DE NEURONAS CON UN ALMA SEMÁNTICA

CAPÍTULO 6: EL CHIRINGUITO

El día siguiente de mi recaída en los bunkers me sentía muy crecida de ánimo. Primeramente, porque había vuelto a estar en la onda y en sincronía con mis instintos cocainómanos, también porque estaba de nuevo sana y libre para hacer cualquier maldad que se me ocurriera. Durante todo el verano no había pensado en nada de esas cosas, pero el volver a sentir el paso del polvo blanco hasta mi centro neuronal reactivó todas las emociones que tenía apagadas como si fueran interruptores. Me sentí una heroína por haber aguantado tanto limpia y me auto-convencí de que necesitaba recuperar el tiempo perdido.

Lo primero que necesitaba conseguir era mi propia droga o en su defecto a quien pudiera proporcionármela. Tampoco me quise complicar mucho la vida con eso y fui a pedírselas a la última persona que me había satisfecho, o sea a Angela. Fue curioso que estuviera varios días ensayando excusas y discursos en los que yo le pedía droga de una forma natural y ella me la daba sin hacer preguntas, porque fue exactamente lo que pasó. Le pedí una dosis baja con la excusa de quitarme la ansiedad del día de los bunkers y ella, sin

hacerme ni una sola pregunta, me dio una pequeña bolsa hermética llena de cocaína. Me dijo que ella lo dejaba, que pasaba, que toda para mí y que no volviera a sacarle el tema. Tenía dosis para al menos un mes siempre y cuando me las supiera administrar, pero como estaba en modo recuperar el tiempo perdido me acabé la bolsa en una semana y media.

Estuve casi todo el tiempo sin salir de mi habitación y retorciéndome literalmente de placer en la cama mientras me consumí las dieciocho dosis que Angela me había dado. No me dieron ganas de salir de fiesta, ni de buscar problemas, ni de beber... solo quería estar tranquila con los cinco sentidos puestos en el disfrute de aquella sustancia y con la mente totalmente en blanco. Lo bueno de la cocaína es que cuando estás estable y la consumes casi puedes decidir qué tipo de subidón quieres tener, solo tienes que dejar que fluya y tener la mente libre. Fue muy imprudente por mi parte hacer aquello en casa porque mis padres podrían haberlo notado, pero no estuvieron muy pendientes de mí y yo procuraba hacerlo por las noches y por las mañanas cuando ellos estaban trabajando. Menuda semana y media pasé. Valió la pena por todo el verano sin hacer nada, qué relajación tan extrema y qué sensación de felicidad tan artificial pero tan placentera. Me miraba al espejo y me veía preciosa, me ponía mis canciones favoritas y bailaba por toda la habitación, y eso que yo nunca he sido de bailar. Y cuando me tiraba a la piscina, sentía el agua fresca por mi piel y jugaba a esquivar los rayos de sol. Aquello era pura vida.

Todo en la vida se acaba y en diez días de nada se me acabó la cocaína y encima el colegio estaba a punto de empezar, lo que me ponía más difícil cualquier misión o intento de seguir recuperando el tiempo perdido. La estrategia de Angela no me iba a funcionar de nuevo, porque me había hecho prometer que en la vida le volvería a sacar el tema así que probé la estrategia de preguntarle a Clara. Era una estrategia arriesgada porque no sabía su estatus actual con la droga y podía pasar que pusiese en evidencia mi retomada adicción y a ella le sentase muy mal y se enfadase hasta que me viese sana. Cuando le pregunté sutilmente si tenía algo de mercancía, me miró con ojos de enfado y yo empecé a arrepentirme de mi atrevimiento, pero acto seguido sonrió y me dijo que sí que tenía y que podíamos compartirlo siempre que quisiera.

Esa misma tarde nos drogamos en su piscina y hablamos con mucha naturalidad de nuestras adicciones, algo que hacía muchísimo tiempo que no

pasaba. No sabía en qué momento Clara había decidido volver a consumir, a veces creo que solo de oírme a mí pedírselo le volvieron las ganas, de igual manera, yo me sentí afortunada por volver a tener la oportunidad de consumir con ella.

Con Clara otra vez en mi terreno, me sentí con más confianza y más respaldada para afrontar el nuevo curso: bachillerato. Aquel año empecé con todas las ganas del mundo, sabía de antemano que mi grupo entero, excepto Kiko, iba a estar estudiando en la misma clase, porque todos queríamos hacer ciencias; así que ya tenía una idea clara de cómo iban a ser los buenos momentos y lo que iba a significar poder estar con mis antiguas amigas de nuevo en clase y sin tener que dejar de lado a las rebeldes. Casi todas le habíamos pedido a nuestros padres estar semi-internas, o sea dormir en el colegio, pero poder salir cuando quisiéramos y dormir en casa cada vez que nos apeteciera. Nos pusieron en habitaciones vecinas y auguré grandes noches de risas. Fue la primera vez que compartí horarios y espacio con mis hermanas pequeñas, que estaban tres cursos por debajo de mí. Mi hermana Marta empezó a salir con el hermano pequeño de mi amiga Laia, Bernat, en plan novios formales.

Los dos primeros meses de clase fueron como la espuma: buenos ratos en clase, mucho estudio en casa y consumo ocasional de cocaína. Solo una vez cada dos semanas y dosis casi inexistentes. Casi siempre lo hacía sola los viernes antes de salir de clase o con Clara los sábados en el bar. Estuve saliendo con varios chicos del colegio y de fuera, pero ninguna de mis relaciones duraba más de una semana, les decía que quería ser su novia de primeras, pero en seguida me aburría de ellos y les dejaba por otro. Para mí era divertido y me sentía libre y sin ataduras. En casa las cosas también iban bien, aunque varias veces me tuvieron que dar toques de atención por descuidar los horarios y las resacas; y me dejaban algún que otro fin de semana sin salir. Eso no me causaba mucho problema porque tomaba mi dosis los lunes y estaba bien tener mis ganas controladas. Solía extrañar a Kiko; su compañía y protección, pero se me pasaba cuando me sentía tan arropada por mi grupo entero por fin tan unido y sin dobles vidas ni tonterías. Como he dicho, fueron dos meses muy tranquilos y no tan frenéticos, aunque no tardé mucho en volver a meterme en líos.

Conocí a Amy el primer mes de clase, pero no la presté atención hasta el segundo. Era nueva y para variar, venía del extranjero. De Estados Unidos

concretamente, porque en mi colegio, menos españoles hay de todo un poco. Era una chica muy liberal y abierta con algunos contactos «VIP», pero bastante poco carismática y demasiado manejable por los tíos. Tenía poca personalidad y se esforzaba mucho por ser la más popular. Clara y yo vimos en ella una presa perfecta para nuestros negocios. Solíamos acercarnos a ella en plan mejores amigas para sacarle información de contactos, fiestas... cualquier cosa que nos pudiera beneficiar. Clara había vuelto en plan depredador aquel curso y yo aún mantenía esa personalidad de cuando solía manejarla a ella, así que fuimos una combinación perfecta para sacarle a Amy todo lo que queríamos. La verdad es que no tuvimos que ser falsas durante mucho tiempo porque la chica nos acabó cayendo bastante bien y empezamos a salir con ella, no solo nosotras, sino todo el grupo, menos Angela, pues no quería saber nada de la mala vida. No es que ella fuera muy inocente, ya venía de fumar porros de su colegio anterior y bebía con mucho descontrol los fines de semana, no tuvimos que hacer gran cosa para conseguir que se volviese adicta a la cocaína. Tampoco es que quisiéramos meterla en la cocaína por fastidiar o por ganas de drogarnos en compañía como habían hecho conmigo, pero desde que Angela había cambiado cultivar maría por cultivar tomates para sus platos de pasta, nos sentíamos bastante aburridas y con muy pocos contactos y recursos para conseguir droga a mejor precio o gratis.

Los primeros días solíamos fumar porros en la ya habitual zona deportiva del colegio, y yo dejaba que Clara utilizase todo su encanto y que le contase sus historias increíbles para intentar atraerla al lado oscuro. Fue iniciativa propia de Amy pedir que la iniciásemos en la cocaína. La primera vez que conseguimos que se metiese polvo blanco estábamos en la discoteca, fue casi una sugerencia suya por querer encajar perfectamente como un puzle en nuestra sociedad de tres, nosotras solo nos limitamos a proporcionarle la droga y explicarle como se hacía. Ella ni dudó. Se metió tres rayas seguidas en el baño y salió a bailar desenfrenadamente mientras nosotras nos metíamos los restos. Desde ese día utilizó sus contactos e influencia para mantenernos a Clara y a mí colocadas y satisfechas, con nuestros monederos algo saneados por el ahorro. Pobre chica, cuánto me arrepiento de haberle fastidiado con eso. Creo que en aquella época no tuve ningún remordimiento por enganchar a una chica sana en este mundo, creo que era fruto de una desesperación interior causada por el abandono de Angela, que me tenía interiormente asustada y nerviosa sobre cuándo podría conseguir más dosis o

que pasaría si Clara se quería volver a salir del mundillo y me dejaba con la desesperación. Mi instinto en aquella época fue buscar más compañeras para tener un respaldo por si alguna cosa me iba mal.

En medio de tanto embrollo, cumplí dieciséis años y lo celebré con una fiesta bastante generosa. Vinieron muchos de mis primos, mis hermanas y algunas amigas tuyas, todos mis amigos, Kiko, algún lío de verano que aún se acordaba de mí... en resumen, vinieron todos. Como la fiesta la habían pagado mis padres no pude ser muy generosa con la bebida, solo cerveza y Martini, pero por suerte la mayoría de la gente trajo el buen alcohol bien escondido. Fue una buena noche y me lo pasé muy bien, no me quise meter nada porque, aunque me gustaba el peligro, había bastante riesgo de ser pillada, así que me estuve conteniendo toda la noche a pesar de que Clara me lo sugirió varias veces. En un momento cualquiera de la noche, una amiga de mi familia que a pesar de tener mi edad se juntaba más con mis hermanas, y que se llama Blanca, se acercó a nosotras y nos dijo que le vendiéramos un porro para ella y unos chicos, que sabía que vendíamos droga. Nos hicimos las tontas, las sorprendidas, las ofendidas y las santas todo en uno, pero menuda cara se nos debió quedar.

—No os asustéis, son muchos los que saben lo que hacéis, se os nota mucho —nos dijo.

Entonces casi nos da un ataque de pánico ahí mismo. ¿Desde cuándo lo sabían? ¿Que habríamos hecho mal? ¿Cuántos en concreto lo sabían? Muchas preguntas para dos chicas un poco borrachas. Formamos gabinete de crisis junto con Angela que, aunque estaba en modo zen, había sido durante dos años parte de esto y también podría estar metida en la acusación.

Estuvimos media hora gritándonos las unas a las otras sobre quien había sido menos cuidadosa con las cosas hasta que Angela nos soltó una bofetada a cada una y nos dijo que ella no había sido y que lo arreglásemos. Como Blanca era de mi círculo social, era mi tarea hablar con ella. Fui y le expliqué que nosotras en la vida habíamos tenido cocaína y que era una invención de las que nos tenían envidia.

—Yo hablo de cannabis, lo otro no me interesa —alegó ella.

Me sentí aliviada de que el secreto grande estuviera aún protegido, pero no me gustó mucho que se supiera que yo iba fumando porros.

—Te lo vendemos si no te chivas de nada —dijo Amy, metiéndose en la conversación.

Clara y yo la intentamos detener, pero Amy nos dijo que era lo mejor que nos podía pasar, porque podíamos ganar dinero y deshacernos de lo que nos sobraba. Aquella noche vinieron tres amigos de Blanca a comprarnos porros y conseguimos dinero para una buena dosis de cocaína.

La americana dijo que podíamos montar un chiringuito de compra/venta de droga en su habitación del colegio, donde la gente fuera a pedirnos. Así nosotras nos ganaríamos un buen dinero y más respeto. Como Clara y yo no teníamos personalidad ninguna nos pareció una idea completamente sensacional. Amy dijo que ella haría correr la voz de que alguien en bachillerato pasaba porros y dejaría que los interesados nos buscaran, así conseguimos mantener confidencialidad. Las primeras personas que vinieron fue gente de la primera clase en la que estuve cuando conocí a Clara, los que ya se metían por aquel entonces y los que sospechaban que seríamos nosotras las que distribuíamos. Angela siempre había sido la proveedora oficial y desde que vivía en la nube de la decencia, la gente había estado algo perdida así que fueron bastante generosos pagando. Entre las personas que nos compraron los primeros días existía una confianza de mutuo interés, a ellos no les interesaba delatarnos y que se descubriera que fumaban y a nosotras no nos interesaba llevarnos mal con ellos y que se descubriera que pasábamos. La primera semana conseguimos sacar un buen dinero solo proveyendo a cinco personas de confianza, por el momento no quisimos aprovisionar a más para que no se nos fuera de las manos. Con lo que recibíamos, comprábamos hierba de mejor calidad o cocaína para metérsela después de clase. Y así fue como empezamos a pasar droga en el colegio bajo el nombre de El Chiringuito.

Angela se enteró solo tres semanas después cuando un chico le comentó que la sustancia que sus amigas pasaban estaban mucho mejor que lo que ella había pasado tiempo atrás. Ella estalló en cólera y gritó que nos iba a matar; vino completamente furiosa y enrojecida a nuestra habitación y sacó a Amy a empujones. Después cerró la puerta con un golpe que se debió oír en todo el colegio. Yo creía que nos iba a pegar una paliza ahí mismo, pero solo empezó a gritar como una posesa que éramos demasiado idiotas para ser reales. Nos preguntó que, si habíamos perdido la cabeza completamente, dijo que era la mayor locura ponerse a pasar droga en el colegio, que no entendía cómo

podía tener dos amigas tan idiotas y tan egoístas por poner en peligro a tanta gente solo para sacarnos unos euros de más. Clara le dijo que dejase de decir gilipolleces, que no estábamos haciendo nada que ella sola no hubiera hecho tiempo atrás. La italiana le dio una bofetada y le informó que no sabía nada de la vida.

Angela siempre hablaba como si hubiera vivido el doble de tiempo que los demás y tuviese más experiencia y razón en todo. Estuvo toda la tarde gritándonos sobre los errores que habíamos cometido, por ejemplo: ponernos a pasar en una habitación, donde sería muy fácil pillarnos; cobrarle a cada uno un precio diferente, darle a los más pequeños, hacer sonar la voz de que teníamos mercancía... en definitiva, errores de traficante inexperto. Lo que más le había molestado es que habíamos puesto en evidencia sus anteriores negocios y eso la ponía en una posición de ser fácilmente descubierta. Cuando Angela se cansó de gritarnos nos pidió que parásemos cuando aún estábamos a tiempo, Clara dijo que teníamos una buena oportunidad de hacer dinero y que estaría bien si ella nos ayudaba. Ella se negó a ayudarnos y dijo que si lo había dejado era porque vio que estaban a punto de pillarla, que no se arrepentía, que ya nunca pensaba en las drogas y que por mucho que nos quisiera, no se iba a arriesgar por unos euros de más, que lo sentía mucho, pero que por proteger sus propios intereses no nos iba a volver a hablar hasta que dejásemos el rollito *narco*.

Como teníamos a Amy de nuestro lado no nos importó que Angela no quisiera colaborar, aunque, al menos a mí, me dolió mucho la pérdida momentánea de su amistad y también me afectó en otros sentidos. Aquel año, ella estaba tan centrada en hacer las cosas bien, que había puesto grandes esfuerzos en sus estudios y, como a mí, le gustaba estudiar. Solíamos quedarnos muchas tardes en la biblioteca estudiando y hablando de cosas sin importancia que nos hacían reír. Esos momentos me hacían feliz y también me hacían sacar buenas notas porque cuando estaba con ella ponía un poco de esfuerzo extra para conseguir llegar al sobresaliente.

Angela siempre ha sido una estudiante muy trabajadora, pero le costaba mucho conseguir notas muy altas, principalmente tenía la barrera del idioma y, en segundo lugar, era bastante torpe con algunas materias. Aun así, se esforzaba mucho y conseguía llegar al notable con sudor y lágrimas, pero con orgullo. El resto de mis amigas también solía sacar buenas notas. Clara era un caso aparte, no porque sus notas fueran malas, al contrario, eran

excelentes, conseguía la matrícula de honor sin esfuerzo alguno, pero nunca abría los libros ni aparecía por la biblioteca. Yo pensaba que sus padres pagaban para que le pusieran esas notas, pero con el paso de los años fui viendo que realmente es una persona muy inteligente, aunque conformista, y que sus buenas notas eran el resultado de su gran capacidad mental y no de su esfuerzo. Esto lo estoy diciendo porque justo el día que Angela nos retiró la palabra, dejó de aparecer por la biblioteca y mi rendimiento académico bajó.

Claro que tenía la opción de ponerme a estudiar con mis otras amigas. Todas ellas eran buenas estudiantes, como ya he dicho, y cualquier compañía me habría venido bien para seguir manteniendo mi exigencia académica. Pero estaba llena de rencor por la falta de la italiana y el desinterés de Clara por los estudios, así que dejé de estudiar y de hacer los deberes por un tiempo. También me salté algunas clases y provoqué que me expulsaran de clase para a hacerle alguna visita al director. Fue algo bastante infantil, descuidar los estudios solo porque una amiga se niegue a colaborar contigo en el tráfico de porros a algunos adolescentes, pero me sentía sola sin ella; tenía mucho rencor y rabia porque ella no podía entender que lo que estábamos haciendo con Amy era lo que ella hizo, ella también había pasado droga a todo el mundo, no sabía que problema tenía.

Incluso pensé que aún tenía su negocio oculto y que el enfado venía de que le hiciéramos la competencia, pero no era verdad. Solo le molestaba que fuéramos tan descuidadas y que pusiésemos al descubierto su participación, y en menor medida, también le molestaba que siguiéramos metidas. Además, Clara sugirió dejar de meternos unas semanas hasta que a Angela se le pasase y eso me cabreó más aún porque sentía que nadie me daba la razón. El tiempo que esa rabieta me duró fue breve, tres semanas después dieron las vacaciones de navidad y llegaron mis notas a casa. Eran bastante bajas en comparación con las anteriores. Mis padres me tuvieron todas las vacaciones sin salir y sin Internet; con eso se me quitó la tontería y volví a mis hábitos de estudio.

Las semanas anteriores a las vacaciones había estado consumiendo más de lo habitual, porque estaba en plan rebelde ante el estudio y no encontraba nada mejor que hacer. Me colocaba en compañía de Amy y pasaba las tardes enteras hablando con ella de situaciones curiosas de la vida. Nada interesante. En ese tiempo no estuvimos traficando nada porque estábamos

esperando a que Angela se olvidase del tema y pensara que ya habíamos terminado con eso. Durante las vacaciones no pude consumir nada porque estaba castigada, ahí lo llevé bastante mal, como las semanas de antes me había metido bastante, tenía mucha ansiedad y abstinencia. Se me puso un humor horrible, todo el rato contestaba mal a mis padres y me caían bastantes bofetadas por todos los lados, varias veces intenté escaparme a por un par de dosis, pero no era muy experta en el arte de escapar y me pillaban.

Lo intenté de todos modos; con mentiras, engaños o ruegos que me dejaran salir, aunque fuera una simple tarde, para poder ir a por algo para fumar, pero solo conseguí que mis padres me alargasen el castigo más tiempo por pesada y desobediente. Esas tres semanas que duraron las vacaciones fueron mi primera experiencia de una abstinencia considerablemente fuerte, no tuve ninguna ayuda y mis únicos consuelos fueron el café, la televisión y mis propios desahogos a base de lágrimas. Llorar ayuda, hace que el cuerpo libere sustancias relajantes y evite la contracción de los músculos. Me di cuenta en aquellos veinte días, que llorar me ayudaba a llevarlo. Fue un pequeño infierno y un castigo bien merecido que ayudó a que se me enfriase un poco la mente.

Y entonces, 2005 terminó.

**QUE MIS
SUEÑOS ME
DELATEN
CUANDO TE
NOMBRE EN
ELLOS**

CAPÍTULO 7: CRAC AND CRACK

Cuando pasaron las vacaciones de navidad, hubo que volver al colegio a afrontar los dos últimos trimestres del curso. Yo ya iba con la bronca echada de casa y la presión de mantenerme centrada para recuperar las buenas notas, pero eso no impidió que lo primero en lo que pensase al pisar las aulas fuera en mi dosis. Había estado desde mediados de diciembre castigada sin salir de casa, sin comunicación con el mundo y pasando la abstinencia a solas. Toda el ansia que tenía por volver a consumir la sentí de un tirón al poner un pie en clase. Como mil pistolas apuntándome al mismo tiempo, y con todo volviendo a mi cuerpo de una sola vez. A veces cuando más fuerte se hace la necesidad es cuando sabes que tienes la opción de consumir a mano. En ese caso yo sabía que en mi habitación del colegio tenía una bolsa llena de cocaína para consolar mi desesperación. Cuando sabes que te tienes que resignar y que no vas a poder consumir porque no hay posibilidad sientes otro tipo de ansia, pero cuando tienes la idea cierta de que hay una posibilidad remota de que haya droga a tu alcance el ansia se intensifica. Tu cuerpo se convierte en un radar intentando guiarte hacia tu premio. Es por

eso que la mayoría de adictos desintoxicados vuelven a consumir cuando les liberan. El ansia te puede matar por dentro si te dejas.

Mi cuerpo empezó a sentir toda el ansia de una vez; me nubló la mente y me guio hasta mi habitación, donde tenía escondida mi droga. Por suerte seguía allí, si no hubiera estado me habría dado algo. Me salté todas las clases de la mañana, estuve en mi habitación encerrada fumando hierba y metiéndome un par de rayas. Fue genial. Qué gusto. Es como cuando estás sediento y bebes agua fresca de una fuente. A parte de meterme droga, también aproveché toda la mañana para mirar mis mensajes y mis redes sociales de entonces. Había estado sin Internet unas semanas y tenía muchos mensajes atrasados. Tenía uno de Kiko enfadado porque había vuelto de la mili por navidad y no había ido a verle. Tuve suerte y le encontré conectado y pude disculparme con él, me preguntó si mi castigo había sido por las drogas, le dije que había sido por sacar malas notas. Me puso un icono de alivio y muchos corazones. Yo estaba colocada y le mandé corazones de vuelta, también iconos de besos, me empecé a emocionar y le quería escribir algo romántico, pero él me dijo que estaba con una chica del ejército. Me paré en seco y no quise molestarle. Después de todo mientras nos esperábamos podíamos estar con quien quisiéramos.

A la hora de la comida me integré con el grupo, les puse de excusa que por la mañana había ido al médico y por eso me había saltado las clases y ninguna sospechó de mí, ni siquiera Clara, aunque me miró raro. Durante el resto del día me estuve poniendo al día con todas sobre los cotilleos de navidad, me enteré de cosas interesantes, pero casi siempre era lo mismo: Amy liándose con todos, Clara liando todo, Angela liándola, Paula emborrachándose, Laia a su bola, Nuria embarazándose y Rocío castigada como yo. Yo no tenía nada que contar así que me limité a escuchar todas sus historias y a sonreír mientras se me terminaba de pasar el efecto.

Por la tarde, al acabar las clases, vino mi madre a buscarme bastante cabreada, se suponía que yo dormía en el colegio, pero me llevó a casa, iba con mis hermanas en el coche y no quise preguntar el motivo porque no quería que mis hermanas se enterasen de nada. Estuve todo el trayecto, nerviosa por si había descubierto que me drogaba. Al llegar a casa me dijo que los profesores la habían llamado diciendo que en la mañana yo no había aparecido por clase y me estuvo mucho rato interrogando sobre dónde había estado. Como yo estaba aún con el efecto me costaba inventarme una excusa

sólida y acabé gritándole que me dejase en paz, que yo iba a hacer lo que quisiera con mi vida. Mi madre lo zanjó golpeando mi rostro y volviéndome a castigar. El mismo día por la noche mi padre me amenazó con sacarme interna del colegio si no mejoraba mi actitud. A mí eso no me venía nada bien así que tuve que agachar la cabeza y hacerme la inocente para que olvidasen esa idea. En aquella época eran especialmente duros conmigo, pero supongo que mi comportamiento era absurdo y desesperante.

Aquella tarde en la que yo no estuve, Clara y Amy pusieron en marcha el Chiringuito de nuevo pues había varias personas interesadas que les habían insistido mucho. Yo no me enteré hasta días después, tampoco entendí muy bien de por qué me lo ocultaron si yo estaba bien con la idea.

Cuando me lo dijeron estaban algo reacias y esperaban que me enfadase, pero yo reaccioné bien, les dije que por fin Angela había dejado de sospechar y que teníamos vía libre para controlar las cosas. El resto del mes tuvimos el Chiringuito a pleno funcionamiento pasando porros a los de secundaria y también pasando entradas de fiestas. Daba risa ver como teníamos la habitación montada para recibir a la gente, parecía un Chiringuito de playa de verdad, les poníamos una Coca-Cola y música mientras nosotras nos íbamos a debatir cuánto darles y cuánto cobrarles. Cuando empezó a venir más gente de la que esperábamos tuvimos que cerrarlo temporalmente para que no se nos fuera de las manos, queríamos ser cautelosas. Clara tuvo que estar haciendo de mala abusona un tiempo para asegurarse de que nadie se chivase. Amy se enfadó cuando le dijimos que íbamos a dejar de pasar droga temporalmente y se empezó a juntar con otro grupo. A mí tampoco me importó mucho.

Para mediados de febrero empecé a salir con un chico de mi clase que se llamaba Rafa, fue uno de mis primeros amores. Me pillé muchísimo por él y quise hacer las cosas bien, estuve algunos días intentando que se fijara en mí y conseguí que me pidiera ser novios. Las primeras semanas que estuve con él solía pasar las tardes enteras besándole en su habitación con canciones latinas puestas de fondo. No era por el contenido sexual ni por la excitación, era porque estaba de moda. Con dieciséis años y cerca de hacer los diecisiete casi todas mis amigas habían perdido o estaban en proceso de perder la virginidad, pero a mí se me metió en la cabeza la idea de aguantar hasta los dieciocho y no hubo tío que me sacase de esa opinión, por más que intentaron. En principio decidí eso porque no quería más líos en mi vida, y el

sexo era un lío, sobre todo si te drogas, porque cuando eres sexualmente activa y te metes cocaína, tu deseo sexual aumenta mucho y yo no quería estar como una perra en celo con dieciséis años ni mucho menos quedarme embarazada, y por supuesto tampoco quería hacer evidente mis hábitos. Entonces a Rafa le tenía que parar casi todas las tardes cuando la cosa se empezaba a poner muy intensa casi a punto de caramelo. Igualmente pasaba muy buenos ratos con él, en lo personal y en lo físico, y si a ello le añadimos que cuando me despedía de él me iba a fumar hierba o a meterme cocaína se puede decir que fue un buen mes para mí. Rafa era muy guapo y creo que aún lo sigue siendo.

Rafa me confesó que fumaba porros y yo no quise decirle que yo también lo llevaba haciendo dos años así que me hice la santa y le dije que me dejara probar. Era mejor así, pues no sospechaba nadie y encima tenía droga gratis. Yo nunca he sido sincera con nadie. A veces fumaba con Rafa y sus amigos y después fumaba con Clara. Menuda mezcla. Más de una vez me dio un buen *amarillo* y merecido lo tuve. Aunque llegué a tener muy buena conexión con Rafa nunca le quise contar ninguno de mis secretos, y mientras estuve con él tuve el Chiringuito cerrado. Yo no quería o no podía confiar en él y creo que hice bien porque con dieciséis años las relaciones no significan nada. Febrero pasó, marzo avanzó y yo seguía con esa rutina de divertirme con Rafa y fumar con Clara. No hacía mucho caso a mis demás amigas, solo en las horas de comer y poco más. Los fines de semana en los que no estaba castigada salía de buenas y en plan zen para no liarla y que me volvieran a castigar, aunque algún par de veces consumí cocaína. Se puede decir que ese periodo fue bueno porque no consumí tanto y estaba más relajada.

A mediados de marzo, Amy volvió a juntarse con Clara y conmigo. Nos pidió reabrir el Chiringuito. Accedimos porque estábamos aburridas y necesitábamos alguna emoción en nuestra vida, pero acordamos que si empezaba a venir mucha gente lo cerraríamos de nuevo. Como aceptamos su propuesta, Amy estaba contenta y nos dio unos gramos de crac para celebrarlo después de clases. El crac es cocaína pura en forma de piedra, de la que se fuma. El crac tiene una gran diferencia con la cocaína, aparte de su método de consumo, y es que causa el triple de efecto en menos tiempo. Su efecto suele durar tres horas en comparación con las seis o siete de la cocaína, con todas sus fases. El crac es una droga muy peligrosa y altamente adictiva, es peligrosa porque se absorbe por los pulmones y es adictiva

porque su efecto dura poco y para en seco, no gradualmente, y eso te deja hecho polvo, el cuerpo se te queda roto después de tomarlo. Y cuando pasa eso, vuelves a fumar más crac. Es un ciclo del que no puedes salir.

Clara y yo lo sabíamos, pero estábamos aburridas; yo con la estabilidad de mi relación y ella sin ningún lío en el que meterse. Entonces decidimos darle una oportunidad al crac. Esa tarde quedamos para preparar su consumo, el crac se fuma en pipa o en algún recipiente que vaya quemando la piedra para que puedas ir inhalando. Preparamos ilusionadas una pipa de metal que haría de cachimba y quedamos para fumarlo el viernes por la noche antes de salir de fiesta. Clara decía que era la pipa de la paz, como la de los indios, que iba a arreglar las cosas con Amy y que nos iba a traer buenas fiestas en el Chiringuito, allí todo era posible porque la gente a cambio de porros hace casi cualquier cosa o te invita a la fiesta que sea, son ventajas de ser camello, aunque sea a pequeña escala.

El resto de la semana estuve como siempre, sin acordarme de la cita del viernes con el crac. Clara, sin embargo, estuvo bastante expectante porque iba a ser su experiencia fuerte en algunas semanas y esas cosas le dan vida.

El jueves me metí una raya porque llevaba algunos días limpia y sentía algo de ansiedad, pero no fue nada especial. El viernes por la noche salí del colegio para ir a coger ropa de fiesta a casa y después volver. Los fines de semana podías salir cuando quisieras, aunque no podías entrar más tarde de las tres de la mañana. Yo siempre pasaba los fines de semana en casa, pero pedí permiso para pasar aquel en el colegio, así aprovechaba y pasaba el mono del crac allí y el resto del tiempo podía estar en la habitación de Rafa explorando su anatomía. Mi madre sabía que el permiso que le estaba pidiendo no era para hacer nada bueno y no me lo quiso dar, me dijo que llevaba mucho tiempo en plan idiota y que si quería salir podía salir, pero volviendo a dormir a casa a una hora decente, que en colegio iba a estar haciendo el idiota. Le dije que en el colegio volvería a las tres, que era el toque de queda, le dije mil excusas más: que quería estudiar, que era el cumple de alguna amiga, que había noche de pelis... se hizo bastante evidente que estaba mintiendo así que mi madre perdió la paciencia razonando conmigo y me castigó sin salir. Aquel día me pillé una rabieta tremenda y cuando mi madre se fue a dormir me escapé con la ayuda de mis hermanas. Fue la primera vez que me escapé exitosamente.

Mi hermana Claudia me llevó en moto al colegio y se desatendió del tema

para no quedar de cómplice. Cuando entré en la habitación, Clara estaba bastante cabreada conmigo y se había puesto a ligar con un amigo de mi novio Rafa. Entré y les vi metiéndose mano; les ignoré y me puse a fumar hierba al lado de ellos para cortarles el rollo. Como Clara estaba enfadada conmigo por haberla dejado plantada siguió besándose con el chico delante de mis narices fingiendo que yo no existía. La vergüenza es algo que nunca ha existido entre ella y yo, de hecho, ella entraba muchas veces cuando yo estaba con Rafa haciendo cosas comprometidas y actuaba con total normalidad. Cuando se me acabó la paciencia me largué de allí dando un portazo y me dispuse a volver a casa, porque escaparme para estar aburrida no era algo que mereciese la pena. Cuando iba saliendo Clara vino corriendo detrás mía y me alcanzó, me pidió explicaciones y me perdonó al entender que no había sido culpa mía, me dijo que si nos fumábamos ya el crac o se iba con el chico. Estaba nerviosa y se mordía mucho el labio inferior, es su radar de peligro, cuando lo hace mucho es porque está preparándose para una situación intensa. Le encanta.

Nos encerramos en mi habitación y sacamos las piedras de crac, las metimos en la cachimba que habíamos preparado y empezamos a inhalar. El crac es intenso, con solo dos caladas ya sentí la electricidad por mi cuerpo y me hacía reírme como una loca, aunque yo no quisiera. Era imposible mantenerme centrada y aunque empecé a ver las llamadas perdidas de mi madre, que ya había descubierto mi fuga, fui incapaz de razonar nada. El crac es como un remolino, te absorbe, te lleva a lo más alto y luego te deja tirado hecho un asco. Sentí que subía y bajaba del cielo mil veces seguidas, la sensación de cosquilleo de cuando estás cayendo por una pendiente a toda velocidad, sentí placer infinito y ganas interminables de reír sin parar. Pero no era natural, todo era muy artificial, por debajo de todas esas sensaciones tan intensas estaba mi conciencia intentando tomar el control. No pude. Seguí inhalando hasta que me lo acabé, Clara dice que tenía los ojos completamente rojos y las pupilas como dos soles, que estaba sudando sin parar y respiraba muy fuerte, casi no podía coger aire entre risa y risa. Dos horas después empecé a acostumbrarme al efecto tan intenso y no me pareció tan malo, pero seguía sin tener el control de mi cuerpo y mucho menos de mi mente.

Fui a la habitación de Rafa y cerré la puerta con llave, me solté el pelo y me desnudé delante de él, él me miraba anonadado, pero a esa edad las hormonas no te dejan rechazar una ocasión así. Tampoco fue ninguna locura, él era mi

novio y llevábamos juntos casi dos meses. Me había visto varias veces, pero aquel día se lo tomó como una invitación a otra cosa. Recuerdo que vino hacía mí quitándose la camiseta, y aunque tenía el cuerpo de un adolescente delgado y corriente, yo lo vi como un anuncio de esos en los que los modelos se quitan la camiseta a cámara lenta mientras se les marcan todos los músculos. Eso activó mucho mi centro neuronal del placer y me abalancé a él como un lobo. Sé que de fondo se escuchaba Aerosmith. Sé que apagamos la luz y nos revolcamos por todos sitios. También sé que el bajón causado por el crac me dio antes de que pudiera perder la virginidad con él. Tuve que parar en seco de besarle y la euforia desapareció de golpe para verse reemplazada por un mareo terrible y una pesadez en los ojos agotadora, como cuando llevas días sin dormir. Él se había quedado bastante satisfecho y no se molestó conmigo ni nada especial, pensaba que tenía resaca. Me ayudó a vestirme y me acompañó a mi cuarto.

Yo iba caminando como una zombi, totalmente sin energía, dar un paso al frente me costaba una inmensidad. Cuando caminamos utilizamos alrededor de doscientos músculos, a mi creo que no me respondía ninguno. Viví todo el proceso de caminar por un pasillo a cámara lenta, visualizaba mi cuerpo activándose poco a poco para moverse como los engranajes de un reloj. El pasillo se me hizo eterno, no conseguía ver su final. Tuve que parar varias veces porque sentía que el techo se me caía encima y que no iba a poder mover ni un músculo más. Rafa me sujetaba y prácticamente me arrastraba. Fue una agonía terrible. Cuando llegué a la habitación vi a Clara tirada en el suelo aun sufriendo los efectos eufóricos. Creo que se tiró todas las horas que le duró, en el suelo del cuarto sin moverse. Menos mal porque no sé cómo habría hecho para volver. Rafa me acostó en mi cama y se fue, ignorando a Clara y apagando la luz. Yo empecé a gritar de dolor. Sentía dolor en cada hueso del cuerpo, sentía que me faltaba el aire, sentía que cada vez que me movía el cuerpo me hacía «crack», que todo me crujía como los muelles de un colchón viejo. Poco a poco notaba como mi conciencia volvía a tomar control de mi cabeza y podía pensar por mí misma, no sé por qué recuerdo esto tan bien.

Sabía que la única cosa que me quitaría esa sensación tan terrible sería la misma cosa que me lo había provocado, pero para bien o para mal ya no nos quedaba crac. Para bien porque no tuve que meterme más y hacer idioteces, para mal porque tuve que soportar esa agonía unas dos horas y a mí se me

hizo interminable. Diez minutos después, Clara empezó a sentir los mismos efectos que yo, con la suerte de que ya estaba tirada en el suelo y no tuvo que hacer grandes esfuerzos físicos como caminar por el pasillo. La oía lloriquear desde mi cama, y quería ayudarla, pero no me respondía el cuerpo. Me dolía la cabeza horrores y podía escuchar sus quejidos amplificadas, como si tuviera un micrófono conectado. El oído se vuelve muy sensible cuando estás bajo los efectos del crack. Tal vez fue por eso que escuche vibrar mi móvil desde el otro lado de mi cama. Haciendo un esfuerzo inmenso conseguí alcanzarlo y mientras rezaba para que no fuera mi madre gritándome, me lo llevé a la oreja y contesté. Era Angela. Me hablaba histérica y muy furiosa, no recuerdo muy bien las cosas que decía, algo de que mi madre la había llamado preguntando si yo estaba allí. Yo no podía contestar porque no me salía la voz solo podía emitir quejidos y sonidos sueltos. Le pedí entre lágrimas que viniera al colegio. Escuché su voz asustada y no recuerdo nada más porque me dormí del agotamiento.

Cuando me desperté notaba que todo se movía, pero rápidamente me di cuenta de que era mi prima Susana agitando mi cuerpo y gritándome. Angela estaba en la habitación sosteniendo la cabeza de Clara mientras le daba algo de agua. Mi mente se concentró mucho en mi prima y en procesar todo aquello, pero no me dio tiempo a maquinarse ninguna mentira. Mi prima me dijo que estaba en un lío, supongo que lo dijo por cómo estaban las cosas en casa después de mi fuga. Angela me miró muy desafiante y supe que ella la habría llamado al vernos así, no la culpo. Al menos había escondido los restos de crack. Como no sabía si Angela le había contado todo, me mantuve callada pero Clara no mantuvo el silencio.

—Quiero más cocaína —dijo, y yo la maldije por dentro.

Mi prima me miró muy enfadada y me quiso llevar a casa. Serían las seis de la mañana. Angela le dijo que ni se le ocurriese moverme, que aún estaba con el bajón y que necesitaba descansar. Ella era una veterana en estas cosas, aunque estaba en modo zen seguía recordando cómo eran las cosas, ella nunca fumó crack, pero solía pasarlo a quien se lo pedía. Realmente la tuve conmigo en ese rato, sabía que hacer para calmarme y para aliviarme el sufrimiento, recuerdo que me acariciaba el pelo y me susurraba que no iba a pasar nada mientras mi prima daba vueltas por la habitación y me gritaba. Me volví a dormir.

Cuando me volví a despertar aún seguían allí, eran las nueve más o menos.

Clara ya estaba de pie y se la veía recuperada, estaba tomando un dulce para recuperar glucosa y energía. Mi prima nos echó la bronca a las dos, nos dijo todas esas cosas que se les dice a los adictos para que lo dejen. Era la primera vez después de Kiko que alguien me pillaba, me puse a llorar. Le rogué que no se chivase a mi madre, que me iba a matar. Me dijo que prefería que me matase mi madre a que me matase yo sola.

Angela también nos gritó mucho, aunque creo que se contuvo para no meternos una gran bofetada con la mano abierta delante de mi prima. Ella le había contado a Susana que nos metíamos cocaína a veces de fiesta, no le contó todo y tampoco contó su implicación, ella siempre protege sus asuntos. Creo que, si le hubiese contado la mitad de lo que hacíamos, Susana habría ido directamente a mi madre, pero mantuvo gran parte de nuestro secreto a salvo y solo le explicó un par de detalles. Gracias a eso y a la habilidad de Clara para encantar a la gente, conseguimos convencerla de que no dijera nada a mis padres. Yo la abracé y le di las gracias, ella me dijo que menos agradecer y más comportarse.

Cuando recuperé mi energía Susana me obligó a darme una ducha para volver a casa, para no preocupar a mi madre en exceso había llamado de noche para decirle que yo estaba con ella de fiesta. Me cubrió bien las espaldas. Antes de irnos, Angela nos dio una colleja a mí y a Clara; nos amenazó con que si volvíamos a fumar crac nos iba a hacer cosas terribles. Después nos abrazó y nos dijo que no le diéramos esos sustos y que fuéramos sanas como ella. Clara me miró y me hizo un gesto acerca de si confesábamos que habíamos abierto el Chiringuito a sus espaldas, pero yo le dije que no era el momento. Susana me llevó a mi casa en coche, intenté actuar normal todo el camino, pero ella no me quiso hablar mucho. Para fastidiarme aún más el sábado, Kiko me mandó un mensaje diciéndome que ya se había enterado de cómo la había liado y que estaba molesto conmigo. A saber, quién se lo contó. Yo no le contesté. Le mandé un beso a Rafa para distraerme. Cuando llegué a casa, sabía más o menos lo que me esperaba, mi madre me dio un par de bofetadas y mi padre otra más fuerte que me espabiló del todo.

La versión de la historia fue que me había escapado y había ido a casa de Susana a desahogarme, luego había salido un poco de bares y había vuelto a casa de Susana a dormir, pero creo que nunca la creyeron del todo. Me estuvieron gritando bastante rato, me dijeron las cosas que se le dice a una

hija que es desobediente y se escapa, charlas sobre la irresponsabilidad y sobre ser una desagradecida. Mi padre cumplió su amenaza de unos meses atrás y me sacó de estar interna en el colegio. También me castigaron sin carnaval y sin vacaciones de Semana Santa. Con un poco de lloriqueo conseguí que no me quitaran Internet, ni el móvil, ni la libertad los fines de semana. Aunque a mí lo de dejar de estar interna en el colegio me mató. Me cambiaba los planes completamente, me dejaba expuesta y débil. Me dejaba sin mi dosis nocturna, sin los momentos con Rafa, sin las tardes de biblioteca, sin las noches con Clara... Sin el Chiringuito. Pasé el resto del fin de semana llorando por lo que se me venía encima y por los propios recordatorios que una resaca de crack deja en el cuerpo de una persona las 48 horas siguientes a su consumo.

Mi vida hizo crack después de aquello.

**VOY DETRÁS
DE TI, PERO ME
PESAN LOS
PIES Y NO ME
DEJAN CORRER**

CAPÍTULO 8: AMÉRICA

Después de mi experiencia con el crac llegó abril y comenzó la última etapa de primero de bachillerato. Había sido un curso genial, dejando a un lado mis actividades en las sombras había pasado momentos estupendos que no he escrito en este diario porque no tienen nada que ver con las drogas, pero permanecen en mis recuerdos como grandes momentos de felicidad y compañerismo. Creo que fue mi mejor curso por tener a mis amistades juntas y a Rafa conmigo. Empecé a ir a clases en horario normal, de ocho a cinco, era muy poco tiempo comparado con pasar las veinticuatro horas del día allí como había hecho hasta entonces y no tenía casi tiempo para actividades ilegales o para hacer cosas con Rafa. Por las tardes no me dejaban salir porque estaban bastante enfadados conmigo y los fines de semana tampoco solía tener la misma suerte, no se fiaban. Sé que sabían que pasaba algo. Como el crac me había sentado peor que una paliza y mis padres estaban muy encima de mí, siempre sospechando y vigilando, dejé el Chiringuito de lado durante todo el mes y tampoco consumí nada de cocaína ni porros. No sentí mucha ansiedad ni mono porque tenía la idea de no querer repetir un día

como el del crack grabada en la mente como si hubiera sido marcada a fuego por una barra de hierro.

En Semana Santa volvió a venir Kiko a la ciudad, en principio no me iban a dejar salir, pero conseguí que pasaran un poco de mí y me dieran algunas tardes libres para ir a verle. Llevaba sin verle unos ocho meses, y estaba bastante nerviosa por nuestro reencuentro. El primer día quedamos a solas en los bunkers y cuando le vi me sentí bastante rara. Estaba muy cambiado, más mayor, más fuerte, más alto, y también más distante conmigo. Nos abrazamos fuerte, como dos almas reencontrándose después de mucho tiempo y nos sentamos a hablar mientras observábamos las imponentes vistas de Barcelona a nuestro alrededor. Le pregunté todo lo que se me pudo venir a la cabeza aquel día, quería saber todo lo que me había perdido, todo por lo que él había pasado sin mí a su lado. Él me intentó explicar todo sin dejarse ningún detalle, eso significó que también tuve que escuchar sobre sus líos y amoríos, lo cual me sentó bastante mal y me provocó unos celos terribles, pero puesto que yo estaba saliendo con Rafa desde hacía unos meses no tenía mucho de lo que quejarme.

Yo también le expliqué mis cosas, le hablé de Rafa, aunque solo de sus cosas buenas, le hablé de las clases, de los problemas con mis padres, de Amy... Le intenté hablar de todo un poco, pero intentando evitar el tema de las drogas. Él notó que estaba evitando el tema y tampoco hizo mucho por insistirme, simplemente se limitó a preguntarme qué tal la resaca de crack. Le dije que bastante mal y que había aprendido la lección de no jugar con drogas más peligrosas, él me dijo que no debería jugar con ninguno tipo de droga. Le prometí que estaba limpia y le pregunté si estaba enfadado, me dijo que no, pero que le molestaba verme liándola tanto. Yo no dije nada, solo puse mi cabeza en su hombro y me encendí un cigarro. En lo que me lo fumé hablamos de cosas sin importancia. Después me llevó a casa y nos despedimos hasta la semana siguiente. Me pidió que trajese a Rafa a su casa a cenar y él llevaría a su chica, la había conocido en la mili. Me pareció una locura, pero acepté, porque siempre acepto ese tipo de cosas estúpidas... porque si no, no sería yo.

Los días que transcurrieron hasta nuestra siguiente cita me los pasé en casa, sin hacer nada interesante y sin pensar en las drogas. Una noche pude ir a cenar a solas con Rafa, pero no es un recuerdo que mantenga en mi mente porque fue una cita sin más de las muchas que tuvimos. Esos días no vi a casi

ninguna de mis amigas, con excepción de Rocío que vino una tarde a mi casa a que le explicase un tema de matemáticas que no entendía. Lo interesante pasó cuando traje a Rafa a cenar a casa de Kiko unos días después. A él no le había parecido bien la idea, pero le dije que nunca hacíamos lo que quería yo, aunque era mentira, porque siempre hacíamos lo que yo quería. Llegamos puntuales y llevamos Coca-Cola para hacer calimocho, porque las parejas adolescentes no llevan vino. Kiko estaba con su chica del momento, no la recuerdo, creo que era rubia y atlética. Yo la ignoré completamente y Kiko ignoró a Rafa completamente. No le pregunté nada sobre ella y tampoco contesté animadamente a sus preguntas, mucho menos le sonreí. A mí me salió natural. Mientras cenábamos Kiko me miraba mucho y me recordaba momentos de nuestra infancia o temprana adolescencia que nuestras parejas no entendían, llegó un momento en el que la cena parecía una velada íntima entre él y yo. Rafa y la chica de Kiko hablaban entre ellos de cosas poco interesantes y yo bebía mucho calimocho y me comía a Kiko con los ojos, pero él no me devolvía las miradas.

Como estaba algo achispada por el alcohol y el ambiente le empecé a mandar indirectas a Kiko mediante mensaje, no me importó que estuviera Rafa al lado y mucho menos que estuviese la chica de Kiko. Solo sentía el amor que suelo sentir siempre cada vez que le veo, pero elevado al cuadrado, incluso me empecé a sentir acalorada pero tal vez el responsable de eso fue el vino barato. Le dejé caer varias veces a Kiko que me quedaría a pasar la noche con él, que hiciéramos lo que fuera necesario para librarnos de nuestras parejas, que me acompañara a la habitación sin que se enterasen ellos, pero él no hizo nada en toda la noche. Yo me cabreé bastante y empecé a actuar borde con él y con todos, bebí mucho más vino y me quedé sentada en el sofá sin participar en los juegos de mesa absurdos que la chica de Kiko había propuesto. Pensé en que él era afortunado por estar con una chica que propone jugar a juegos de mesa en vez de fumar crack o entrar en edificios abandonados a meterse cocaína. Pero también pensé que ella era aún más afortunada por tenerle a él. También pensé que Rafa era afortunado por tenerme a mí. Pero yo no era la afortunada en ningún aspecto, era la más desgraciada de la sala. Enamorada de otro que no era mi novio, con pocos permisos para salir y teniendo que mantenerme limpia. Estube pensando bastante en aquel rato, pero por suerte no me vino la ansiedad de consumir. Lo que si me dieron fueron muchas ganas de irme de aquella farsa así que se lo dije a Rafa, cosa que no le pareció nada mal. Ni me despedí de Kiko, y

mucho menos de su chica. Antes de irme me preguntó que cuál era mi problema, y que si me había enfadado con él por haberse mantenido frío. No le contesté.

Aún tenía permiso para estar algunas horas más en la calle antes de volver a casa. Rafa propuso cosas habituales como botellón con los amigos o ir a un bar, pero yo estaba frustrada por el rechazo de Kiko y necesitaba sentir que alguien se moría por mí, y también me sentía algo culpable por haber pensado en ponerle los cuernos al pobre Rafa delante de su cara. Le pedí ir a cualquier sitio donde pudiéramos estar a solas. Él pilló mi indirecta y la interpretó como una invitación mayor a hacer algo mucho más íntimo, yo tampoco puse límites a su imaginación. Me hubiera servido cualquier descampado, portal, parque o edificio abandonado, pero él propuso ir a su casa, que estaba sola por un viaje de sus padres debido a las vacaciones. Por el camino compramos algunas cervezas y nos las fuimos bebiendo por las calles solitarias de Hospitalet iluminadas por las pocas farolas que suelen funcionar. Yo sabía qué era lo que íbamos a hacer en su casa, ya sabía lo que él quería, pero le cogí de la mano e intenté no pensar en si estaba preparada o no.

Cuando llegamos a su casa, yo ya iba muy muy achispada por el alcohol y estaba bastante receptiva ante todos sus cariños. Me propuso sentarnos en el sofá a terminarnos las cervezas, pero como siempre he sido una mujer muy directa y sabía que tarde o temprano acabaríamos haciendo lo mismo me lancé a besarle sin darle tiempo a dejar sus cosas en sus respectivos sitios. Él me cogió en brazos y me llevó hasta su habitación mientras por el camino iba tirando sus pertenencias al suelo y yo iba mirando la hora para no tener más problemas con mis padres. Me dejó caer en su cama como quien deja caer una maleta después de mucho tiempo cargándola, con poca pasión, pero a mí me pareció tremendamente romántico. Paró de besarme para poner algo de música, tenía un CD con música italiana que Angela nos había grabado a los dos y me preguntó si me venía bien ese. En realidad, creo que quería preguntarme si me ponía eso. Yo le dije que me daba igual, pero que viniera ya a la cama conmigo. Sonó *América* de *Gianna Nannini*, una canción de rock con mucho contenido sexual, que a los dos nos gustaba bastante. La puso en repetición porque las demás canciones del CD eran cursis.

Con la castigada voz de *Gianna Nannini* de fondo hablando de hacer el amor, nos quitamos mutuamente la ropa mientras nos echábamos miradas de

aprobación. Cuando la canción acabó nos empezamos a reír por el alcohol, antes de que volviera a empezar me besó muy tiernamente. Mientras me siguió besando por todo el cuerpo durante un largo rato más yo pensé en que podría estar haciendo eso con Kiko, pero que me había rechazado, y que Rafa era más guapo y estaba pillado por mí y no por ninguna muñeca del ejército. La canción se me metió en la cabeza como una melodía pegadiza y perdí la noción del tiempo mientras exploraba la anatomía de mi novio. Pensé que eso era mejor que las drogas, que si estaba siempre así no tendría que volver a consumir y nunca se me quedaría una voz como la de la cantante. Pero Rafa fastidió todo al parar nuestro momento para fumarse un porro porque estaba nervioso y quería rendir mejor, me preguntó si no me importaba. Yo le quería decir que sí me importaba, que estaba a punto de darle mi virginidad y que podría quitármela sin estar drogado si no era mucha molestia. También le quería decir que a una persona que está intentando limpiarse no le pones un porro en la cara. No le dije nada. Le lancé una mirada de aprobación y dejé que empezase a fumar mientras subía el volumen de la música.

El olor del humo llegó hasta mis glándulas olfativas y se abrió paso por mis pulmones y me llegó hasta el corazón, de una manera metafórica, claro. Se me encogió el cuerpo y recordé el dulce sabor de la hierba mientras invade tu garganta y avanza lentamente hasta tu torrente sanguíneo. La ansiedad por probar un poco de ese dulce tabaco me invadió al instante y me nubló cualquier pensamiento sexual. Pensé que Rafa era afortunado por tener libertad para fumar maría cada vez que quisiera, y yo no, porque yo no era afortunada ni libre y mi novio me acababa de dejar tirada por las drogas. Me ofreció compartir el porro y deseé decirle que sí, mi cuerpo me lo pedía y mi mente también, pero había prometido mantenerme limpia y le dije que no hasta que me salió sangre de los labios por mordérmelos, hasta que me dolió todo el cuerpo por no cumplir su capricho. Me dije «es un porro... qué más da», pero sabía que era un truco de mi propia ansiedad para volverme a meter en ese círculo vicioso. La canción de *América* de fondo decía: «*hazme soñar, hazme volar*» y yo empecé a cantar para distraerme. Rafa pensó que esas palabras se las dedicaba a él, pero yo se las estaba dedicando a lo que él estaba fumando. Esa sustancia que te hace volar y soñar sin necesidad de que te esfuerces mucho, te hace volar más alto que cualquier avión y te hace soñar más que cualquier película de fantasía.

Cuando sentí que no podía soportar más la ansiedad hice un intento de irme,

pero Rafa apagó el porro y me dijo que ya volvía a estar centrado en mí. Yo ya no tenía ganas de nada. Le dije que ya era hora de irme, aunque era mentira. Me pidió que al menos le bajase el calentón, pero me negué. Se enfadó, dijo que le había calentado para nada, yo no le hice caso porque si me alteraba iba a acabar fumándome su maría. Mi cabeza utiliza mi ansiedad para chantajearme y hacerme consumir, yo lo sabía y quise huir de allí lo más rápido posible. No me despedí de él ni le dejé acompañarme. Bajé corriendo las escaleras de su puerta frontal, salí a la oscura calle y respiré con fuerza el aire fresco propio de una noche de abril. No tenía nada que ver con el olor a vicio de su habitación, olía a césped fresco y a mar.

Era agradable y la ansiedad se me bajó bastante. Empecé a caminar con dirección a mi casa mientras cantaba muy bajito la canción que había estado repitiéndose en la habitación minutos antes y me alejé de aquel sitio contenta por no haber cedido a mi deseo carnal ni al deseo carnal de Rafa, que eran muy diferentes, porque nuestros cuerpos no pedían lo mismo. Me sentí bastante pura y algo libre por haber podido decidir y haber decidido que no, porque elegir no significa siempre decir sí, decir no también es ser libre. Pensé que a pesar de todo también era algo afortunada.

**EL AMOR MÁS
CODICIADO
SUELE VENIR
EN FORMA DE
ERROR**

CAPÍTULO 9: LA CATEDRAL

El tercer día que quedé con Kiko fue el penúltimo día de Semana Santa y el motivo fue para despedirnos porque ya tocaba que cada uno volviera a su vida junto con el regreso de cada una de nuestras rutinas que acechaban tras un inminente final de las vacaciones. Quedamos en frente de la Catedral del Mar, en un bar de copas acogedor al que suelen ir muchos turistas, y que está muy bien, porque consigue que te sientas extranjero en tu propia ciudad, elegimos ese sitio porque sabíamos que allí no nos íbamos a encontrar a ningún conocido y podíamos hablar de nuestras cosas con tranquilidad. Como yo estaba algo enfadada por su rechazo de la última vez fui con la idea de despedirme de él y volver a casa, pero me insistió en que nos sentásemos a hablar mientras fumábamos un cigarro. Hacía un día genial y la Catedral del Mar se imponía delante nuestro como un gigante eterno que ha visto mil vidas pasar y detenerse en su pequeña plaza. Seguro que no éramos la única pareja de tontos imposibles que había paseado por sus inmediaciones. Después todo la Catedral del Mar lleva viendo Barcelona crecer desde 1300.

Me preguntó sobre la noche de la cena, pero solo mencioné que el alcohol me

había afectado bastante e hice cosas que no quería, me miró un poco aliviado como si se hubiera quitado de encima el peso de tener que volver a rechazarme otra vez. Ignoré eso y le dije que las cosas con Rafa habían ido bien después de irnos de su casa, y que solo estaba centrada en él ahora mismo. Era mentira, pero no quería oír más rechazos. De hecho, no había hablado con Rafa apenas desde el día de la cena y pensaba que había sido bastante idiota conmigo y que probablemente le dejaría cuando nos viéramos en el colegio. Tal vez Kiko me hubiera dado algún consejo útil con eso, pero preferí mentir y decir que nos iba genial. Me preguntó si Rafa y yo nos habíamos acostado ya, me lo tomé a ofensa y le dije que mi vida sexual no era asunto suyo, me intentó calmar y me dijo que él se estaba manteniendo virgen porque me estaba esperando. Me sentí enamorada cuando me dijo eso, le dije que yo también me mantendría virgen por él. No le dije que tenía plan de esperar hasta los dieciocho para no meterme en líos, pero sabía que iba a pasar bastante tiempo antes de que él y yo pudiéramos ser novios, así que le dije que tampoco íbamos a ser virgen hasta los treinta. Me dijo que si para los dieciocho no habíamos encontrado el momento de estar juntos nos acostaríamos y luego seguiríamos nuestras vidas a esperar el momento de ser pareja. Me pareció una propuesta genial y olvidé cualquier rencor que le tuviera en aquel momento. Me dijo que, aunque no pudiéramos ser pareja estaría bien tener la seguridad de perder la virginidad con una persona que te ama y no con cualquier tonto o tonta.

Antes de irnos me hizo prometer que iba a seguir manteniéndome limpia, le dije que no me podía pedir todo, pero me miró con desaprobación y le prometí que nada de drogas duras, aunque no le diría que no a un porro ocasional. Me dijo que no le servía tenerme limpia a medias y yo no le dije nada. Le abracé con ganas de llorar, porque sabía que no le iba a volver a ver hasta verano, pero no lloré para no hacerlo más difícil. Me quedé sentada en un banco frente a la catedral mientras le veía alejarse por la calle fundiéndose entre una masa infernal de turistas que venían a inmortalizar su momento junto a esta joya arquitectónica. Yo también inmortalicé ese momento en mi cabeza a modo de recordatorio para no cometer estupideces. Memoriqué a la chica rubia en el banco viendo a su amor alejarse sin dejarla nada salvo varias promesas inciertas y un abrazo sincero. Me quedé allí hasta que empezó a atardecer y los últimos rayos de sol se dejaron ver entre las torres, no me hubiera importado haber pasado allí el resto de mi vida y que me hubieran llamado *la chica que esperó sin liarla para cumplir sus promesas*,

pero cuando el último rayo de sol dejó de calentar volví a casa.

El día siguiente no tenía otro plan más allá de prepararme para volver a las clases, pero recibí una llamada de Clara diciéndome que necesitaba quedar *ipso facto* en algún sitio donde pudiéramos estar libres de que nos molestasen conocidos. Supuse que no sería para nada bueno. Mis padres seguían enfadados, pero como era muy temprano me dejaron salir con la condición de que volviera antes de cenar. No tenía muchas ganas de ir a ningún descampado o sitio muy solitario porque con Clara nunca sabes lo que puede pasar y estando solas hay mucha probabilidad de que acabemos drogadas o metidas en algún lío. Es una adicta al peligro. Le propuse ir al mismo sitio donde estuve con Kiko el día anterior, por una parte, íbamos a cumplir su deseo de estar libres de que se nos acoplara cualquiera, y por otra parte íbamos a cumplir mi deseo de evitar problemas. No quería romper mi promesa un día más tarde de haber dicho adiós a Kiko. Un rato después de haberle propuesto el lugar nos encontramos frente a la imponente Catedral del Mar, que seguía en el mismo sitio que el día anterior inmune al paso de las horas.

A Clara no le apeteció que nos sentásemos en ningún bar a tomar algo, y tampoco aceptó mi invitación a un helado o unas palomitas. Eso me transmitió temor e inseguridad sobre lo que ella pudiera decirme, porque cuando Clara rechaza una cerveza fresca o un helado es porque está verdaderamente agobiada por algo. Me fijé mucho en sus pupilas y su respiración para intuir si iba colocada pero no noté nada raro, solo vi a la chica guapa con sus ropas caras y sus gafas de sol enormes colocadas en la cabeza a modo de diadema. Parecía una turista más. Me dijo que, si quería contarle algo de mis vacaciones o de las citas con Rafa, le contesté que prefería centrarme en su tema y que luego habría tiempo para cotillear sobre chicos. Me miró fijamente por un rato sin decir nada, creo que me estaba explorando por si me veía colocada, lo mismo que yo había hecho con ella. Me preguntó cuánto tiempo llevaba limpia. Le dije que desde el día del crac. Me dijo que ella también y se mordió el labio inferior como cuando está a punto de hacer algo peligroso y yo me agarré fuerte al banco para intentar resistir el golpe de ansiedad que esperaba ante la evidente conversación sobre drogas que se avecinaba.

Inocentemente sacó una bolsa con un par de gramos de cocaína, me dijo que se los habían regalado en una fiesta y que aún no los había tomado. La

ansiedad me golpeó como un bate de madera en las costillas y sentí que la plaza daba vueltas. En unos pocos segundos pasé de odiar a Clara por enseñarme droga a desear arrancarle la cocaína y metérmela toda en frente de la Catedral sagrada donde un día Santa María Del Mar obró su milagro. Me mordí los labios hasta hacerme sangre y con un hilo de voz pregunté qué quería exactamente. Me dijo que no sabía qué hacer con la cocaína, que no la quería, pero que no creía que fuera bueno tirarla porque eran al menos tres gramos y se podían sacar unos trescientos euros si sabíamos venderla bien. Le dije que sería mejor tirarla y olvidarnos, pero tirarla ya, porque si no se iba a quitar violentamente. La volvió a guardar corriendo, cerró el bolso y se sentó encima de él, igual pensó que eso hacía imposible para mí el conseguir la dosis, como si hubiera tenido reparos en tirarla al suelo de un empujón y haber salido corriendo con su bolso cual ladrón de calle.

—Piensa con la mente fría, el dinero nos va a venir bien, sobre todo a ti que no recibes nada, por tus continuos castigos —me dijo.

La verdad es que cada vez tenía que mendigarles dinero más a menudo para salir con mis amigas o para comprarme cosas y no me pareció mal la idea de venderla. Le dije que pasarla en el colegio iba a ser peligroso, ella que podíamos hacer el acuerdo en el colegio y quedar para entregarla en la calle.

—En el colegio hay poca gente enganchada a la coca, y va a ser difícil encontrar alguna persona —dije.

—Podríamos convencer a algún porrero de dar el siguiente paso en caso de desesperación —respondió.

Tuvimos una larga conversación propia de mafiosas traficantes inexpertas donde decidimos el *modus operandi* para librarnos de la sustancia ilegal antes de que nos causara problemas. La Catedral del Mar nos miraba inmóvil y los turistas no nos prestaban mucha atención, nadie podía haber intuido que las dos jóvenes sentadas en uno de los bancos pudieran estar planeando acciones tan incorrectas. La Catedral del Mar pasó a ser la Catedral del Mal por permitir que nuestras mentes pudieran sobrepasar tales extremos. Si Dios existiera, habría hecho caer una gran lluvia intensa que nos hubiera mandado a cada una a nuestra casa.

—Llévate la droga a casa —me propuso, cuando no hubo nada más que discutir.

—Ni hablar —dije, no tenía intención de ponerme en ese riesgo tremendo de tenerla tan cerca y ceder a su voluntad.

Dijo que ella llevaba días custodiándola y que si lo iba a hacer ella todo entonces no me daría mi parte del dinero. También me dijo muchas frases más de las que suele decir para convencer a las personas, y a mí me acabó convenciendo. Cedí solo por no escucharla más hablar sobre la igualdad en la amistad y porque mi cuerpo se empezó a poner en modo radar y mi mente me gritó «cógela, ya luego ves que haces con ella».

Al más puro estilo traficante de Hollywood, Clara me dio un abrazo de despedida mientras me metía la bolsa hermética en el bolsillo de la chaqueta. Me guiñó el ojo y me dijo que el Chiringuito estaba en funcionamiento y más travieso que nunca.

—No hagas tales declaraciones en un lugar tan sagrado —dije, y empezamos a caminar en direcciones opuestas.

Me alejé por segunda vez, de aquella simpática plazoleta con un amargo sabor de boca, primero por sentir que incumplía la promesa de Kiko y segundo por intuir que la cocaína acabaría en mi torrente sanguíneo más pronto que tarde. No quise coger el metro. Caminé hasta casa tensa como un atleta cansado y con la mano en el bolsillo apretando con fuerza el caramelo que tenía que custodiar sin poder probar. Pensé en lo cretina que era Clara al meterse en líos y buscar siempre mi ayuda para salir de ellos. Ahora yo estaba en mucha más problemática que ella, porque no hay cosa que me dé más problemas que mi propia conciencia.

Clara tiene unos ojos venenosos y siempre consigue que hagas lo que quiere, pero tampoco podía culparla de mi propia ansiedad ya que ella estaría luchando contra la suya. No obstante, mi cuerpo me pedía el sabor del veneno de la cocaína y yo necesitaba culpar a alguien. Pensé en tirarla en el primer contenedor que encontrara, pero mi mano se mantuvo inmóvil a pesar de los esfuerzos de mi cabeza por realizar tal acción. Cuando llegué, no hablé con nadie y me encerré en mi habitación a llorar para liberar tensión. Una parte de mí quería seguir portándose bien, pero la parte mala quería volver a hacer travesuras y a bailar con lo incorrecto con la mejor compañía posible. Tenía un debate interno sobre si la maldad correcta era consumir o traficar. No podía parar de llorar y me volví a sentir desgraciada, si no le hubiera contestado el teléfono podría haber aguantado un día más libre de problemas.

Probablemente el día siguiente en el colegio me habría sacado el tema, pero al menos no hubiera tenido que pasar una noche entera con la cocaína en mi casa resistiendo mis propios impulsos. Necesitaba encontrar a alguien que pudiera quitarme la cocaína de las manos antes de que cometiera una irresponsabilidad, pero las personas que tenía a mano en casa no eran las óptimas para tal misión.

Vi a mi hermana Marta por la ventana, estaba regando las flores del jardín y haciendo hueco para las que recibiría en Sant Jordi. Pensé que su vida era genial. Todo el mundo la respetaba en el colegio y no había tenido que hacer absolutamente nada, solo ser ella misma. A mí nadie me respetó por ser yo misma ni por ser buena. Se me ocurrió la idea genial de que alguien con tanta influencia como mi hermana podría venir bien para distribuir la droga, ella conocía a mucha gente y nadie se iba a atrever a reclamarle nada ni a chivarse. Por lo pronto no necesitaba que ella lo supiese todo, así que pensé en otro modo de hacer las cosas. Saqué la bolsa de cocaína y la metí en un pequeño monedero de cremallera, que cerré con candado. La llamé, le di el monedero y le dije que dentro había tabaco para fumar en el colegio. No era una novedad para ella verme fumar así que no se sorprendió. Me preguntó qué tenía que hacer con ello. Le dije que lo guardase y que mañana en el colegio le daría el nombre de la persona a la que se lo tenía que entregar. Me preguntó por qué iba a tener que dárselo a alguien más si siempre me veía fumarlo a mí. La empujé y la saqué de mi habitación con malos modos diciendo que no fuera tan cotilla, que yo no daba explicaciones a niñas de secundaria. La amenacé con hacerle la vida imposible en el colegio si se chivaba o hacía algo mal. Me prometió que haría todo bien y que no me decepcionaría.

A mi hermana siempre le había gustado pasar tiempo conmigo, pero yo la ignoraba bastante no solía buscarla. A ella siempre le alegraba cuando le pedía algo, si era algo malo mejor, porque se sentía útil para mí y pensaba que así se ganaba mi respeto. Marta es así, cuando siente el rechazo de alguien intenta las cosas con más intensidad y más dócilmente para conseguir el cariño y aprobación que busca. Por eso sabía que iba a ser muy fácil manejarla para hacer la entrega del día siguiente. Incluso fantaseé con utilizarla más veces y meterla en el mundillo para tenerla de chica que hiciera el trabajo sucio, fue una fantasía que sentí muy tangible y que me propuse muy en serio. Nunca razoné que eso podía fastidiar mucho a mi hermana,

solo pensé que me aliviaba el estrés y me quitaba carga. Si alguien lo descubriría me ahorra la culpa. Eran pensamientos que se ensañaron bastante con una niña de catorce años, pero yo también fui una niña de catorce años corrompida por el abuso escolar y las amenazas. Sentía que era mi derecho hacer lo que yo quisiera con mi hermana. Mi hermana iba amenazando a mucha gente del colegio porque sí, sin motivo, así que tampoco era una santa. Además, mientras ella no fuera consciente de lo que estaba pasando en realidad, su conciencia no se mancharía, mi conciencia tampoco se manchó, se sintió muy aliviada por haberme librado del problema de tener que dormir acompañada por tres gramos de cocaína.

Aquella noche no tuve ninguna ansiedad ni mono, no fui a la habitación de mi hermana a coger la droga ni mi cuerpo se puso en modo radar. Dormí plácidamente pensando en las cosas que se me habían ocurrido, en poner de nuevo en marcha el Chiringuito, en mantenerme limpia a base de hacer que mi hermana custodiase la droga. Eran solo ideas, pero ideas que veía muy posibles y que sabía que contarían con la aprobación de Clara. Creo que todas aquellas ideas y acciones con respecto a Marta eran fruto del mono que sentía y una manifestación de mi ansiedad por intentar quitarse de encima la droga, no puedo creer que mi mente fuera de verdad tan perversa por querer arruinar a una adolescente, que encima era mi hermana pequeña. No sé si me asusta más haberla querido utilizar como medio de entrega o haber tenido todos esos pensamientos sobre utilizarla mucho y meterla bien en el mundo. Me equivoqué y me aterra pensar que ese día tuvo alguna influencia negativa en el resto de su vida, el día en el que le di un monedero lleno de cocaína haciéndole creer que era tabaco. De verdad que quería mantenerme limpia a toda costa. Fue fruto de la desesperación.

El día siguiente le conté todo lo que había pensado y hecho a Clara y como ya me figuraba, mi idea le pareció genial. Ella nunca siente remordimientos por liar la vida de más gente, como ella no los sentía yo tampoco quise sentirlos, además ya no había vuelta atrás. Antes de la hora de comer, Clara me mandó un mensaje durante un descanso entre clases diciéndome que había conseguido a un comprador entre los más pequeños de secundaria. Fui a su habitación en lo que duraba el descanso y la encontré con un chaval dispuesto a pagar bastante bien por ella. No le conocía de nada ni me sonaba su cara, me mostré un poco negada a pasarle droga de la fuerte a alguien de tan poca confianza. Clara me juró que lo tenía todo controlado y me prometió

que si algo malo pasaba ella tragaría con la culpa. Acepté y el chico nos entregó el dinero. Nunca sabré cómo fue que Clara contactó con él, ella dijo que un amigo de un amigo les puso en contacto, pero es que no tardó ni media mañana en arreglarlo todo. Clara te sorprende a veces.

Mandamos al chico a la zona deportiva del colegio, que siempre suele estar vacía y le dijimos que esperase a Marta y que ni se le ocurriera abrir la boca, solo coger la entrega e irse. Le di la llave del candado y le dije que lo que necesitaba estaba dentro del monedero que le iban a entregar. Busqué a Marta y le expliqué a dónde tenía que ir y qué tenía que hacer, para que no hiciera preguntas ni investigase, le dije que le íbamos a regalar el tabaco a un chico para conseguir invitaciones para una fiesta. Ella me sonrió y dijo que me ayudaría encantada. La entrega se llevó a cabo con éxito y Clara y yo lo celebramos bebiéndonos unas cervezas que teníamos guardadas y saltándonos el resto de la clase.

Ese día nos sentimos más vivas que nunca y de vuelta en los negocios de una manera muy triunfadora. Nos vimos limpias y libres, no éramos esclavas de la droga y podíamos hacer con ella lo que quisiéramos y ganar dinero haciendo un favor a nuestro organismo al darle la droga a otros. Pasamos el resto del día cantando y bailando en la habitación y riendo con un éxtasis algo inusual para una persona que no está colocada, pero creo que también fue fruto del mono tan fuerte que sentíamos que nos obligaba a mantenernos distraídas y felices de una manera muy forzada. Era finales de abril, solo quedaba un día para Sant Jordi, la primavera había llegado a la ciudad y nos sentó de maravilla. Salimos al patio a disfrutar de los agradables rayos de sol y a disfrutar del buen tiempo sin preocupaciones inminentes. Vi a mi hermana y la abracé, le di las gracias por haber hecho eso por mí. Clara también la abrazó y la invitamos a pasar el resto de la tarde con nosotras. Clara le preguntó si estaba dispuesta a ayudarnos más a cambio de más popularidad y poder venir a sitios con nosotras, dijo que sí encantada. Debería haber inmortalizado aquel momento porque fue uno de los últimos que tuve con mi hermana sana y libre. Si pudiera volver atrás a aquel momento le diría que se largase a hacer sus cosas y que nunca más se acercase a mí. Tal vez estoy exagerando, pero nunca he querido reconocer mi parte de la culpa en nada, ya debería ir siendo hora.

EL ALBA Y SUS TRUCOS QUE NOS TRAËN CON SU LUZ LA OSCURA VERDAD

CAPÍTULO 10: LO QUE LE DIJE MIENTRAS FINGÍA ESTAR BORRACHA

Los días que pasaron entre mi retorno al Chiringuito y el inicio del mes de mayo fueron muy aburridos. Lo único importante a destacar es que hice las paces con Rafa y volvimos a la rutina de siempre sin ningún rencor por lo ocurrido en vacaciones, pero tampoco recuerdo ningún momento importante o digno de mencionar. Ni siquiera Sant Jordi fue especial, simplemente pasamos el día juntos paseando por las calles de Barcelona llenas de puestos de flores y cenamos frente a la estatua de Colón, como muchas parejas hacen en dicho día. Esos días mantuve mi promesa de permanecer limpia y sin liarla mucho, no probé la cocaína ni los porros y tampoco hice demasiadas maldades, salvo traficar los tres gramos de cocaína utilizando a mi hermana y pasar un par de porros en el colegio... me porté bastante bien. Clara no me lió mucho esos días y buscó la compañía de Amy para hacer maldades como aterrorizar a los pequeños o poner calimocho en las máquinas de Coca-Cola del comedor. Yo estuve tranquila.

Mayo trajo la primavera en todo su esplendor posible, calles abarrotadas de turistas, parques llenos de niños, playas tímidamente acaparadas por bañistas impacientes, un sol brillante y constante, sin llegar a quemar y acompañado por alguna que otra lluvia primaveral. El olor era siempre una mezcla de césped fresco y brisa de mar que venía arrastrado por el viento suave del mediterráneo que a veces odias porque te despeina pero que a veces te seca las lágrimas si caminas muy triste por la calle. Los días eran mucho más largos, casi no anocheaba hasta las nueve y eso te daba unas ganas irremediables de quedarte en la calle hasta bien entrada la noche. Pero tanta belleza y comodidad es sinónimo de complicado y al igual que mayo trajo esos días tan agradables, también trajo los exámenes finales y la presión añadida de tener que estudiar para conseguir tus metas, para satisfacer a tus padres y para seguir dando la apariencia de persona perfecta y centrada.

Hubo un día en el que estábamos prácticamente todo el grupo estudiando en la biblioteca y Rocío preguntó si ya habíamos elegido carrera, Laia y Paula dijeron que siempre habían querido ser doctoras; Angela que es culo veo, culo quiero dijo que entonces ella también lo haría aunque fuera bastante torpe en los estudios; Clara, que no soporta ir de diferente y que saca notas excelentes dijo que si nosotras hacíamos eso, ella también estudiaría para ser doctora, y Rocío dijo que pediría permiso para estudiar medicina también. En definitiva, no teníamos mucha personalidad. Nuria dijo que ella no haría medicina porque son muchos años, muchas horas y prefería pasar tiempo con su bebé así que dijo que haría enfermería, que igual le gustaba y se ganaba bien. Yo no lo tenía nada claro, por una parte, quería trabajar desde pequeña en lo mismo que mi madre, pero por otra parte me daba pereza estar tantos años en la universidad, igual en aquel momento dije que también estudiaría medicina para no ser la marginada en ese tema. Todas nos alegramos mucho de ampliar nuestra futura amistad a diez años futuros o más. Pensábamos que estudiando lo mismo podríamos estar siempre juntas y así de bien. Fue un bonito día en el que nos dijimos buenas cosas sobre la amistad. En casa también se alegraron mucho de que hubiera elegido estudiar medicina. A lo mejor sin aquella conversación habría acabado en ingeniería o de presentadora de la televisión.

Aprovechando la excusa de los exámenes y de que necesitaba horas extras de estudio y la reciente alegría de mis padres al saber que mi futuro académico pintaba brillante, conseguí que me volvieran a meter interna para lo que

quedaba de curso. Fue sencillamente alucinante volver a mi habitación, recuerdo llegar y dejarme caer en la cama y dormir toda la tarde abrazada a mi almohada del colegio. Mientras dormía pensaba en todas las cosas que iba a poder recuperar este mes como control total del Chiringuito, tiempo con Rafa, más horas con las amigas... no pensé exclusivamente en la cocaína, pero algo en mi cuerpo me decía que ya tenía vía libre para volver a consumir. Soñé que estaba en la zona deportiva con Kiko... Nos besábamos y fumábamos hierba. Lo recuerdo porque lo apunté nada más despertarme. En el sueño me sentía la reina del mundo por tener dos de las cosas que más feliz me hacían sentir. Cuando desperté ya era de noche y casi todas estaban cenando en el comedor. Yo no tenía mucha hambre así que aproveché para entrar en la habitación de Clara a controlar qué mercancías tenía. Clara siempre guardaba la droga en los mismos sitios porque no tenía necesidad de andar escondiéndose. No sé por qué, pero había imaginado que durante mi ausencia se habría liado mucho más y que el chiringuito estaría lleno de mil drogas diferentes y nuevas, de delicias sintéticas, de sustancias duras e incluso de alguna seta alucinógena. Pero cuál fue mi decepción que solo había algo de hierba y restos del crac que Amy nos había dado hacía dos meses. También había una hoja donde habían apuntado los compradores, las cantidades y los precios. No quise mirar mucho más por si Clara volvía y se enfadaba. Me fui a la habitación de Rafa a darle las buenas noches y concluí ese día anunciando a todos que había vuelto a casa.

Lo días siguientes los pasé estudiando y haciendo controles previos a los exámenes. Mis notas fueron bastante buenas, como siempre así que me di un par de días de descanso para dedicarme a celebrar mi cuarto aniversario de mes con Rafa haciendo cosas románticas y nada sexuales. En la segunda semana del mes, mi madre tuvo una discusión con Marta y para no aguantar su versión más rebelde la metió interna lo que quedaba de curso. Para ella era un castigo porque los profesores la obligaban a estudiar bastante y no lo tenía muy fácil para escaquearse. Además, le faltaba Claudia y eso hacía de su estabilidad emocional un infierno. Para mí fue una bendición porque tuve una nueva oportunidad de ponerla a mis servicios de traficante. Como sabía que por las noches iba a venir a buscar el calor familiar, puse de antemano un colchón en mi habitación para ella, intenté hacerla sentir como en casa y al tercer día ya estaba fumando porros con Clara y Amy. Su proceso de empezar a fumar porros no fue parte de una dura lucha de resistencia, ni un momento gris, ni mucho menos le puso nadie una pistola en la cabeza, fue su

propio capricho e iniciativa.

—Quiero probar de lo que fumáis —fue lo que dijo cuando vio a Clara y Amy liarse la hierba—. Me da igual que sean drogas, no puede ser peor que emborracharse —argumentó, como si fuera una entendida en estas sensaciones tan malas para la salud.

Ella insistió como un niño pidiendo caramelos y, ellas le dieron un par de onzas de las más light a cambio de que intentase vender lo que no se fumase. Yo no intenté detenerlas ni defender a Marta.

—Por fin haces algo de mayores —fue lo único que dije, con una actitud positiva como si la estuviera animando y alentando por haber tomado la decisión correcta.

Por la noche fumó bastante para ser una primeriza pero el efecto nunca vino, eso es porque algunas hierbas producen una subida en el cuerpo para desencadenar el efecto, pero eso nunca podría pasar en un diabético, además la dosis era muy muy floja y ella no se había pinchado nada de insulina. Se aburrió en seguida de fumar drogas que no le causaban ninguna sensación y fue a buscar a alguien de su curso al que pudiera venderle lo que le quedaba. A la media hora aproximadamente vino con el dinero. Yo se lo quité alegando que la hierba era de mis amigas y ella no se tenía que quedar con nada.

El día siguiente, Clara empezó a salir con un chico mayor del colegio del que llevaba tiempo enamorada. Era la primera vez que yo la veía pillada por un chico hasta el punto de no interesarse por el Chiringuito ni por sus asuntos de persona peligrosa. Esa situación me dejó a mí al mando, y aunque podría haber pasado del tema por mi promesa y dedicarme a cosas sanas me pareció divertido ser la jefa y no hacer por una vez lo que Clara ordenaba. Solo una tarde después de que Clara se desatendiera conseguí vender cinco gramos de hierba y dos onzas de maría a chicos pequeños del colegio utilizando a Marta como modo de entrega. Ella se fumó lo que le quedaba a modo de premio por el esfuerzo y tampoco le vino el efecto, aunque esta vez se había pinchado insulina previamente. Quiso ir a buscar a Clara para quejarse de que no le hacía efecto y que la estaban dando césped del parque de fumar para engañarla. Para que no se alterase y se pusiese a montar un lío me dispuse a informarla sobre más aspectos de las drogas. Me encontré sentada en el suelo de mi habitación junto a mi hermana pequeña explicándole el mejor modo de

hacer que el humo la hiciera sentir bien y contándole historias fantásticas de algunas de mis anécdotas más épicas, realmente la charla se me fue de las manos. Ella me miraba boquiabierta y con los ojos como platos, me preguntó sorprendida si yo tomaba tantas drogas, le dije que ya no lo hacía pero que lo había hecho muchas veces, me dijo que no se podía creer que yo hubiera fumado tanta hierba y seguía pareciendo la misma persona de siempre. Le expliqué que me esforzaba mucho por mantener mi secreto, porque la gente no lo iba a aceptar, pero que ella ya había visto lo que era y no era para tanto, que no se tenía que alterar.

Le dije que también había tomado cocaína. Me miró más ojiplática aún y empezó a fruncir el ceño lentamente como cuando quiere gritarte, pero aún no sabe con qué frase empezar. Yo la detuve, le dije que ya no lo hacía, que me guardase el secreto, que traficar era divertido, que yo la podría ayudar a pasar los mismos momentos divertidos que yo había pasado. Intenté sonar muy convincente mientras la manipulaba con mi voz más dulce mientras en mi mente tejía historias y anécdotas perfectas con el propósito de atraer su atención, como una araña intentando atraer a su presa. Mi telaraña estaba compuesta por situaciones divertidas y sentimientos de éxtasis y felicidad.

Ella dijo que estaba mal, que se chivaría, que no quería ir tan lejos ni que me pasase nada ni que nos metieran en la cárcel. La amenacé, con que iba a ser mucho peor para ella si se mostraba negada a colaborar o rechazaba mi estilo de vida. Lancé varias amenazas que surtieron efecto, no recuerdo bien lo que dije, pero conseguí chantajearla para que mantuviera el secreto y siguiera actuando normal. Me maldije a mí misma por haber abierto las puertas de mis secretos a una niña desagradecida que me quería hacer la vida imposible delatándome.

Para intentar aliviar la tensión del momento cambié la hierba de su porro por hachís algo más fuerte y la invité a fumarlo para sentir el buen subidón. No quiso, dijo que con todo lo que le había dicho ya no quería meterse en ese mundo. Presioné. Insistí. Fui persuasiva. Prometí que cuando lo sintiera iba a cambiar de opinión, afirmé con persistencia que si no lo probaba no podía juzgar. Ninguna vez quiso hacerlo por las buenas. Acabé encendiendo el porro y diciendo que si no se lo fumaba le quemaría la cara. Al final acabó accediendo.

Creo que me puse así de insistente con ella por rabia y decepción por su reacción ante mis secretos, es duro contar algo muy personal y que las

personas reaccionen diferentes a cómo te lo esperas. También es duro oír cosas negativas sobre las drogas cuando estás tan enganchada a ellas. Todo eso junto con un temor irreversible a que se chivase y me fastidiara el Chiringuito o las cosas en casa me provocó una ira tremenda y unas ganas gigantes de fastidiarla, de engancharla, de hacerle sentir el éxtasis en su torrente sanguíneo, de elevarla hasta las nubes para que entendiese por qué yo no podía salir de ese mundo. También pretendía hacerle algunas fotos para usarlas como chantaje si pretendía chivarse; si yo caía, ella caía conmigo, era así de simple. Aquel día el efecto apareció y de una manera algo brusca, tal vez me pasé con la cantidad de hachís para una primeriza. Se quedó una hora entera mirando al infinito y temblando, después se empezó a reír sin sentido y después se puso a llorar. Intentó ponerse de pie y se cayó mientras se reía, haciendo un esfuerzo se tumbó en mi cama y me pregunto entre lágrimas y risas que cuando se le iba a pasar eso. Yo no hice nada en todo ese rato, mis ojos estaban fijos en el porro que se consumía poco a poco soltando ese olor fuerte a hierba que despertaba mi ansiedad. Estuve discutiendo conmigo misma acerca de fumarme el resto, pero conseguí resistir con la imagen de Kiko en mi cabeza recordándome la promesa.

Me dispuse a beber ron directamente de la botella para intentar calmar la ansiedad que sentía y el mono que empezaba a apoderarse de mi conciencia y de mis músculos provocándome contracciones dolorosas. Marta seguía en mi cama quejándose de que sentía un mareo fuerte, yo no la hice caso y seguí bebiendo. Clara entró en la habitación ilusionada por contarme su tarde de romance, pero al ver la escena dejó caer sus cosas al suelo y cerró la puerta rápidamente antes de que el olor pudiera escaparse. Abrió las ventanas para ventilar y apagó el porro que seguía consumiéndose a su ritmo, supongo que para no malgastar. Le dije que podía fumárselo si quería. Estaba bastante achispada por el efecto del alcohol y no fui consciente de que me estaba mirando con una expresión furiosa. Me preguntó secamente si había consumido, le dije que estaba limpia pero no me creyó. Dijo que no podía creer que hubiera un porro de hachís en mi habitación y no se lo hubiera fumado nadie. Señalé a mi hermana, que estaba mareada en la cama y hablando sola, hice gestos para hacerla entender que el porro era de Marta. Clara estalló en furia, me dijo que era idiota, que la dosis era demasiado fuerte para una cría, que ella era mi hermana, que consistía en ayudarla a divertirse no en matarla, que a los pequeños hay que darles con precaución. El efecto del alcohol y mi previa mala leche juntada con mi ansiedad me

hicieron mandarla bien lejos y decirle que se metiera en sus asuntos, la empujé y ella me devolvió el empujón, me dijo que no se iba a pegar con una borracha. Me sacó de la habitación, obligó a que me fuese, que ella iba a atender el subidón de mi hermana para aliviárselo. Yo le dije que Marta me daba igual, que era una aburrida y que había pretendido chivarse. Cogí la botella y me largué.

Mientras me alejaba de mi habitación me dieron ganas de llorar, solo tenía ganas de volver y de coger el porro, encenderlo e inhalar su dulce aroma. Llevaba cuarenta días sin probar nada y se estaba haciendo insoportable, sobre todo cuando me encontraba en medio de una crisis emocional o de un momento tenso. Esta vez era un poco de cada. Estaba alterada por la discusión con Clara, asustada por la amenaza de confesión de mi hermana y deprimida por su rechazo, me sentía sola en el mundo, Clara me juzgaba mientras ella se había saltado su promesa de estar limpia y volvía a fumar, me juzgaba por drogar a mi hermana cuando unas noches antes le había dado algo de maría. Angela nunca más había querido saber nada del tema, después de haberme enganchado. Kiko no lo aceptaba. El resto de mis amigas no lo sabía. Amy me juzgaba por no poder controlarme, decía que siempre hacía las cosas tan intensamente que acababa perdiendo el control, que ella y Clara eran más relajadas y espontáneas. La gente siempre me está juzgando sin mirar lo que ellos hacen. Rompí a llorar mientras me asomaba por la ventana para que la brisa mediterránea secase mis lágrimas y mientras seguía dando sorbos de la botella de Ron Negrita. Ya llevaba más de media botella cuando decidí ir a la habitación de mí siempre fiel e incondicional mejor amiga, Laia. No fue una decisión coherente, pero me pareció mejor que estar llorando en el pasillo consolándome con alcohol. Me abrió en pijama y con cara de estar durmiendo la siesta, o al menos eso recuerdo, me debió ver muy desesperada con la botella en la mano y la cara roja llena de lágrimas. Realmente mi imagen debía dar pena.

Me dijo que pasase y yo me senté en su cama, le di otro sorbo a la botella y le pedí que se emborrachase conmigo. Ella me hizo preguntas para intentar desenmarañar mi lío de sentimientos y enterarse de lo que me pasaba, pero yo evadí cualquier interrogante suyo y me límite a seguir bebiendo mientras le ofrecía tragos de mi botella. Realmente creo que ella no bebió ni una sola gota, pero mi realidad distorsionada pensó que ella había bebido tanto o más que yo, cuando en realidad había vaciado la botella yo sola.

Poco a poco me calmé y tuve una charla agradable con ella, empezamos a hablar de momentos divertidos en clase y de situaciones graciosas que nos pasarían si nos hubiéramos ido al ejército con Kiko, reíamos fuertemente y sin control como niños extremadamente felices. Le pregunté si estaba tan borracha como yo. Me dijo que sí, aunque no lo estuviera, supongo que no quiso fastidiar el momento. Le conté que estaba enamorada de Kiko. Hasta ahora no se lo había dicho a nadie, pero aquel clímax de amistad me hizo sentirme muy conectada a mi amiga, que después de todo era pura, decente y nunca hacía tonterías ni dañaba a la gente. Me miró muy sorprendida y me hizo jurar que no la estaba mintiendo con eso, le juré que amaba a Kiko, que llevábamos un año y medio arreglando las cosas para estar juntos, pero nunca nos terminábamos de sentir cómodos con eso. Le conté mil momentos que había pasado con él, le enseñé mil mensajes, conversaciones y le hablé de todo lo que se me ocurrió. Me observó sorprendida, algo confusa y me preguntó que qué era lo que nos detenía a estar juntos. No parecía muy enfadada por enterarse de que su mejor amiga le hubiese ocultado durante mucho tiempo que le gustaba un chico que teníamos en común. Como su reacción fue tan comprensiva saqué valor y le dije que no podíamos estar juntos porque yo era una adicta a las drogas y siempre lo fastidiaba todo. Después la miré y afirmé que como estábamos tan borrachas, ella probablemente nunca recordaría esa conversación. Acto seguido cogí la botella y salí de la habitación muy convencida de que ella no lo recordaría y dejándola allí quieta como una estatua con cara de no entender nada de lo que pasaba.

**QUÉ FUERTE ES
TU MIRADA Y
QUÉ FRÁGIL MI
MUNDO**

CAPÍTULO 11: FLOR DE NARANJA

El día siguiente desperté con una resaca memorable y bastante desorientada en la habitación de Rafa, no recordaba nada de lo que hubiera pasado después de irme de la habitación de Laia, pero supuse que había tenido una noche ardiente con Rafa ya que la mitad de mi ropa estaba esparcida por su habitación. Era medio día cuando di en sí, todos los demás estaban en clase y yo era el único ser con vida en las instalaciones dormitorio del colegio. Le mandé un mensaje de texto a Rafa preguntando por qué no me había despertado para ir a clase, mientras esperaba su respuesta me duché en su baño con sus jabones de hombre y sus utensilios de hombre, también con el agua más helada que pude conseguir para espabilarme, después me envolví en una de sus toallas y me tumbé de vuelta en su cama. No me sequé el pelo para tener la cabeza mojada y poder espantar del todo la resaca, abrí la ventana para dejar entrar el aire cálido. Miré el móvil, me había escrito diciéndome que sí me había despertado para ir a las clases, pero que le había mandado lejos y me había vuelto a dormir. Mientras mi cabello se iba secando con el aire del campo y el ambiente seco de la habitación mi cabeza

se relajó y me fueron viniendo poco a poco algunos recuerdos de la noche anterior, mi pelea con Marta, mi pelea con Clara, mi confesión a Laia...

Me estremecí por puro miedo a las tonterías que había hecho en una simple tarde y sin estar drogada, necesitaba saber el desenlace y las consecuencias de mis actos, pero a la vez estaba aterrorizada del propio alcance de mi estupidez. Mandé otro mensaje a Rafa para que viniera a la habitación, pretendía preguntar con disimulo si había visto a mis amigas normales como siempre, para ir tanteando el terreno. Cuando llegó y me vio envuelta en su toalla con la melena mojada brillando por el reflejo del sol en lo último que pensó fue en hablar, con el instinto de un animal se abalanzó sobre mí y yo me dejé hacer solo para disfrutar de un último momento de paz antes de ir a solucionar mis líos. La mayoría de los momentos con Rafa eran perfectos, olvidaba a Kiko cuando tenía esos instantes intensos a su lado y me daba cuenta de que lo que sentía por él era algo real. Podría haber deseado estar muchos años con él, pero me dedicaba a vivir el día a día con la idea de que tarde o temprano le dejaría por Kiko. Entre besos y caricias le pregunté por las demás, por si alguien había preguntado por mí, dijo que no, que todo estaba bien.

Cuando encontré al grupo en la hora de comer nadie me dijo nada extraño, solo preguntas simpáticas sobre donde me había metido toda la mañana. Me senté con ellas algo cuidadosa por si tenía que ponerme a la defensiva por algún ataque. Laia me sonrió varias veces como si nada pasase y las demás parecían ajenas a cualquier problema. Clara aparentaba estar algo más tensa conmigo, pero no quiso armar una escena delante de las demás. Terminé de comer rápido y fui a buscar a mi hermana Marta, la encontré con su novio en la cafetería y aparentemente feliz, me acerqué a hablar con ella intentando poner un tono cariñoso y gentil. Le pregunté sinceramente qué tal se encontraba, me dijo que estaba bien, que se lo pasó bastante bien después de controlar el efecto y que no le quedó ninguna resaca. Pregunté si estaba enfadada, dijo que no, que estaba conmigo en esto, que tal vez se pasaría otro día a seguir fumando, pero cuando ella quisiera y sin ser obligada. La abracé a modo de disculpa y me alejé de su mesa para regalarle la intimidad que me pidió con la mirada una vez que mi presencia empezó a sobrar porque todo estaba dicho. Al menos con esa parte no iba a tener ningún problema. Me alegró que mi hermana estuviera bien y de buenas conmigo, me relajó mucho saber que no la había dañado tanto ni que debía temer más un chivatazo por

su parte.

Me disponía a volver a mi habitación a coger algunos libros para las clases de por la tarde, porque tampoco estaba en situación de saltarme todas las clases, especialmente con los exámenes tan próximos. Sin embargo, Clara se cruzó en mi trayectoria y me agarró del brazo para desviar mi camino hasta su habitación. Una vez allí, cerró la puerta y empezó a vocear cosas de las que dicen los adultos responsables, pero como ella no era ninguna de las dos cosas no quise escucharla. Habló de la irresponsabilidad y de mi descontrol, de que necesitaba ayuda, de que podría haber enfermado a mi hermana, y sobre todo que podrían habernos pillado. Yo dije que al final todo había salido bien y que no tenía por qué intentar hacerme sentir culpable, también dije que yo hacía lo que quería con mi hermana y que ella no era la indicada para hablar de decencia. Siempre que discutimos nos decimos las mismas cosas. La discusión acabó con ella exigiendo que controlase más mis instintos perversos para no auto-delatarnos y para que yo no me volviera loca, como si hubiera olvidado que fue ella la que el día de la Catedral me enredó en el trapicheo ilegal de nuevo. Quise gritarle otra vez que ella era la que siempre me liaba en un primer lugar, pero no quería que se enfadase conmigo, no soportaba cuando me retiraba la palabra, me sentía perdida y fuera de lugar, extremadamente incomprendida y muy desilusionada.

No es que extrañase su compañía a morir pues tenía otras amistades, pero el asunto no iba de echarla de menos, iba de que sin ella a mi lado me iban peor las cosas. Tuve que agachar la cabeza y prometer cumplir sus exigencias, no obstante, en mi interior pensaba que cuando se diera la vuelta iba a hacer lo que me diese la gana.

Laia no me había mencionado nada sobre nuestra conversación especial y llegué a pensar que la había olvidado por haber estado realmente borracha. Pero ella no olvida las cosas, tampoco ataca al momento, siempre espera a que la gente baje la guardia para pillarles sin escudo y poder sacarles el sudor, la sangre y las lágrimas. Conmigo esperó hasta el fin de semana, pero no me atacó, luciendo una sorprendente capa de frialdad y respeto vino a mi casa con Paula y me dijo que recordaba todo lo que le había dicho perfectamente y que le había sacado algunas respuestas a Amy, me preguntó amablemente si quería hablar de ello en casa o en un sitio solitario. Como no tenía opción a evadir ese momento elegí alejarme de casa y de la presencia peligrosa de mis padres. Fuimos a un parque cercano que siempre suele estar

abandonado y que ha quedado repleto de musgo y malas hierbas por causa de la dejadez humana a mantenerlo bonito y cuidado. Los juguetes para los niños están oxidados y viejos, y ningún padre lleva a sus criaturas allí, en realidad es un parque que ha quedado para los botellones y para los rollos de descampado. Estaba nerviosa porque pensé que iban a ir a por mí con todo el arsenal de críticas, no me quise sentar con ellas y me mantuve de pie y a la defensiva.

Lo primero que hice fue quejarme de que le hubiera contado a Paula. Si yo siempre había pretendido mantener mi secreto oculto conmigo, me debía una disculpa tremenda pues ya lo sabían siete personas. Dije que una amiga no es una persona que vaya contando tus secretos y que no pensaba debatir nada en esas circunstancias. En realidad, yo no quería hablar del tema y utilicé esa traición para intentar escaquearme. Paula me gritó que si no era lo suficiente amiga para mí no tenía problema en irse para dejarnos solas, pero que a cambio no volviera a hablarle. Laia dijo que le había contado esto porque era algo grave, pero que otras cosas menos importantes las había mantenido en secreto. Supuse que se refería a Kiko. Aun así, me sentó como una puñalada en el corazón que le contase mi problema a Paula. Las tres siempre habíamos sido muy amigas y aunque en esa etapa de mi vida siempre prefería la compañía de gente más arriesgada y problemática no tenía intención de desperdiciar ninguna de mis amistades de la infancia. Tuve que aceptar que ella también lo supiera, me dije a mí misma que al ritmo que iba se acabaría enterando igualmente. Así me ahorra tener la conversación dos veces, lo hablaría con las dos a la vez y punto. Les pregunté qué querían saber. Dijeron que todo. Les conté lo que me dio la gana, por supuesto no involucré a Angela ni a Clara, solo a Amy y porque le había contado cosas a Laia a mis espaldas. Básicamente les conté que había empezado a fumar porros en algunas fiestas y que Amy me había dado cocaína y me había enganchado, pero que llevaba limpia dos meses. Esa historia era muy cutre comparada con la realidad, pero no podía delatar a nadie y no podía contarle todo. Para hacerlo más dramático y que me tuvieran algo de compasión estuve mucho rato hablando sobre la sensación horrible que provocan el mono y la ansiedad, ellas me miraban con pena y con cara de culpabilidad por no haberse dado cuenta a tiempo para ayudarme. Yo hablaba de grandes errores de mi vida y de momentos de debilidad donde recaía porque me sentía sola y rota por dentro, por fuera ponía cara de angustia y me llevaba la mano al corazón, y por dentro sonreía porque estaba consiguiendo traerlas a mi

terreno para lograr lo que quería de ellas: su promesa de confidencialidad y su convencimiento de que estaba limpia totalmente. Fueron muchas palabras las que dije aquella tarde, logré convencerlas de que esa etapa de mi vida estaba totalmente olvidada. Logré no meter a nadie más en el lío. Logré no mencionar el Chiringuito. Y logré que no estuvieran enfadadas conmigo. Me dijeron que entendían que no hubiera dicho nada, que realmente tuve que haberlo pasado muy mal... que me ayudarían, que no me presionarían para no estresarme. No sabían que ya me estaban ayudando, pero a seguir con mis planes malvados al haberse mostrado tan comprensivas y dóciles. Al final de cuentas había conseguido solucionar mis propios errores a la vez que la gente seguía igual de bien conmigo y me seguían dejando vía libre para hacer lo que me apeteciese. Era una triunfadora de lo social. Su respeto por nuestra amistad las hizo no dudar de mis palabras y creyeron todo lo que les quise contar, no mentí mucho, solo oculté lo más importante y cambié algunas cosas. La conversación terminó con un abrazo grupal.

A los pocos días me llegó un paquete de marruecos, enviado por Kiko, estaba haciendo tareas del ejército allí. En él había una carta que decía que me extrañaba, que era una linda persona por esperarle y por ver siempre las noticias por si decían algo de su unidad, que esperaba que estuviese cumpliendo mi promesa y que por si acaso sentía ganas de consumir me había mandado un regalo. La parte más oscura de mi interior pensó que el regalo sería droga, pero qué tontería, alguien que te está intentando limpiar no te manda droga. Era flor de naranja, es una planta hecha infusión que se toma con agua y azúcar, como el té, y que tiene efectos relajantes y desestresantes. Yo no la conocía, pero busqué en Internet y pregunté a mi madre sobre sus propiedades, me explicó que era un ansiolítico fuerte y que venía muy bien para los nervios y la desesperación. Me pareció un regalo fabuloso y puesto que el simple hecho de haber pensado que en el paquete había droga me había dado ansiedad aproveché para hacerme mi primera infusión. Fue estupenda, no tan intensa como un buen café cargado, pero que satisfacía mis papilas gustativas ya que soy fan de las bebidas fuertes y cargadas. Sentí un efecto relajante, totalmente diferente al de la hierba pues mi mente no se vio afectada y era dueña de mis pensamientos y movimientos. La ansiedad desapareció y mis músculos se relajaron mucho haciéndome caer en un profundo sueño. Dormí como una niña pequeña abrazada a la carta de Kiko y me desperté muy muy relajada.

Pasaron los días. Mi vida transcurrió con normalidad, estudié mucho para los exámenes y pasé mucho tiempo con Rafa, estábamos cada vez más conectados, aunque yo seguía sin tener confianza en él para contarle algunos de mis secretos y también tenía la idea de terminar la relación en un futuro. Siempre necesito sentirme libre y decidir; así me sentía con Rafa sabiendo que cada momento que le regalaba era opción mía y que podía detenerlo cuando quisiera. Con mis amigas las cosas fueron bastante bien, Laia y Paula confiaron mucho en mí, pero intentaban juntarse más conmigo, no sé si para controlarme o para compensarme por no haber estado ahí en otros malos momentos. Clara volvió a la normalidad conmigo, aunque no me quitaba ojo de encima, y el Chiringuito funcionó algunos días en la sombra ya que Amy se entretuvo pasando dosis insignificantes a críos de la ESO. Marta se pasaba a veces a fumar algo de hierba o a cotillear como iban los negocios, yo no le presté mucha atención, no la vi nada adicta solo ansiosa de poder y popularidad. Yo tomaba mucha flor de naranja cada vez que me tocaba estar en el Chiringuito cerca de las drogas, también la tomaba para estudiar o cuando me sentía agobiada, permanecía en un constante estado de relajación. Me volví adicta a esa bebida durante esa época y eso estuvo bien porque es muy sana. Cuando se me acabó, Kiko me envió un paquete mucho más grande lleno de infusiones y me dijo que estaba orgulloso de mí. También me envió un dibujo con corazones que había hecho en una guardia nocturna. La vida me iba bien.

El 19 de mayo iba a ser el día en el que Clara cumplía diecisiete años, estuvimos una semana entera preparando una fiesta en su casa. Por las tardes llevábamos las decoraciones y las íbamos poniendo poco a poco, también dedicábamos mucho tiempo a estudiar. Estuvimos tan entretenidas con eso que hasta Amy y yo nos olvidamos de atender el Chiringuito y dejamos de contestar el teléfono de los chavales de la secundaria desesperados por conseguir más droga. Una vez casi tuve un lío enorme porque Angela me pilló un mensaje de un cliente en el móvil y me hizo un interrogatorio agresivo sobre si estábamos volviendo a pasar droga. Llevábamos haciéndolo ya siete meses. Conseguí convencerla de que el mensaje era de mi hermana Marta desde el móvil de su novio, le dije que no fuera tan paranoica, que con todos los estudios y los líos no habíamos tenido tiempo de volver a pasar droga. Por suerte me libré de que se enterase. Cuando se lo conté a Clara me felicitó por haber salvado la jugada y dijo que teníamos que ser más cuidadosas. El temor a que Angela se enterase me estuvo visitando las

siguientes noches y no me dejaba dormir, pensaba que ahora que había conseguido más o menos tener un control sobre mis líos y tener la situación tranquila podía echarse todo a perder solo con un descuido tonto. Bebí algo de flor de naranja cada vez que los pensamientos empezaban a ser muy intensos e intenté pensar en la fiesta que se avecinaba.

La noche anterior al cumpleaños de Clara la pasé en la habitación de Rafa viendo películas adolescentes tipo *American Pie*. Solo sé que nos besamos toda la noche y nos dijimos que nos queríamos, ya nos lo habíamos dicho por mensaje muchas veces, pero a la cara se siente diferente, me brillaron los ojos de ilusión y por primera vez sentí que no hacía falta que esperase a Kiko, que estaba bien con él. Nos dimos un abrazo largo y me besó el cuello mientras me susurraba que cuando acabásemos bachillerato íbamos a irnos a vivir juntos a un piso universitario. Le dije que me parecía una idea estupenda, que sería lo mismo que teníamos en el colegio, pero con el triple de intimidad. Me juró que cumpliría esa promesa y que estaría siempre conmigo. Volví a mi habitación sintiéndome en una nube, y no por el efecto de ninguna droga, y eso era perfecto porque razoné que, si una emoción humana puede llegar a ser tan intensa, ¿para qué iba a querer seguir fastidiándome el organismo con sustancias artificiales? Cuando entré en mi habitación Clara y Amy estaban fumando algo muy fuerte, de lo que te coloca casi solo con olerlo. Estaban muy colocadas. Amy me dijo que no podía entender por qué había decidido rechazar esa sensación tan divina que te dan los porros, yo me preparé una infusión de flor de naranja

—Hay sitios a donde la droga no puede llegar, por ejemplo, al corazón.

SI UNA LEY MAYOR NOS HA IMPUESTO UNA ORDEN DE ACERCA— MIENTO

CAPÍTULO 12: SMOKE DETECTOR

Era el día de la fiesta de cumpleaños de Clara, como llevábamos tiempo organizándola y preparando las decoraciones no tuvimos que hacer nada rápido a última hora y los últimos días pudimos ponernos a mandar invitaciones tranquilamente. Yo me esforcé mucho en esa parte y me ofrecí a enviarlas en mi tiempo libre o a entregarlas personalmente, necesitaba controlar quién iba a ir. La mitad de los amigos de Clara estaban metidos en las drogas y yo no quería romper mi promesa, y menos en su fiesta. Fue por eso que perdí *por accidente* muchas de las invitaciones que Clara me había dado. Intenté que no fuera nadie que me pudiera relacionar con ese ambiente y le pudiera dar algo de información a mis amigas o a Rafa. Por suerte nadie notó la falta de esas personas, es lo que tienen los amigos camellos, solo les echas de menos cuando tienes mono, pero en tu vida diaria puedes prescindir de su presencia.

La noche del cumpleaños me puse un vestido rojo de palabra de honor, muy ajustado al cuerpo y con un par de volantes a la altura de los muslos, también me puse unos tacones plateados muy altos, de lo que me arrepentí en no más

de una hora pues me hacían mucho daño. Rafa me vino a buscar a casa en su moto; iba con unos vaqueros rojos y una camisa blanca, íbamos casi a juego y parecíamos una pareja mona de las que van conjuntadas en San Valentín. Cuando llegamos la fiesta ya había empezado y todos ya estaban bebiendo o bebidos. Agarré a Rafa de la mano y me hice camino entre la multitud de gente para encontrar a Clara con motivo de avisar de mi presencia y de desearle un feliz cumpleaños. Cuando la encontré estaba demasiado eufórica para llevar solo un par de cubatas, sus mejillas estaban rojas y sus ojos también, llevaba un vestido abombado y ajustado por la parte de los muslos, atado al cuello y sin mangas, de color turquesa y unos tacones negros llenos de barro. Estaba muy despeinada y tenía los labios pintados de un rojo muy intenso dando a su cara el aspecto de un tomate pues estaba roja entera. Me miró sin verme y me saludo de una manera muy formal, como si fuera una invitada más.

Me extrañó mucho verla así el día de su fiesta, tan descuidada e indiferente, pero rápidamente pude reconocer las señales de un evidente subidón de cocaína. Sus manos temblaban mientras hablaba con la gente y sus pupilas parecían no responder a sus movimientos faciales, uno de sus pies golpeaba el suelo una y otra vez de una manera muy frenética intentando seguir el ritmo de la música. Creo que estaba entre la fase frenética y el bajón. Le di un empujón suave para llamar su atención y esa vez sí me saludó bien. Me abrazó y me dijo que gracias por organizarle esa fiesta, que era la mejor amiga del mundo; su voz sonaba frágil y hablaba más rápido de lo normal. Le susurré al oído la pregunta obvia:

—¿Cuánto te has metido?

Me miró con cara de pocos amigos y me dijo que la dejase disfrutar de su fiesta. Se dio la vuelta y se perdió entre la multitud. No había llegado tan tarde a la fiesta como para que le hubiera dado tiempo a drogarse así que supuse que ya traía el efecto puesto de casa.

Quise ir detrás de ella para asegurarme de que no le daba el bajón en medio de todo el personal, pero Rafa me agarró de la cintura y me dijo que dejase a Clara en paz, que estaba borracha, y que nos pusiéramos a pensar en nosotros. Nos pusimos a bailar y a besarnos durante más de una hora, no necesitamos ninguna bebida alcohólica ni ninguna sustancia estimulante para disfrutar y saborear la noche. He dicho mil veces que no me gusta bailar, pero es una buena forma de evadirse cuando no quieres pensar en nada más,

y también es una buena forma de mantener un contacto físico agradable con tu pareja. Cuando llegó ese momento típico de todas las fiestas en el que empiezan a poner canciones absurdas dejamos de bailar y con el rollo muy cortado fuimos a tomarnos nuestras primeras bebidas. Mientras me tomaba mi cubata de vodka con licor de fresa, que sabía a chicle y no a alcohol, Angela me llamó desde lo lejos. Me di cuenta de que en lo que llevábamos de noche no había ido a saludar a ninguna de mis amigas, excepto a Clara, y me sentí como esa amiga a la que todas ponen verde por pasar todo el tiempo con su pareja.

Me acerqué a ella con intención de abrazarla, pero me apartó el abrazo de una manera muy italiana y sin saludar ni decir nada para romper el hielo me mencionó el estado en el que iba Clara. Sugirió que tal vez iba bajo los efectos de la cocaína, pero se notaba que no era una suposición, lo estaba afirmando directamente. Ella también se había dado cuenta muy rápido debido a todas las horas compartidas en la zona deportiva del colegio jugando con dicha sustancia. Nos conocíamos demasiado bien. Yo intenté disimular y hacerme la loca para defender a Clara y no crear un problema, pero ella me agarró del brazo y me llevó a la fuerza hasta la salida. Sentí el aire frío erizar mi piel y un escalofrío inmenso al ver a Clara tirada en un banco con cara de sentirse muy mareada. Sus zapatos estaban tirados por el suelo y sus medias completamente agujereadas. Me acerqué a ella rápidamente para asistirle en su bajón, pero Angela me lo impidió. Me dijo que la dejase en paz con el bajón y me gritó que por qué le había hecho eso a mi amiga. Pregunté confundida qué había hecho exactamente.

—¡Darle cocaína a Clara, sabiendo que no se pude controlar bien!

Flipé en colores puesto que yo no le había dado cocaína a nadie ni había tenido contacto con esa sustancia desde hacía bastante tiempo. Me defendí de la acusación argumentando que llevaba mucho tiempo limpia y que yo no era la que conseguía cocaína. Angela dijo que Amy había mencionado que la cocaína de Clara venía de mis manos, pero que se fiaba de mí por el momento.

Me puse muy furiosa y recordé que Amy era la que le había contado cosas a Laia y Paula a mis espaldas y ahora intentaba quitarse un problema de encima echándome a mí la culpa. Le dije a Angela que la cocaína vendría de Amy seguramente, pero que Clara no necesitaba que la pusieran pistolas en la cabeza para consumirla. En parte me dio pena porque Clara llevaba limpia

desde el día del crac, como yo. Dejé a la italiana con Clara y fui a buscar a Amy con intención de montar una pelea y golpearla hasta cansarme por jugármela dos veces, pero a mitad de camino recordé que yo no soy una persona de peleas, soy una persona de venganzas, y me dije a mí misma que esa misma noche me pagaría las dos que me había hecho.

—¿Me acercas al colegio con la moto? Necesito cambiarme los zapatos... — pregunté a Rafa.

Accedí de mala gana por no quedar mal conmigo, pero como iba un poco borracho tuve que conducir yo. Cuando llegamos, él me esperó en la puerta y yo entré a la habitación de Clara a coger los restos de crac de hacía tres meses del Chiringuito. Pretendía mezclarlos con la hierba y dárselos a Amy para que se los fumase. Quería que ella sintiese el doloroso efecto del crac como castigo por no poder llevar estos asuntos en secreto, quería que se avergonzara de sí misma para que fuera más cuidadosa con estos temas y no metiera a la demás gente por medio para librarse de la culpa.

Así como lo tenía planeado fríamente en mi cabeza, ejecuté mi venganza con una maestría inigualable pues fui capaz de estar todo el rato con hierba y crac en mis bolsillos sin sentir un mínimo de ansiedad ni deseo. Fingiendo no saber nada del tema me acerqué a bailar con Amy una canción latina y le pasé la bolsa de hierba diciendo que nos los fumásemos juntas, que quería volver al mundillo. Como ella iba bastante bebida no se enteró de que yo ni toqué el porro y dejé que ella sola se lo fumase, aunque no niego que ahí si tuve muchos arrebatos de quitárselo para fumármelo yo. Me hice sangre en los labios al mordérmelos para controlar la ansiedad. Mi respiración se agitó mucho y el corazón me empezó a latir muy fuerte, fruto del intenso deseo que tenía por consumir, pero por puro rencor y venganza dejé que Amy se lo fumase entero. Cuando terminó se fue a bailar un poco mareada y sobresaltada por el temprano efecto de la hierba.

Clara estaba en la pista de baile con un cubata así que pensé que ya se encontraba bien. Yo fui corriendo a la calle a sentir el aire fresco en mis pulmones y a llorar por las emociones contenidas. Dejé que el viento mediterráneo me despeinase y me secase las lágrimas y me senté en el mismo banco en el que Clara había estado sufriendo el bajón, quería dejar de llorar y entrar a disfrutar de la noche, pero mi mente me traicionaba con el pensamiento repetitivo de que vivía en un ambiente rodeado de drogas y todos podían consumirlas menos yo.

Me sentí eternamente frustrada y me odié por no poder librarme completamente del control de esa sustancia sobre mí. En ningún momento me sentí arrepentida o apenada por Amy, era justicia completamente legal y yo siempre he sido de la opinión de molestar fuerte, porque para hacerlo suave mejor no gastes energía. Me intenté auto-convencer de ir a consumir lo que fuera, que si buscaba bien encontraría a alguien que pudiera darme algo de hierba, pero mi parte sensata me decía que no era momento de arruinar las cosas, que estaba de exámenes y las cosas con Rafa y mis amigas me iban bien. No valía la pena, la noche acabaría y yo volvería a mi vida normal. Era mejor hacerlo sin mono, pero Clara había consumido y todo parecía estar en orden. Se encontraba perfectamente después de superar el bajón y yo era la única idiota que se mantenía sana. Me supliqué a mí misma no liarla mucho esa noche, pero las ganas me pudieron y fui a pedirle a la hermana de Clara.

Me encerré en el baño y saqué cuidadosamente el porro, lo miré, lo exploré detenidamente mientras observaba el papel semitransparente y los pequeños grumos verdes amontonados como metidos a presión. Me dije a mí misma que no merecía la pena arruinar todos mis esfuerzos de estar tres meses limpia por un porro que me iba a durar diez minutos, me dirigí hacia la puerta con intención de olvidar el tema y seguir limpia, pero me detuve al ver a toda la gente riendo y bailando, a todas las personas interactuando entre sí y disfrutando como si no tuvieran preocupaciones. Yo tampoco quería tenerlas, ni pensar en nada. Dije que

—La vida es corta y yo soy libre, si los demás están tan felices estando tan borrachos, yo también tengo derecho a inducirme una felicidad extasiada — me dije a mí misma.

Sin volver a dudarlo encendí el porro. Le di una larga y lenta calada intentando absorber el máximo de humo posible.

Mi cuerpo se convirtió en un defensor de la salud y reaccionó negativamente ante la sustancia que intentaba abrirse paso por mi organismo. Mi cuerpo me alertó, se estremeció y tembló al volver a sentir el amargo humo de la hierba, la estaba rechazando. Empecé a toser fuertemente y a sentir que me ahogaba, notaba los pulmones funcionando a medio gas e incapaces de asimilar la dosis que estaba fumando. No podía parar de toser y mi respiración sonaba como el pitido de un tren. Que irónico es que tu cuerpo rechace una sustancia que te ha estado pidiendo tan insistentemente durante mucho tiempo. No quería quedarme a medias y que todo hubiera sido para nada así que seguí

fumando y tosiendo con la esperanza de que llegase el efecto y que me calmase el malestar. Empecé a sentirme mareada y me agarré fuertemente al toallero mientras terminaba de fumar el canuto. Era pura cabezonería la mía, me estaba encontrando fatal pero no quería parar. El efecto nunca llegó, el éxtasis relajante se vio sustituido por una leve mejoría de los síntomas de mi rechazo. Todos los efectos de la hierba se centraron en restaurar mi organismo a cero y no hubo suficiente dosis para colocarme, supongo que con la ansiedad que llevaba encima hubieran hecho falta mil porros para hacerme sentir drogada.

Me miré al espejo y vi a una adolescente con la cara roja y sudada por los esfuerzos al toser y el pelo despeinado y el maquillaje descolocado. Daba bastante pena, mi vestido estaba manchado de ceniza y de barro de cuando había estado en el banco y en la moto. Todo mi torso al descubierto estaba rojo. Me mojé la cara y la cabeza y bebí agua. Permanecí allí sintiéndome extraña y la persona más solitaria del mundo drogándose a escondidas y sin obtener diversión a cambio. Mis quejidos y lamentos hacían eco en la habitación vacía, pero nadie podía oírme. Mi cuerpo me pidió una dosis extra para obtener lo que buscaba, pero yo ya no tenía fuerzas y me estaba empezando a doler la cabeza. Menuda recaída más absurda tuve, sin sentir nada bueno y sin pasarlo bien, con lo bien que había aguantado tres meses limpia... Lo había tirado todo a la basura para nada.

Salí del baño sintiéndome una persona diferente y frustrada por la situación, pero no quería que encima se enterasen de mi recaída así que estuve el resto de la fiesta fingiendo ser una persona tranquila y normal. Bailé con mis amigas y besé a Rafa, hice bromas, hice el tonto, hice fotos, fingí que no me pasaba nada. Vi que Amy estaba en un rincón sentada en el suelo tapándose la cara con las manos supongo que ya le habría venido el bajón del crack, pero no me importó, no quise ayudarla ni avisar a nadie. Ella nunca se enteró de lo que había hecho, siempre pensó que el bajón que tuvo fue por el alcohol. Por suerte su comportamiento mejoró y como se avergonzó tanto de que la vieran tan mal con el bajón estuvo un tiempo siendo mucho más cuidadosa y discreta. Me alegré de que nadie me pillase, siempre me salía con la mía. Reía por fuera mientras abrazaba a Clara y le hacía cariños a Rafa, pero por dentro me sentía rota, dolida y algo incómoda físicamente. Me senté en los sofás a esperar al fin de la fiesta una vez que me cansé de tanto teatro. Estuve mensajeándome con Kiko, pero no recuerdo que fuera nada interesante.

Cuando por fin llegó la hora de volver a casa tuve que hacerlo sin mi novio pues estaba tan borracho que se pagó un hotel cercano para dormir allí y espantar la resaca. No me quise quedar con él por tres razones: no tenía permiso, no me encontraba bien y no íbamos a poder hacer nada pues él estaba muy mal e iba a dormirse o a ponerse a vomitar. Como Angela era la única que vivía en Hospitalet, cogimos un taxi hasta casa. Ella era un detector de humo, igual a los que hay en los hoteles y que se ponen a hacer ruidos molestos cuando detectan la presencia de un cigarrillo. Ella puede notar con mucha facilidad cuando has consumido droga, aunque muchas veces se lo calle. Da igual cuanto te esfuerces por aparentar normalidad.

Durante el trayecto de taxi, me dijo que sabía que había vuelto a consumir aquella noche, que estaba decepcionada, pero que no me iba a decir nada malo porque no quería que me enfadase y le dijese cosas de doble moralidad o le recordase cosas que ella había hecho. Yo no dije nada. Me sentí idiota porque ella casi siempre me pillaba. Confesé que el Chiringuito había estado funcionando a sus espaldas a pesar de que habíamos prometido no hacerlo. Esa confesión fue un momento de debilidad del que me arrepentí instantáneamente pero no había vuelta atrás. Ella me miró a los ojos y me dijo que ya lo sabía, que lo había sabido siempre porque éramos muy malas traficantes. No dijo nada más. No se enfadó ni reaccionó mal y yo lo sentí como otra victoria. Me pidió perdón por haberme acusado de darle cocaína a Clara, que sabía que había sido Amy.

—Eres un puto detector de humo, no se te escapaba nada —le dije. Apoyó su cabeza en mi hombro.

—Ya sabes como soy —respondió.

Cuando llegué a casa mi madre estaba en modo sospecha y me acusó de oler a hierba. Se iba a poner en modo interrogatorio y yo quería evitarlo a toda costa. Yo contesté lo más naturalmente que pude, diciéndole que era lo normal, pues venía de una fiesta, queriendo insinuar que era un ambiente normal y natural, que la gente lo hacía y el olor del humo se impregnaba en la ropa. Mi madre me dijo que entendía que quisiera ir a esos sitios, pero que no podía estar con gente que fumaba porque se me iban a pegar las ganas. Si ella supiera... Por suerte se creyó que el olor a hierba era solo por el ambiente del local y me mandó a dormir sintiéndose tranquila. Fue la primera vez que mi madre me esperó despierta para ver en qué condiciones llegaba, nunca antes lo había hecho y por eso nunca pudo sospechar nada ni verme mal.

Cuando llegaba con los efectos de cocaína o hierba lavaba mi ropa cuidadosamente y nunca se enteraba, o directamente dormía fuera de casa. Siempre lo había tenido controlado, aunque aquella noche consumí sin haberlo tenido bien planeado pensaba que no pasaría nada, pero aquel día hubo algo especial en ella, un instinto maternal, una intuición que desencadenaría en un futuro en una sospecha real y tangible. Por suerte, por el momento, pude evitar una confrontación con ella. Estaba teniendo la suerte de las rubias.

CUANDO CONTEMOS PRIMAVERAS VIEJAS Y LLEGUEMOS A TI...

CAPÍTULO 13: LA CAÍDA

Después del cumpleaños de Clara tocaba volver al colegio a terminar los exámenes de fin de curso. Me salieron bastante bien, y aunque no tenía aún las notas supuse que serían buenas y me tomé la libertad de celebrarlo por adelantado. Estuve algunos días fumando hierba con Clara en las habitaciones, simplemente rebajando la tensión y pasando un buen rato. La hierba ya no me volvió a sentar mal más y mi cuerpo la acogió de vuelta con bastantes ganas. No me llegué a colocar mucho ninguna de las veces, pero sí lo mínimo suficiente como para levantar más sospechas en casa. Cuando pasaba por casa, solía estar atontada por las pocas horas de sueño o el efecto a largo plazo de fumar hierba varios días seguidos, mi madre lo notaba, aunque yo decía que era por los exámenes, que me estresaban. Noté que mi madre empezaba a hacer preguntas más íntimas sobre mis amigas y mis cosas, a fijarse en todos los detalles, a registrar mis cosas cuando yo no me daba cuenta. Creo que le costó encajar que su hija pudiera estar drogándose y aunque lo intuía, no quería pensar que esa idea podría ser real, cada vez se acercaba más a la verdad y me dejaba menos espacio para inventarme

excusas o mentiras. Al menos, la droga siempre la dejaba en el Chiringuito así que ella no pudo encontrar nada.

Por otra parte, desde que le había confesado a Angela la verdad sobre el Chiringuito y ella había dicho que ya lo sabía, nuestra relación se volvió un poco tensa. No se enfadó conmigo ni me la armó, pero estaba bastante borde e intentaba evitarnos tanto a mí como a Clara. Una de las tardes de estudio y porros tratamos de hablar con ella para disculparnos y preguntar por qué sabiéndolo había estado callada como si nada. Ella actuó fríamente y dijo que, si nos interesaba su opinión, nunca habríamos mentado. Después, dijo que lo sabía porque la gente siempre iba a pedirle a ella consejo sobre como negociar con nosotras y también por qué Amy y Marta lo habían mencionado en algunos grupos. No sé qué parte nos sentó peor. Para empezar, que la gente fuera a hablar sobre nuestros negocios con la ex traficante italiana significaba que las amenazas de Clara para que tuviesen discreción y no contasen nada eran muy poco eficaces. Si lo hablaban con ella podrían haberlo hablado con cualquiera, medio colegio podría haberlo sabido a esas alturas. Por otra parte, que Amy hablase era un hecho que ya sabíamos porque ella no podía mantener secretos, y como nos daba droga gratis nos teníamos que aguantar; pero que mi hermana me fallase en eso me sentó como una patada en las costillas, de las que te dejan sin respiración y sin equilibrio. Con lo que me había esforzado en amenazarla y educarla para tenerla callada, ella se sentía libre para hablar de mis cosas con los demás.

Angela dijo que estábamos muy cerca de ser descubiertas y volvió a aconsejar que cerráramos el Chiringuito y nos dejáramos de tonterías. También reconoció que no nos había dicho nada de las mentiras porque no quería discutir con nosotras y que de algún modo alguien descubriese sus antiguos negocios, Angela siempre se cubre las espaldas, aunque eso signifique aguantar que tus amigas te mientan. Nos dio mil motivos para dejar de pasar droga en el colegio. Clara se dio por vencida antes de empezar a discutir y accedió a deshacer el Chiringuito siempre y cuando Angela nos ayudase a librarnos de la gente. Yo no dije nada. La italiana dijo que no pensaba ayudarnos por nada del mundo, primero por protegerse ella, y segundo como venganza por haber mentado tan descaradamente. Yo seguí callada. Ellas dos empezaron a discutir y Clara suplicó, exigió y lloró por su ayuda, pero ella se hartó y se fue de la habitación, sin antes volver a recordarnos que estábamos casi expuestas a ser descubiertas. El sonido del

portazo provocado por su ira provocó que algunos curiosos se acercasen a cotillear, Clara les mandó lejos, pero uno de los pequeños preguntó que si teníamos problemas de traficantes. Era un desconocido. Clara me miró y me dijo que lo teníamos que dejar. Yo estaba algo abrumada por la situación y accedí sin razonarlo detenidamente.

Los siguientes días nos dedicamos a cortar lazos con nuestros compradores y dejarles claro que habíamos acabado con el tema de pasarles sustancias. Nuestros modales fueron agresivos para hacer entender que no estábamos jugando y que las cosas se podrían poner peor si iban hablando por ahí como venganza o si no olvidaban el tema y hacían como si nunca nos hubieran conocido. Yo propuse encasquetar la droga que nos quedaba a cualquier pijo adicto antes de cerrar el Chiringuito, pero Clara dijo que mejor nos la guardábamos para nosotras y así podíamos consumir todo el verano. Como yo acababa de recaer y estaba en fase *luna de miel* me sentí encantada con la idea de saber que tendría provisiones para mucho tiempo y mis necesidades cubiertas a largo plazo. Debatimos sobre si llevar la droga a mi casa o a la suya, pero como no podíamos ponernos de acuerdo acordamos dejarla en el colegio por el momento, aunque yo cogí algo de cocaína en secreto.

Para rebajar tensiones nos fumamos varios porros de hachís en su habitación mientras escuchábamos a Frank Turner. Hicimos un balance de lo rápido que habíamos pasado de creer que lo teníamos todo controlado a intentar tapar agujeros para mantener nuestro barco vital a flote. Creíamos que habíamos conseguido espantar a la mayoría de los clientes, pero sentíamos que estábamos indefensas ante la incertidumbre de no saber quién más lo sabría. Y aún nos quedaba encargarnos de callar a Amy y de mi hermana.

Durante el fin de semana, mis padres estuvieron ocupados con sus propios exámenes y como estudiaban los fines de semana para no descuidar sus trabajos y a sus hijas, también hacían los exámenes los fines de semana. En resumen, tenía la casa para mí sola. Nada más sentir que mis padres se marchaban a sus respectivos asuntos académicos, me levanté con la fuerza de un ciclón y fui a la habitación de Marta. La desperté a gritos y me tiré encima suya; no quería hacerle daño, pero sí quería asustarla y que pagase por ir de chivata. Grité muchas cosas sin sentido y ella tardó un rato en entender de qué iba el tema, cuando por fin me expliqué, ella se enfadó y de un empujón me tiró al suelo. Me gritó que ella solo había ido hablando de las sustancias que ella pasaba, y que nunca había dicho mi nombre. Yo dije que era idiota,

que la gente podía relacionar perfectamente que somos hermanas y que yo la había metido en eso. Ella defendió su libertad de expresión y su derecho a contar sus cosas a quién quisiera, también dijo que si no quería eso de ella que no la hubiera obligado a meterse en el mundillo ni a fumar porros. La discusión se puso muy violenta, ella me dijo muchas cosas malas, y yo también grité mucho. Nos agarramos los brazos mutuamente como intentando impedir una pelea. Claudia se despertó después de diez minutos de chillidos e intentó calmarnos, pero la echamos de la habitación con un grito al unísono.

Cuando no pude soportar la ansiedad que me provocaba darme cuenta de que Marta no estaba tan equivocada en su defensa, me marché a mi habitación y me puse a llorar por los nervios y la frustración de no poder tenerla callada habiéndome ocasionado este problema. Saqué algo de hierba y empecé a fumar para intentar relajarme, una estupidez fumar en casa, pero como mis padres iban a estar fuera mucho tiempo pensé que daría tiempo a que el olor del humo desapareciera. Al cabo de un rato la hierba me empezó a hacer efecto y noté una relajación artificial que me quitó las ganas de llorar y me trajo un positivismo inducido que hizo desaparecer toda preocupación. Marta notó el olor de la hierba y entró a mi habitación bastante cabreada porque estaba poniendo en riesgo que nos pillaran nuestros padres.

—El problema eres tú, eres muy adicta; habías prometido a todos dejarlo, pero les has fallado. Y encima, en el proceso de dejarlo, has enganchado a mucha gente —me dijo, muy alterada—. Por mi culpa, estoy enganchada a la hierba y he perdido el control de muchas cosas de mi vida.

No era asunto mío, pues si hubiera estado callada a lo mejor podría haber llevado su vida más tranquila. Dijo que mentir le provocaba ansiedad y que yo la obligaba a mentir y que ya no iba a hacerlo nunca más. Le ofrecí lo que me quedaba de porro como ofrenda de paz, y ella empezó a fumar. Sin decirnos nada nos fumamos otro más hasta que el enfado se evaporizó con del humo que se escapaba por el conducto de ventilación. Me dijo que quería dejar el Chiringuito, los porros y volver a su vida de antes, sin que yo la obligase a hacer cosas malas, le pedí que me ayudase a deshacerme de todos los que fueran una amenaza y a espantar a cualquiera que intentase hablar del tema.

Mis intenciones iban más allá de tenerla tranquila y de mi lado, quería que probase la cocaína para que se sintiese tan enganchada como yo y colaborase

más, se lo tomase más en serio y se esforzase a tope en guardar el secreto. Cuando estuvo lo suficientemente fumada, saqué la cocaína que había extraído en secreto del Chiringuito y nos la metimos entre las dos. Yo no recuerdo muy bien cómo fue, sé que tuve que presionarla, pero como iba algo colocada se dejó manejar fácilmente. Yo solo puedo recordar que recaí por una tontería, que volví a meterme cocaína tres meses después y que no fue un momento épico ni profundo, que no pensé nada, que no lo razoné, que no luché contra ello, y que ni siquiera me sentí culpable. Me sentí genial por poder tener ese momento para mí y por volver a sentir un buen subidón de cocaína. Me sentí victoriosa por haber evitado el enfado de Angela, por haber conseguido espantar a la mayoría de los clientes chivatos, por tener la seguridad de que iba a tener droga para todo el verano y también por haber conseguido que Marta se metiera. Sabía que eso a ella le iba a crear una dependencia, una necesidad de callarse la boca y hacer lo que yo quisiera. Realmente la veía capaz de chivarse de todo, porque es muy impulsiva, necesitaba tenerla ocupada y ya que los porros no causaban el problema que necesitaba. El hecho de que cogiese la cocaína de antemano no significaba que lo tuviera planeado, sino que contemplé esa posibilidad.

Dejé a Marta en mi habitación y salí a la calle a disfrutar del ambiente primaveral de un sábado por la mañana con la felicidad de ir fumada, colocada y de sentir que tenía mis asuntos en orden. Monté en mi bicicleta y pedaleé por el barrio mientras escuchaba el sonido de los pájaros amplificado en mi cabeza en forma de melodía. Me sentí perfecta. Estúpida felicidad artificial que me hacía sentir inmortal. Me acerqué hasta el puerto, me senté sobre el muelle a mirar el mar y los barcos pesqueros alejándose hacia destinos remotos, también los cruceros con turistas y los yates de los ricos. No hacía viento ese día, no puedo comentar nada sobre mi amado viento cálido del sur de Europa. Sentí los rayos de sol atravesar mi piel y darme la relajación extra que necesitaba, el sonido de las olas y los pájaros me tenía totalmente encandilada. Me perdí mirando todos los barcos atados en el muelle con sus diferentes formas y contornos, imaginé mil historias que me podrían pasar si viviera en cada uno, pensé en fiestas emocionantes en los yates más grandes y con viajes inolvidables en los cruceros más lujosos. Estaba enamorada del paisaje idílico del puerto de Barcelona. Todo estaba amplificado por mi súper subidón, pero necesitaba sentirme así de bien después de tantos días con líos de traficantes. Me desconcentré tanto que incluso olvidé que había venido en bici y la dejé abandonada mientras cogía

el autobús para volver.

Cuando regresé a casa, Marta estaba durmiendo y Claudia me miró con odio, le dije que se mantuviera callada o le pasaría lo mismo, pero no me preocupé en exceso por ella ya que Claudia nunca hubiera hablado, ella nunca habla ni se chiva, aunque las cosas vayan mal. No vi a Marta excesivamente mal, solo con el bajón por el abuso de sustancias. No sé cómo fue esa primera experiencia para ella, nunca pregunté, cuando avanzó el día y se despertó actuó normal y solo me dijo que me ayudaría a cerrar definitivamente el Chiringuito y a que nadie supiera de su existencia. Lo sentí como otra victoria y una gran suerte. Mis padres volvieron muy tarde y ya no había rastro de humo en nuestras habitaciones, por el momento estábamos a salvo de que nos pillasen. El resto del fin de semana estuve tranquila, salí a ver a Rafa un par de veces y también a fumar porros con Clara en los bunkers. No mencioné nada de mi recaída en la cocaína y tampoco pude consumir más porque no tenía a mano, estaba en el colegio escondida.

Unos días después volví a consumir en el colegio y otros días más tarde volví a hacerlo, nada interesante pasó en ese periodo. Llegó junio y el colegio estaba prácticamente acabando, la mayoría de gente ya no pasaba por clase, pero yo estaba mucho tiempo metida allí pasando tiempo con Rafa, fumando porros con él y metiéndome cocaína a solas. Hubo un día que Marta me pidió algo de cocaína para ella y se la di sin preguntar ni hablar del tema, supongo que la consumiría, nunca la he preguntado. Le conté a Clara que estaba consumiendo porque no quería más problemas con gente, me agradeció la sinceridad y me dijo que ella también estaba haciéndolo, que había recaído, que podíamos drogarnos juntas como en los viejos tiempos. Me sentí contenta por eso, me sentí joven y encantada de poder volver a los viejos hábitos en compañía y con todo un verano por delante, siempre y cuando no me atropellara otro coche, claro. A veciné otro verano genial sin problemas y sin movidas, con Rafa, con Clara, con mis amigas sabiendo mi secreto y apoyándome en mi falsa limpieza y sin mis padres sospechando. Estaba teniendo suerte en absolutamente todo, solo me faltaba solucionar el tema de Amy.

Clara y yo hablamos con ella sobre lo que habíamos hecho con el Chiringuito y no le pareció mal, dijo que si nosotras no queríamos pasar ella lo seguiría haciendo sola con mucha más discreción y que nos seguiría dando drogas por ser amigas. No nos pareció mal el trato de "dejarla" traficar a cambio de

drogas gratis, por supuesto no dependía de nuestro permiso, pero podríamos haberle hecho la vida muy imposible si no nos hubiera parecido bien la idea. Amy dijo que también le seguiría dando cocaína a Marta como compensación por haberla estado utilizando de traficante. A mí me dio igual. Amy comentó algo de que sentía que en la fiesta le habían drogado con algo fuerte, yo me hice la tonta y sugerí que probablemente fue el garrafón. Ella me dio la razón y dijo que de todos modos ya no le importaba eso y que iba a ser más cuidadosa. No entiendo por qué no sospechó del porro que le di en los baños. Ese día repartimos la droga a partes iguales, repartimos el dinero a partes desiguales según lo que había hecho cada una y limpiamos bien la habitación para que pareciera que allí nunca había pasado nada. Rompimos los móviles que habíamos comprado para hablar con los clientes y dimos de baja a los números de pre-pago, también nos deshicimos de todos los papeles donde apuntábamos las ventas. Ya llevábamos varios días sin que nadie viniese a preguntar o a pedir droga e interpretamos eso como que nuestro mensaje de disuasión había sido un éxito. Gracias a las amenazas y los chantajes habíamos conseguido espantar a todo el mundo. Pusimos el candado al chiringuito después de ocho meses de funcionamiento.

Yo me sentí en una nube, pasé el resto del día besándome con Rafa y alegre por haber arreglado mis preocupaciones. Sentía que volvía a tener el control y aunque estuviese algo afectada por mi recaída a la cocaína, eso no me causaba gran preocupación. Creía que tendría todo el verano para engancharme y desengancharme las veces que yo quisiera y que no era tiempo de pensar en dejarlo si me acababa de reenganchar. Tenía la droga que habíamos repartido guardada en el bolso y no me preocupé de buscarle otro escondite hasta que llegase a casa. Me centré en disfrutar del momento. Parecía irreal tener tanta suerte. La suerte no es eterna. Es aleatoria. Qué traicionera es, que te cambia las cosas de un día para otro y consigue que todos se pongan en tu contra. Amy le dio cocaína a Marta tal y como había dicho que haría y Marta no se pudo controlar. Se pilló un subidón enorme y empezó a deambular por los pasillos del colegio, su novio la encontró y vio restos de cocaína en su habitación, se lo dijo a su hermana Laia, a mi amiga Laia. Todo pasó muy rápido. Laia vino a gritarme y yo me hice la tonta, Clara se metió para defenderme y discutieron mucho. Laia no se creía que hubiera sido capaz de recaer y de meter a mi hermana en esto. Los gritos se hicieron muy fuertes y la mala suerte apareció como una compañera más en medio de toda la discusión, de la mano de la mala suerte vino el punto final a

cualquier posibilidad futura del Chiringuito.

Un profesor escuchó los gritos y vino a ver qué pasaba, todas nos hicimos las tontas para proteger nuestros propios intereses. Era una de las pocas veces que un profesor pasaba por la zona de bachillerato, se suponía que nunca debían pasar por allí. Se suponía que a esas horas ya ningún profesor tenía que estar en nuestro edificio y fue una mala suerte terrible y angustiosa tener que fingir que no pasaba nada para que nos dejase en paz y se fuese. Cuando nos vio calmadas y se fue alejando, Marta apareció en la escena.

—Me han drogado, tienen cocaína, son ellas las que la venden por el colegio —dijo, con la voz más clara que jamás le había oído.

El profesor dudó, pero se fijó en el estado de mi hermana y notó que estaba bajo los efectos de algo. Se supone que debería haber ignorado a Marta porque ella siempre la liaba en el colegio y se metía en problemas, pero aquel día la creyó e intentó sacarnos una confesión. Clara y yo quisimos hacernos las tontas y negar todo. El profesor insistió en que nos expulsaría a todas y le haría un test de tóxicos a Marta. Laia dijo que ella no pensaba pagar por nosotras y nos arrancó nuestros bolsos de los brazos. Le dijo al profesor que ahí debía estar nuestra droga. El profesor preguntó a Marta y ella asintió, se acercó a mi bolso y sacó una bolsa de cocaína del bolsillo frontal. Y todo se echó a perder.

**...Y EL AZAR
NOS
SORPRENDA
ANTE UNA
GRAN CICATRIZ**

CAPÍTULO 14: TE QUIERO Y ADIÓS

Tuve un atisbo de suerte fugaz después de que mi hermana se chivase de la existencia del Chiringuito, esa suerte inesperada vino en forma de ser humano y se adornó de amistad. Sentí mucha presión cuando el profesor sacó la droga de nuestros bolsos, me temblaban las piernas y me faltaba el aire, es imposible describir el sentimiento de ser pillado, cuando pasan los años puedes irte acostumbrando, pero las primeras veces siempre son duras. Lo primero en lo que pensé fue en qué me iba a quedar sin droga, pero rápidamente razoné que mi mayor problema no era ese, era que se enterasen mis padres, o que llamasen a la policía o que me expulsaran del colegio. Cualquier consecuencia que se me venía a la cabeza era peor que la anterior, me quedé sin palabras y no pude razonar. Ni siquiera recuerdo las preguntas que hizo el profesor, me quedé paralizada mirándole sin verle y estando sin estar. Pero lo bueno de que tus amigas te metan en la droga a la fuerza y se sientan culpables es que veces van a estar dispuestas a sacarte del lío en el que te han metido, eso es muy beneficioso en casos como aquel.

El profesor nos llevó a todas al despacho del director, a Clara, a Laia, a Marta

y a mí. Primero entró él a explicar todo lo que había pasado. Mientras ellos hablaban, nosotras esperábamos en el pasillo, yo seguía paralizada como una estatua, pero Clara empezó a darme golpes leves tratando de llamar mi atención, hizo falta un buen golpe para hacerme salir de aquel estado de estupor, pero eso no fue problema para ella. Me hizo gestos en dirección a mi hermana, estaba sentada en uno de los bancos con la mirada perdida, creo que estaba tan colocada que no se enteraba de lo que estaba pasando, pero pienso que también debería haberse callado la boca. Me dijo que la cogiese y me largase de allí, porque si la veían bajo los efectos de la cocaína las consecuencias iban a ser mucho peores. Dije que si nos íbamos todo iba a ser peor porque quedaríamos en evidencia. Me dijo que no pasaba nada, que ella cargaría con las culpas, que diría que era la causante de todo, porque me lo debía. Que el profesor chivato no nos conocía por nuestros nombres y que ella no iba a delatarme, así que iba a tener unos días extra para preparar las excusas antes de que investigasen más y me pillasen. La verdad es que tenía razón, si nadie decía mi nombre iba a tener unos días extra hasta que juntasen las piezas del puzle. Miré a Laia, me devolvió una mirada de enfado más por el lío en el que la había metido que por otra cosa, le dije que nadie iba a sospechar de ella estando Clara al lado, me dijo que no me fuese, pero a mí me dio igual, sabía que ella no iba a delatarme tampoco, Clara me dio un empujón para que me diese prisa. No me paré ni a agradecerse, cogí a mi hermana y salí de allí lo más rápido que pude.

Mientras intentaba avanzar lo más rápido posible por el pasillo lleno de despachos de profesores sin mirar atrás, mi hermana caminaba despacio y parándose a leer la insignia de cada despacho. Como por aquel entonces ella no era frágil, no tuve reparos en agarrarla fuertemente del cabello y hacerla caminar más rápido. Estaba furiosa con ella. Cuando llegamos a la recepción, escuché de fondo los gritos del profesor, probablemente recriminando a Clara y a Laia que me hubieran dejado ir, pero yo intenté no escuchar para no pensar. Por fin llegamos a la puerta principal y pude despejar mi atontamiento con las frías gotas de lluvia propia de un mes primaveral. El hecho de que estuviera lloviendo hacía más épica la escena, yo llevaba a mi hermana prácticamente a rastras como un gladiador romano herido por los leones saliendo de la arena de manera heroica. Yo no era ninguna heroína, era la culpable de todo el lío, por empeñarme en pagar mis frustraciones con mi hermana, pero ahora estaba intentando que no la pillaran a ella para que no me pillasen a mí, así que tenía que poner ese esfuerzo extra en llevarla

conmigo a pesar de no tener ninguna simpatía por ella.

Fui hasta la zona deportiva antigua para resguardarnos del agua, pero ella se soltó de mi brazo y salió a correr en dirección al campo. Parecía un pato mareado e iba haciendo eses, pero gracias su estupenda forma física iba a una gran velocidad. Yo no fui detrás de ella, no me preocupaba que huyese al campo, me hubiera preocupado más que se metiese de vuelta en el colegio. Sabía que no iba a ir muy lejos y no merecía la pena tratar con ella mientras estaba tan colocada, una cosa que tiene mi hermana es que siempre que su cabeza no funciona bien su instinto de huida se hace dominante y su único pensamiento es largarse del sitio en el que está. Vi cómo se alejaba bajó la espesa lluvia y saltaba la valla, podría haber salido por la puerta, pero ella tenía su particular modo de abandonar las instalaciones del colegio. Dejé que se perdiera por la arboleda que rodeaba el colegio y me encendí un cigarro para fumármelo lentamente mientras pensaba en la situación y en lo que acababa de hacer. El cigarro pasó a ser hierba cuando me di cuenta de que lo que menos quería hacer era pensar. Desconecté por completo de mis circunstancias y saboreé el amargo sabor del canuto que tenía entre mis manos mientras el olor a mojado y humedad también se metía en mis pulmones formando una curiosa mezcla de sensaciones.

Rafa me llamó, pero no quise contestar, estaba demasiado diferente y él se iba a dar cuenta rápidamente, lo cual me podría causar un lío. Pensé que nuestra relación me podría causar líos, yo había estado fumando hierba con él, también me había saltado muchas clases por estar con él y había mentido bastante. También pensé que si yo estaba esperando a Kiko no necesitaba perder tiempo con otra persona, y que con el lío que se me avecinaba era mejor que no tuviera a nadie en mi vida. No quería que Rafa supiera nada y si se quedaba iba a acabar averiguándolo. En no más de quince minutos decidí dejarle. Qué decisión tan precipitada. Tal vez fueron las drogas, la lluvia, el miedo, la incertidumbre o simplemente mi instinto de supervivencia, pero pasé de amarle a sentirme indiferente en menos de un día. Por la mañana habíamos estado tan bien que parecía imposible que yo cambiase tan rápido de opinión, pero en aquel momento pensé que necesitaba dejarle para quitarme una carga y dedicarme exclusivamente a intentar salvarme la piel. Sin pensarlo más veces ni meditarlo apenas, le escribí un mensaje: «Lo nuestro no funciona, te dejo, te quiero y adiós». Le di a enviar rápidamente sin leerlo. En un segundo mensaje tuve que rectificar mi error,

porque claro, no puedes dejar a alguien y decirle te quiero. Escribí: «lo de te quiero es como amigos»; para aclarar mi mensaje y que no hubiera malentendidos, después apagué el móvil porque no me interesaba su respuesta ni quería que me llamase para hacerme cambiar de opinión.

Dejé que pasara un rato más y cuando dejó de llover, salí de mi escondite y cogí el autobús para ir a casa, en una de las paradas se subió Marta completamente empapada y con cara de cansancio por haber estado todo ese rato corriendo por el campo como una niña de la selva. Al menos se le había pasado el subidón. Ella se sentó a mi lado e intentó sacar una conversación casual, pero yo la ignoré, no me apetecía hablar con ella. Como vio que no estaba haciéndole caso, me dio un empujón en medio del autobús que casi me tira al suelo, pero conseguí mantener el equilibrio. Quise iniciar una pelea, pero pensé que no era el lugar adecuado y contuve mis ganas mientras volví a ignorarla, me estaba dando muchos problemas y yo no quería cuidar de ella; me distraje mirando el paisaje y ella tampoco volvió a dirigirse a mí. Intenté no pensar en los problemas con la pillada y tampoco en Rafa. Quise centrar mi mente en buscar soluciones, pero el efecto del porro que me había fumado en el colegio no me dejaba concentrarme. El trayecto se me hizo eterno y recé para que todo lo que Clara había dicho hubiera salido bien y en casa estuviese todo normal. Y así fue. No había nada raro, excepto yo, yo era la rara, la actriz secundaria que tenía que encarnar el papel de hija perfecta con la conciencia de saber que en pocos días todo cambiaría.

Por la noche, Marta entró a mi habitación mientras dormía y se metió en mi cama. Estaba bastante sensible. Había estado pensando en Rafa y en que aún no quería encender el móvil, quería ser firme en mi decisión, aunque según se diluía el efecto de la hierba me iba dando cuenta de que había sido una decisión estúpida. Había estado mucho tiempo perdida en sus abrazos y tenía miedo de perder el poco control de mi vida sin él, me daba un poco de miedo perder esa estabilidad y esa constante y tener que empezar de cero sin saber dónde acabaría. Pero no había vuelta atrás, y si la había yo no quise volver, aunque me arrepentí, claro. Cuando Marta apareció en escena intenté ocultar mi sensibilidad y aparenté ser alguien con conocimiento de la vida y control. Solté una pequeña charla sobre los efectos de chivarse y la ética personal entre hermanas. También dije que estaba mal tomar cocaína en el colegio, pero esa frase dicha por mí sonó tan hipócrita y poco convincente que no pudimos evitar reírnos. Ella me dijo que lo sentía pero que no lo había hecho

conscientemente, como a fin de cuentas yo era la que la había metido en las drogas decidí perdonarla.

—¿Qué haremos si nos pillan? —Preguntó.

—No lo sé, pero estoy dispuesta a cargar con la culpa.

En realidad, no estaba dispuesta a ello, pero quería tenerla relajada y contenta. La vi tan segura de sí misma y tan joven que pensé que sería genial que ella pagase por todo y yo me librara. Decidí trazar un plan para eso, aunque aquel no era el momento para hacerlo.

Seguí fingiendo ser una buena hermana responsable y aunque había dicho que no sabía qué íbamos a hacer, afirmé que había una cosa segura, íbamos a tener que dejar de drogarnos hasta que el asunto se aclarase. Ella dijo que sería difícil pero que lo intentaríamos mucho. Y vaya si tenía razón porque si que iba a ser muy difícil, entre tanto desconcierto, preocupación y cambio, yo solo quería seguir fumando, pero como estaba en casa tuve que aguantarme. Ella se quedó dormida en mi cama, pero yo no pude pegar ojo en toda la noche, tampoco encendí el móvil porque seguía sin querer saber la respuesta de Rafa. Tampoco quería saber de Clara por si me daba una mala noticia. Quería dejar de existir, abandonar mi cuerpo y aparecer en el cuerpo de otra persona que fuera desconocida, adulta y libre. Se me hizo de día mientras fantaseaba con almas que saltaban de un cuerpo a otro, pero mi alma era demasiado malvada y cobarde como para mantener la distracción mucho tiempo. Al final me pudo la presión y acabé encendiendo el móvil, tenía cuatro mensajes. Uno era de Clara: «todo bien, te has librado por ahora». Ese me tranquilizó. El segundo era de Laia: decía «eres una cobarde espero que te pillen, estoy enfadada pero no te he delatado». Ese me relajó. El tercero era de Amy: «a mí tampoco me han pillado por ahora, tenemos que planear excusas». Ese me dio seguridad. El cuarto era de Rafa, pero lo borré sin leerlo. También tenía un par de llamadas tuyas, pero las borré. «Te quiero y adiós significa que ya no me escribas más», escribí, pero antes de darle a enviar me dormí mientras los primeros rayos de luz entraban por mi ventana anunciando el nuevo día, no sabía si iba a ser el día en el que me pillasen así que intenté ir bien descansada y dejé que el sueño me llevase hasta algún lugar de mi mente donde no existieran los problemas.

Susurró desde el fondo del pasillo, a unos pocos metros de mí. Susurró sin

vuelta a atrás. Clavó su mirada en la mía y empezó a fabricar gestos que llamasen mi atención. Mi cabeza vagaba perdida entre eléctricos pensamientos tan fugaces como intensos, oscuros, exagerados, efímeros... Susurró más fuerte. Su voz atravesó el desértico espacio entre su boca y mis oídos, espacio ocupado por nada más que unos bancos de interior, unos diplomas enmarcados, una planta y una silla donde Marta dormitaba. Su voz se perdió entre la escasez de mobiliario y la decoración mínima.

Mi cabeza se hundió en mis rodillas. Mi corazón latía más fuerte, como un gigante empujando mi caja torácica para escapar de su prisión de huesos. Podía escuchar perfectamente el latido de mi corazón en mi interior, los ruidos de mi estómago, mi respiración desacompasada, mi constante deglución de saliva. Todo ello formaba la conocida orquesta de percusión de mis nervios. Nervios y miedo. Susurró una vez más. Yo solo escuché el tic tac de mi reloj de pulsera, ahora pegado a mi oído. Sentía como una mano invisible me oprimía fuertemente la garganta, la tráquea, me hundía el esternón, me retorció las costillas. Sentía como mi gigante corazón se empujaba para fuera. Y yo en medio, aplastada entre dos fuerzas invisibles, sorda de elección propia, nerviosa y ansiosa, humana. Libre. Aún era libre.

Se arrastró desganada por el suelo hasta recortar la distancia que nos separaba, me golpeo levemente los hombros, me acarició la cabeza. «Dios, sácame de aquí» pensaba yo, con mi cabeza resguardada entre mis extremidades, deseando ser avestruz para hundirla en el barrio y poder pedirle a gusto a este planeta el ya tan conocido: tierra, trágame. Susurró mi nombre con su acento distintivo, el que solo pone cuando está triste o enfadada. Ante mi falta de respuesta, que no es que no la oyera, sino que por voluntad propia estaba haciéndome la sorda en un intento vano de desvanecerme allí en medio de la nada, me pellizcó el brazo fuertemente y me hizo sobresaltarme y salir de mi burbuja de protección.

Clara: «Haz el favor de ver si tu hermana está bien. Está muy rara en esa silla».

Está dormitando, ausente, fuera de la onda terrestre gravitacional que nos aprisiona, relajada, ajena, desconectada, desinteresada. En su cabeza están colisionando muchas galaxias, la cocaína es implacable en la cabeza de una niña de catorce años. No tiene ni idea de lo que está pasando, no sabe qué ha hecho, si lo supiera no estaría así; créeme la conozco, no estaría así. Y mira te lo digo así de claro, se lo merece; nos ha traicionado. Se ha chivado

de la existencia del chiringuito y ha dicho que yo la he obligado a drogarse. Ojalá y la resaca que tenga la destroce por dentro, por no saber drogarse, por drogarse hasta el punto de no saber lo que dice y delatarme. A mí. A la que manda en su vida.

«Está colocada, es imbécil».

Clara: «¿Para qué la obligas a meterse cocaína? Solo nos ha dado problemas desde entonces»

No lo entiendes. Era necesario, era la única manera de tenerla controlada y callada, si ella no se sentía parte de esto no iba a tener problemas en delatarme en algún arrebató impulsivo que tuviese. No la conoces, cuando se enfada, todo vuela por los aires y no se controla. Teniéndola dentro se juega su propia piel si me delata, pues ella es mi semejante en cuanto a drogas y no por ser aprendiz es libre de pecado. Así se ha mantenido callada, cauta, responsable y ha cuidado nuestro material. Entiende, por favor, que esto me ha causado una satisfacción inmensurable, un orgasmo de poder. Es muy pequeña para entender por qué hacemos esto, no podía dejarla elegir porque su elección tal vez hubiera ido en contra de mis intereses. Entiende que si hacemos esto tenemos que cuidarnos las espaldas, pasar cocaína no es solo ganar dinero y respeto, divertirnos y hacer fiestas; también tiene su parte mala. Esa parte en la que tienes que ejercer un control que no quieres y tomar medidas que no debes, tienes que vivir con eso. Y te digo más: yo sí quiero, yo sí debo. Pero ella no sabe obedecer. Todo esto es por su culpa y necesita más disciplina de mi parte.

«Nos ha metido en un buen lío»

Clara: «Vete. Agárrala y vete. Marchaos. Si no os ven, no saben quiénes sois, no pueden acusaros. El profesor que nos ha pillado no sabe vuestro nombre, salid rápido de aquí»

Pero Clara, ¿cómo me pides eso? ¿irnos sin más? ¿existe la posibilidad de una salida limpia sin lágrimas ni golpes bajos? ¿de verdad es tan fácil como irme antes de que la jefa de estudios termine de hablar con el profesor y salga a identificarme? Me reconocería enseguida, lo sé. Pero en cambio, si me voy... si me voy seré nadie, nunca habré existido en ese momento, nunca deducirán que fui yo, que fue Marta, que fue la cocaína. Si me voy y no me identifican, nunca habré estado allí. ¿Se puede burlar al destino? dime, nos han descubierto un poco de casualidad y un poco por la bocazas de mi

hermana, pero la casualidad juega un papel más relevante en este suceso mas no me aventuro a confirmar si es este nuestro destino o solo un evento sin importancia. Dime, si me voy ahora, ¿me pillarán más tarde? ¿tendrá repercusiones? A lo mejor si me dejo cazar ahora el castigo es menor, verás, me da mucho miedo que me pillen y lo que puedan hacerme, pero no quiero vivir presionada pensando que cada día puede ser el último que logre esconder este problema. Tal vez estaba escrito que aquí y ahora tienen que pillarme. Tal vez esto es bueno, si me pillan ahora me sacan de la droga fijo, antes de que vaya a más. Tal vez, y solo tal vez, este es el momento que mi vida ha dispuesto para que yo tenga una segunda oportunidad, si me dejo llevar por las circunstancias podría estar a tiempo de librarme de las drogas. No lo tengo claro. No quiero dejarlas. Tal vez, y solo tal vez, esto es solo un aviso para ser más cuidadosas con la cocaína. Si me voy... si nos vamos, ¿quién nos garantiza anonimato? ¿estaremos seguras? ¿se puede despistar a la autoridad de por vida? el delincuente siempre va por delante, ¿quién se queda atrás?

«¿Y tú qué?»

Clara: «Yo me quedo y asumo la culpa y digo que no os conozco y no tenéis nada que ver. No me van a sacar vuestros nombres ni con hierro ardiente. Te lo debo, Jandri, por haberte metido en esto, haberte obligado y arrastrarte por este infierno de problemas en espiral. Marchaos las dos y yo me arreglaré con ellos, esta es mi forma de pagarte»

¿Dejarte atrás? No podría, amiga. Hace mucho que te he perdonado por eso que me hiciste, es verdad que me has hecho adicta a una sustancia que yo no necesitaba en mi vida, pero me has ayudado a conseguir respeto, popularidad, dinero, fiestas, chicos. Y no solo eso. Me has regalado buenos momentos, una comprensión y un compañerismo de élite, una empatía tan intensa que es desgarradora; amor. Me has dado mucho amor y me has enseñado a ver la vida de diferente manera. Clara, tú y tu vida me importáis millones, yo soy yo porque tú eres mi amiga, una amiga diferente, irremplazable, fiel, generosa. Eres generosa... no te lo mereces, no te mereces que vaya a hacer esto que voy a hacer. Lo siento, pero voy a aceptar tu oferta, estoy dejándote tirada para salvarme la piel, estoy siendo lo que nunca he querido ser. Estoy fallando a una amiga. Estoy siendo más Alejandra que nunca, aquí me ves, me voy a salvar y voy a seguir drogándome. Hace unos segundos pensaba que esta podía ser una

oportunidad de la vida para dejar las drogas permitiéndome ser cazada; pero con tu ofrecimiento... me has regalado la posibilidad de poder seguir haciéndolo. Estás sacrificándote por una persona que seguirá siendo irresponsable. Ojalá no te hubieras ofrecido a esto, pero gracias, gracias porque yo lo acepto y me voy. Y el único motivo por el cual me llevo a Marta es porque estamos demasiado vinculadas, por mí que la pillen y la castiguen de por vida, la voy a salvar por salvarme a mí, mira como controlo. Tengo el control. Tengo el poder. Yo controlo las piezas del tablero y me parece bien que caigas tú, Clara.

«Vale... pues me voy»

LA SUSTANCIA DE LA NOCHE ES EL RESIDUO DEL DÍA

CAPÍTULO 15: CUATRO DÍAS

Quedaban cuatro días para que terminase el colegio y nos diesen las vacaciones, cuatro días para despedirme de todo hasta septiembre y desconectar. Cuatro días en los que me podían pillar o no, cualquier día podía ser el día en el que mi nombre saliese a la luz, cualquier momento podía ser el último momento de libertad. Tenía exactamente cuatro días para hacer todo lo posible por evitar ser descubierta e intentar pasar inadvertida, si lo conseguía, disfrutaría de un verano sin preocupaciones, si no lo conseguía... no quería ni imaginar que podría pasarme. Me puse en plan disfruta el momento, porque no sabes si va a ser el último, y aunque había impuesto una política de no consumo de drogas, nada más despertarme aquel día me encendí un canuto de hachís para desayunar. Relajante y vital para empezar un día duro. Si sabes que te espera un día en el que posiblemente puedas acabar hundido, es mejor que lo empieces subiendo a las nubes, así puede que la caída duela menos, aunque sea mayor.

Cuando llegué al colegio, lo primero que hice fue buscar a Clara para que me contase cómo la había ido con el director. Tenía que ser cuidadosa de que no

me vieran mucho con ella y tampoco quería encontrarme a Rafa así que fui hasta las habitaciones por la zona de los pequeños, con la mala suerte de cruzarme con algunos ex clientes, aunque al menos no me dijeron nada. Entré en la habitación de Clara y la miré con preocupación; estaba haciendo la maleta y guardando sus cosas, pensé que la habían expulsado por mi culpa y me empecé a poner nerviosa. Me dijo que no había sido expulsada, pero que para cuatro días de clase que quedaban prefería irse a su casa para que nadie la molestase. Pregunté qué más había pasado, pero no quiso decir mucho, comentó que la habían presionado bastante para que delatase a la demás gente implicada sin éxito pues ella se había mantenido callada. Me miró y dijo que tal vez me pillaban si investigaban pero que ella había dejado muy claro que la droga era suya y de nadie más, también dijo que no había contado nada del Chiringuito y que consiguió hacerles creer que era droga para celebrar el fin de curso y que nunca antes había tenido nada que ver con dichas sustancias. Quise saber qué había pasado con Laia y me dijo que la habían dejado irse sin más al entender que no tenía nada que ver con el asunto. Pregunté por las consecuencias, dijo que habían llamado a sus padres y que amenazaron con llamar a la policía, pero no querían desprestigiar el nivel del colegio así que lo habían dejado en manos de su familia. Que como solo quedaban cuatro días, en septiembre hablarían de más consecuencias. Pregunté por la reacción de sus padres, pero hizo un gesto despreocupado y cambió de tema, sus padres son de Jamaica, así que tal vez están más que acostumbrados al ambiente. No sé por qué no quiso contarme nada.

Después de hablar un rato más con ella y estar completamente segura de que no me había delatado, me sentí mucho más relajada y animada. Pasé el resto de la mañana hablando con las demás amigas, excepto con Laia que no me quiso ni mirar. Tenía que arreglar las cosas con ella, pero ahora no era el momento porque podría ser que la enfadase más y me delatase, o que tuviéramos una pelea fuerte y yo acabase drogándome sin control. Le mandé una nota en medio de clase donde me disculpé con ella, pero no me contestó nada así que lo dejé estar un tiempo. Me sentía en medio de una isla entre la culpabilidad y la redención, aún no me habían pillado del todo, pero tampoco estaba libre de sospecha, así que me encontraba algo desubicada entre todo y tratando de mantener la calma para aparentar normalidad. Busqué a Amy para ver si la habían pillado pero aquel día no había ido al colegio, era una solución bastante buena, si no estás no te pueden pillar, pero también es bueno estar para enterarte lo antes posible de si te han pillado. La llamé y me

contestó con voz resacosa, que no había querido ir por miedo a que la identificasen y que como solo quedaban cuatro días de clase, no vendría más. Me aconsejó que hiciera lo mismo, pero creo que huir es quedar en evidencia, así que yo me quedé allí para fingir que no pasaba nada extraordinario.

A media tarde, Angela vino a hablar conmigo muy cabreada y exasperada, supongo que ya se había enterado de la pillada y temía por su implicación. Ella tenía muchas papeletas de ser descubierta también porque había estado pasando droga dos cursos enteros y nada podía borrar el pasado, ni siquiera su estado zen de larga duración ni sus buenas acciones. Tuvimos una pelea fuerte en la que me recriminó que me había avisado de que esto pasaría y después lanzó una amenaza hiriente en la que dejó claro que como ella tuviese que pagar nuestros errores, nuestra amistad acabaría para siempre. No me dejó decir nada, dio media vuelta y desapareció por los pasillos. Yo quería decir que la pillada había sido fortuita, pura casualidad, pero no me dio opción a defenderme. Yo tampoco me sentí mal, no había cometido ningún error, había sido culpa de Marta y del profesor por estar allí. Al final del día, antes de irnos a casa, el director vino a clase y se llevó a Angela. Yo me temí lo peor, la investigación seguía adelante y yo podía ser la próxima en caer. También sentí un nudo en la garganta por Angela, es cierto que ella no merecía pagar por esto, pero tampoco consideraba que fuera mi culpa que la pillasen. También tuve miedo por nuestra amistad, yo no quería perderla y ahora tenía un lío más que resolver: conseguir su perdón. Casi me pongo a llorar en medio de clase por los nervios y la preocupación, pero contuve las lágrimas y me mantuve tensa hasta que el sonido de la alarma que indicaba el fin de las clases me devolvió la libertad. Estuve bastante rato esperándola en la salida, recé para que la llamada del director hubiera sido casualidad o motivada por otro asunto, pero nunca la vi salir, en cambio vi llegar a sus padres en su característico Lamborghini italiano, no necesité más indicios para deducir que la habían pillado. El resto del día lo pasé en la zona deportiva metiéndome cocaína a solas para calmar los nervios y después me fui a casa. No hablé con mi familia ni me senté con ellos a cenar, me metí en la cama directamente y estuve llorando toda la noche, por los nervios, por la preocupación, por Angela, por miedo, por Rafa, por amor, por la amistad, por mí, por las drogas.

El segundo día no tuve fuerzas para ir a clase, estaba llena de pánico, le hice

creer a mi madre que estaba algo enferma y como me vio con el bajón de la cocaína causándome una palidez enfermiza, pensó que tal vez tendría jaqueca o algo parecido y me dejó quedarme en casa. Estuve toda la mañana mensajeándome con Clara sobre lo que había pasado el día anterior, me decía que ella no podía hacer nada más, que había hecho lo posible por ocultarlo todo pero que era difícil ocultar una cosa que había tenido tanto alcance. Le pregunté si había sabido algo de Angela y dijo que no. La llamé yo misma y no me contestó, la envié mensajes, pero tampoco obtuve respuesta. O estaba increíblemente enfadada o sus padres mafiosos la habían matado por avergonzar a la familia, probablemente la primera, aunque con ella nunca se podía descartar nada. También me puse en contacto con Amy, parecía una teleoperadora de los servicios secretos, hablando en clave y comprobando todo el rato la situación. Al menos pasé la mañana entretenida entre tanto llama cuelga para saber el estado de todo. No tuve ninguna noticia mala, pensé que tal vez con la caída de Angela habían dado por finalizada la investigación, pero tampoco podía entender como la habían pillado o quién se había chivado y eso me ponía demasiado tensa y nerviosa como para mantenerme sana, así que fingiendo que iba a dar un paseo para despejarme me fui al descampado a fumar algunos gramos de hierba, el néctar de la relajación.

Volví a casa a las cuatro sintiéndome una persona nueva y me encerré rápidamente en la habitación para evitar que mi madre me viese en ese estado. Me quedé dormida por el efecto tranquilizante y porque quería matar el tiempo como fuera y que las horas pasasen más rápido. Cuando desperté ya eran casi las siete de la tarde, había dormido mucho rato y tenía un gran dolor de cabeza fruto de los porros, como siempre. Mi móvil estaba repleto de llamadas y mensajes de Rafa que no quise leer y que borré inmediatamente, tenía la esperanza de ver algún mensaje de Angela, pero solo tenía un par de llamadas de Amy y un mensaje preguntando cómo estaba e informando de que por el colegio todo estaba tranquilo. Como era tarde, supuse que las oficinas ya estarían cerradas y que ya no había posibilidad de ser pillada ese día así que salí al jardín con mis hermanas a hablar tranquilamente de planes para las vacaciones o de cotilleos de sus novios. Después llamé a Clara, pero estaba triste porque la habían castigado todo el verano sin salir, así que no tenía muchas ganas de hablar. En parte me enfadé egoístamente pensando que sin ella me costaría mucho conseguir droga, pero tampoco sabía si yo iba a tener verano. Antes de que el día acabase, chateé

un poco con Kiko, no quise contarle nada del lío del Chiringuito, pero le dije que Rafa y yo lo habíamos dejado. Me contestó que ya hablaríamos de nosotros cuando volviera en julio. Actuó románticamente como si hubiese pretendido estar conmigo o querer ser mi novio, pero al final de la conversación dijo que tal vez sería positivo esperar un año o dos más. A mí me dio igual porque prefería estar drogándome a estar con él.

El tercer día cayó Amy. Llegué al colegio bastante tarde porque me había entretenido en la parada del autobús a cotillearle a Rocío su vida y habíamos dejado pasar dos buses por puro empanamiento y desconexión con el resto del mundo. A pesar de que me hizo llegar tarde, agradecí esos momentos con Rocío porque me hicieron desconectar y sentirme más positiva. Quedaban menos de 48 horas para el fin del colegio y, por lo tanto, menos de 48 horas para saber si me pillaban o no. Cuando llegué a clase todo parecía estar normal, aunque faltaban Clara y Angela, quise ponerme positiva, pero me fijé en Amy llorando en su mesa con la cabeza entre las manos. Laia me dijo que la habían pillado y que sus padres estaban viniendo. Me dijo que seguramente yo sería la próxima. Me acerqué a Amy para consolarla y para intentar enterarme de cómo la habían pillado. Entre sollozos me dijo que unos pequeños habían contado todo y poco a poco nos iban identificando. Empecé a temblar, de nuevo, por el miedo. Se evaporaron todas mis esperanzas, sentí que no tenía escapatoria, que iban a tardar muy poco en descubrirme y tendría que decir adiós a todo. Casi que hubiera preferido que mis padres fueran mafiosos como los de Angela así al menos sabría con certeza lo que me esperaba. Salí de clase antes de que viniera el profesor y fui a buscar a Marta para ver si a ella la habían pillado. Cuando la encontré estaba normal e igual que siempre así que no quise agobiarla con las malas noticias, de todos modos, me habían dicho que estaban investigando a todo bachillerato y ella estaba en segundo de la ESO, no corría peligro por ahora.

No quería estar en clase, pero tampoco quería irme a casa. Quería permanecer en el colegio para estar atenta a todo lo que pudiera pasar, pero no tenía ganas de aguantar clases absurdas que no servían para nada porque las notas ya estaban puestas. Vi a los padres de Amy entrar al colegio con cara de estar ocupados y de tener pocas ganas de estar allí. Me dio un arrebató de ansiedad y fui a fumar porros a la zona deportiva, después fui a la habitación de Rafa. No sé por qué, supongo que porque estaba fumada y necesitaba estar con alguien. No dejé que me hablara ni que me preguntase

nada, le besé directamente de una manera impulsiva y frenética. Me dijo que tenía que irse a clase y le pedí que se saltase un par de horas conmigo, me habló en tono seductor y me dijo que solo si hacíamos cosas interesantes. Yo me quité la camiseta a modo de respuesta y me dejé hacer para pasar el rato, no me lo tiré, claro, pero fueron un par de horas bien aprovechadas que me dejaron satisfecha, y encima con el subidón provocado por los porros. Sensación de inmortalidad entre tanta preocupación. Rafa quiso hablar de lo nuestro, pero yo le callé con un beso y le dije que esto solo había sido una recaída de exs y que no me buscase más. Me fui y le dejé allí confundido replanteándose su visión del mundo y pensando que yo era una completa imbécil. De hecho, lo era.

Cuando volví a la zona de las clases vi a Amy con sus padres y el director, el director parecía agradecerles su tiempo a ellos y les tendió la mano. Sentí como si a pesar de todo hubieran quedado bien, tal vez sus padres hicieron un *donativo* extra para evitar males mayores para su hija. Es algo que se lleva mucho en mi colegio, como era el más pijo del área de Barcelona iban muchos hijos de gente importante y todo se mantenía en secreto a base de donativos extra, que en realidad eran sobornos. También pasaba cuando alguien suspendía mucho y los padres no querían que repitiese curso. Es bastante corrupto y nunca me ha gustado, pero al menos las consecuencias para Amy fueron menores. Realmente parecía que a sus padres no les había importado mucho lo que el director les hubiese dicho, se fueron y dejaron a Amy en clase como si nada. Cuando me acerqué a ella, una vez que estuvo todo despejado, se me puso a llorar y me dijo que seguramente en casa se la liarían muy fuerte. Yo le animé diciéndole que era afortunada, que mi madre se habría puesto a darme golpes en medio de todos y después me hubiera llevado de los pelos a casa. Pregunté por la conversación con el director, pero solo me dijo que les había enseñado la droga de su habitación a sus padres y testimonios de chicos pequeños diciendo que ella era una de las que vendía. No me pudo decir si yo estaba bajo sospecha o no. La tensión continuaría. Al menos ya quedaba poco para terminar el día.

También me salté las clases de la tarde y estuve en mi habitación recogiendo las pocas cosas que quedaban, no pensaba ir a clase al día siguiente. Pensaba quedarme en casa y desconectar todos los teléfonos, así nadie llamaría. Terminé de recoger y empacar los últimos objetos y dejé la habitación completamente vacía y limpia, aunque le había dado una buena limpieza la

semana anterior cuando eliminamos cualquier rastro del Chiringuito volví a limpiar por si quedaba algún miligramo insignificante de droga que pudiera ser detectable. Cuando acabó, fui al despacho de uno de los profesores arriesgándome a conocer mi estado de investigación y le pedí que me diera las notas en un sobre cerrado para mis padres. Le dije que probablemente no podría venir al día siguiente por cosas de médicos, me inventé una excusa y fabriqué una gran sonrisa que pareciera convincente, el profesor me dijo que no pasaba nada, que el último día nunca se hacía nada interesante. Actuó normal y me dio el sobre con mis notas y me felicitó por el sobresaliente de media que había obtenido. Me deseó un feliz verano y yo me fui. Le dije a Marta que hiciera lo mismo que yo y me hizo caso, pero en su situación era diferente porque había suspendido básicamente todas por ir de rebelde, así que la iba a tocar venir a clases extras. Qué desgracia para mí, ya que ella siempre corre el riesgo de liarla y meterte en problemas. Claudia también lo hizo, porque no quería ser la rara de la familia y pensaba que este año se hacían así las cosas. Marta y yo la dejamos atrás intentando enterarse del asunto y nos fuimos juntas a casa mientras comentábamos las pilladas. Antes de entrar en casa nos metimos un poco de cocaína y después nos metimos en nuestra piscina a disfrutar del efecto. Nuestros padres no estaban y Claudia estaba con su novio, así que nos permitimos hacer más tonterías de lo normal. Por la noche dormí como un bebé pensando que lo tendría todo controlado.

Llegó el cuarto día y oficialmente quedaban menos de doce horas para que cerrasen las oficinas del colegio. Siendo el último día probablemente los oficinistas y directores estarían ocupados dando las notas, despidiendo a los alumnos y haciéndole la pelota a las madres, también recibiendo algún soborno para que algún adolescente no repitiera curso. Yo le di las notas a mis padres por la mañana, el día anterior no había querido dárselas para que no notasen el efecto de la cocaína mientras hablábamos. Me abrazaron y me felicitaron, me dijeron que en unos años sería una doctora excelente. Después leyeron las notas de Claudia y aunque solo mostraban sobresalientes la regañaron por pasar de todo. Después leyeron las notas de Marta y entraron en cólera porque, aparte de suspensos, tenía muchos avisos de que se portaba mal y muchas faltas de asistencia. Le dieron bastantes bofetadas, gritaron hasta que se quedaron sin voz y la mandaron a reflexionar sobre su futuro. Yo me alegré de que estuvieran centrados en ella y aproveché para desconectar todos los teléfonos de casa. Me preocupé bastante porque mi

madre dijo que iría a hablar con el director sobre el comportamiento de Marta, que la liaba mucho, yo no quería que eso pasase bajo ninguna circunstancia. Si el nombre de Marta se comentaba mucho por los despachos, el profesor cotilla recordaría su cara y relacionaría el incidente de cuando nos pilló, después saltarían las alarmas y me pillarían. Intenté convencer a mi madre de que Marta estaba en esa edad de liarla, que no molestase a los profesores el último día y que se iban a desatender. Me dijo que me metiera en mis asuntos. Mi padre dijo que yo tenía razón, que se iban a desatender y que además nadie tenía que saber que Marta es un animal silvestre sin domesticar. Conseguí que no fueran al colegio. Pasé el resto de la mañana y del mediodía paseando por casa controlando los correos y los teléfonos.

Quedaban cuatro horas para que las oficinas del colegio cerrasen hasta septiembre. Yo me moría de nervios porque la victoria estaba casi al alcance de mis dedos, pero también todo podría desvanecerse con una simple llamada o correo electrónico. Mis padres estuvieron la mayor parte del tiempo echándole más broncas a Marta, castigándola y después se fueron a trabajar. Yo escondí sus móviles para tenerlos controlados y poder rechazar cualquier llamada del colegio. Ellos no se dieron cuenta, pero tampoco llamó nadie. Parecía que no me habían pillado, pero aún no podía confirmarlo. Marta estaba llorando en su habitación y la animé diciéndola que al menos parecía que nos íbamos a librar de lo otro, no la consolé mucho, pero al menos me dio la razón con que teníamos muchas posibilidades de librarnos si no nos habían pillado ya a estas alturas. Llamé a Clara para preguntar cómo le iba, la extrañaba, me contó que sus padres la habían gritado mucho; casi no le dejaban hacer nada y que estaba muy de bajón porque no podía salir y encima tenía mucho mono. También me dijo que se alegraba de que a mí no me hubiesen pillado por ahora. También llamé a Angela, pero no me lo cogió. Llamé a Amy, pero solo lloriqueaba así que le colgué fingiendo que estaba ocupada, en realidad no me importaba mucho ella, tampoco me iba a preocupar en exceso por su situación, me parecía estupendo que ella cargase con la culpa en vez de hacerlo yo. Rafa me escribió un mensaje; tampoco lo quise leer, lo borré y eliminé su número. Ya no tenía que verle hasta septiembre y quería deshacerme de su recuerdo. Podría haber vuelto con él ya que estaba casi convencida de que no me iban a pillar y no tendría el problema de que se enterase, pero no tenía ganas de estar con él.

Por fin llegaron las siete de la tarde sin noticia alguna del colegio ni de mis

padres y yo canté victoria, me puse a saltar de alegría en mi habitación. No me habían pillado. Marta y yo nos abrazamos triunfalmente y entré en un éxtasis eterno de libertad, todo ello sin ir drogada. Liberé todas las tensiones que tenía acumuladas mientras me dejaba caer a la piscina con ropa incluida. Cuando volvieron mis padres les dije que estaba celebrando mis notas, ellos me sonrieron alegres, yo también sonreí, si ellos estaban alegres es que no sabían nada. Se hizo de noche mientras cenaba animadamente con mis padres en el jardín bajo el cielo estrellado de una noche de principio de junio. Claudia se unió a la cena, aunque no habló, pero estaba contenta por el verano que se acercaba. Marta no bajó a cenar y mi padre tuvo que hacerla bajar obligada porque si no cenaba, le daría un bajón de azúcar y ella siempre chantajea a mis padres con no comer, pero con los años han aprendido a meterle la comida a la fuerza en la boca. La vida seguía como siempre y yo era la buena del cuento y la actriz principal que ya no tenía que fingir tanto y podía relajarse. Era el máximo exponente de la suerte de las rubias, las que se libraban de todo, las que no pagaban los desperfectos, las que no cayeron y las que siguieron dispuestas a meterse más y más cocaína porque no había nadie para detenerlas.

RAYAS RECTAS, DESMEDIDAS, PARA ENDEREZAR TU VIDA

CAPÍTULO 16: ENERO EN SAN JUAN

Los días posteriores al final de curso y a la pillada general del Chiringuito fueron bastante tranquilos y pasaron demasiado rápido. Estuve en Irlanda visitando a la familia así que no tuve oportunidad de liarla mucho y me porté bastante bien, eso sí, en Irlanda se vende marihuana legalmente así que no desaproveché la oportunidad de comprar algunos paquetes de cigarrillos de cannabis para fumarlos en la inmensidad de la pradera verde que rodea las tierras de mi familia. Pasé tres días fumando con Marta sentadas a orillas del lago comentando nuestras absurdas vidas, hablando sobre un futuro con ilusión y un verano prometedor, después nos colocábamos y nos tirábamos al lago. Hacíamos muchas tonterías, demasiadas. Nos caíamos al suelo, nos tirábamos al agua con ropa, tirábamos sillas al agua, sacábamos las barcas a tierra y navegábamos por la hierba... Podrían haber pensado que teníamos siete años, pero era imposible cruzarnos con alguien de la familia. Las instalaciones son tremendamente grandes ni, aunque nos hubiesen buscado nos hubieran encontrado drogadas. El resto de los días no quisimos hacer muchas tonterías y estuvimos tranquilas con la familia, si acaso fumábamos

de noche antes de ir a dormir, pero sin causar problemas con el resto de los primos. Cuando me quise dar cuenta tocó volver a casa, haciendo una parada de un día en París, y me despedí de mi segunda casa con una sonrisa agrisulce: agria porque me daba pena dejar a mi familia y a la marihuana legal atrás, dulce porque sabía que empezaba lo bueno y la vida me debía un buen verano.

Llegué a Barcelona el 22 de junio, solo un día antes de San Juan, el día mágico por tradición. No tenía nadie especial con quien pasarlo porque estaba soltera, así que me iba a tocar pasarlo entre amigos y su botellón correspondiente. Con quienes más me interesaba festejar eran Clara y Amy, por razones evidentes, pero ambas me habían dicho que no iban a salir en todo el verano por problemas con sus respectivas familias. Intenté ir a ver a Clara el mismo día que llegué, pero su madre me abrió la puerta y dijo que no la iba a dejar recibir visitas, me dio rabia porque tenía muchas ganas de verla, pero tuve que conformarme tirándole piedras a la ventana como un adolescente enamorado para que se asomara para hablar. Tampoco tuvimos mucha conversación, solo la tiré un paquete de tabaco para que al menos tuviera algo con lo que entretenerse, después me fui a intentarlo con Amy. Ella ni siquiera estaba en casa, tenía todo cerrado y apagado así que supuse que habría ido a Estados Unidos. Solo me quedaba la opción de ir con Paula, Laia y Rocío, ni tan solo Nuria, que estaba con su bebé en casa y no tenía ganas de salir. Laia seguía enfadada conmigo por lo que había pasado el día de la pillada, por todas las mentiras y engaños y me dijo que no tenía muchas ganas de pasar el día festivo al lado de una mala amiga, que si quería su perdón me tenía que mantener alejada, Paula me dijo lo mismo y eso que ni había estado presente aquel día. Pasé de ellas totalmente y le propuse a Rocío hacer algo legendario juntas. Rocío es la que más se deja arrastrar a cosas malas así que le pareció estupenda mi idea de liarla parda. En realidad, yo no quería liarla, yo quería drogarme, pero la droga está en ese tipo de ambientes así que necesitaba que alguien viniese conmigo a alguno de esos sitios donde la lían y se pasan mucho en las celebraciones.

Rocío dijo que traería a dos conocidos suyos para pasar la noche con ellos y liarnos una con cada uno, a mí me pareció bien porque así ella iba a estar entretenida ligando y yo iba a tener vía libre para llenar mi cuerpo de sustancias peligrosas. No iba con la idea de ligar con nadie porque aún estaba con la tontería de pensar en Rafa a veces y cuando no, me ponía en modo

esperar a Kiko. Igualmente, acepté su propuesta y quedé con ella para el día siguiente en su casa. Estaba tan ilusionada que ni me drogué y por la noche me quedé dormida en seguida alegre y con grandes expectativas. A media noche me despertaron los gritos de Marta a mis padres, discutían porque ella quería salir en San Juan y ellos no la dejaban porque aún estaban enfadados por sus notas y su comportamiento, cuando se acabó la discusión se encerró en su cuarto y se metió cocaína. Lo sé porque cuando se hubo colocado, se vino a dormir conmigo. Yo estuve a punto de delatarla en pleno éxtasis para salvarme las espaldas por si acaso me pillaban en el colegio en el próximo curso, mis padres no sospecharían de mí al haber antecedentes en Marta, pero me pareció muy cruel hacerle eso así que solo le dije que si quería dormir conmigo y que la protegiese me tenía que regalar la cocaína que le había sobrado. Parecía uno de esos pandilleros que te cobran por cuidarte el coche, todo el mundo sabe que en realidad te cobran por no romperlo, porque si no pagas te lo rompen o te lo roban. Ella me dio la droga que le había sobrado sin poner queja, le pregunté de dónde la había sacado, pero no me contestó. Lo dejé estar y me guardé la cocaína para disfrutarla el día siguiente

Amanecí completamente helada de frío porque Marta me había quitado las sábanas y mantas para taparse ella, no entendía cómo podía hacer tanto frío en pleno verano. Mientras lo pensaba y me despejaba poco a poco noté el sonido monótono de la lluvia, de esa lluvia que aparece en tus días importantes o cuando sales de la peluquería. Barcelona se despertó con una buena tormenta ese día fruto de una borrasca en el Mediterráneo que encima trajo un aire del norte que puso las temperaturas a menos de 15 grados. Eso en junio es pasar muchísimo frío. Ni pensar en ponerse shorts o vestidos de verano. Me puse de muy mal humor pensando que esto me iba a arruinar completamente la noche porque no tiene mucho sentido hacer hogueras bajo la lluvia ni festejar en la playa cuando hay tormenta. Marta se despertó con mis quejas y dijo que se alegraba por el mal tiempo, porque si ella no podía salir mejor que nadie saliera, yo la ignoré y bajé a desayunar y a encender el ordenador para seguir planeando las cosas con Rocío. Al menos la cena en su casa se mantendría en pie y después ya veríamos lo que hacíamos. El resto de la tarde lo pasé haciendo planes, yendo a comprar algo de alcohol y algunas pizzas y probándome modelitos de invierno que hacía tiempo que no sacaba del armario. La lluvia se mantuvo intermitente durante todo el día, a ratos llovía mucho, a ratos poco, a ratos nada. Cuando salí para casa de Rocío al atardecer el cielo estaba completamente despejado y el optimismo vino a mí

como un imán cargado de energía.

Llegué a casa de Rocío esperando conocer a los dos chicos, pero aún estaba ella sola. Iba con un conjunto de verano, una camiseta negra atada al cuello y una minifalda azul cielo con detalles negros, yo parecía un muñeco de nieve a su lado ya que iba con unos vaqueros negros largos, botas y una camisa rosa de manga larga de las que van ceñidas al cuerpo. Como tenía algo de calor me la desabroché por debajo y la anudé por encima del ombligo dándome un aspecto más veraniego. También me cambié las botas por unos tacones negros de Rocío, esto podría no parecer relevante, pero lo será dentro de poco. Mientras nos maquillábamos vinieron los conocidos de Rocío, uno se llamaba Eric y era rubio y tenía el pelo largo y ojos azules, venía con pantalones de traje, camisa blanca y corbata roja; el otro se llamaba Gustavo y era moreno rapado al uno o al dos con los ojos de color miel y los labios muy gruesos, venía con unos pantalones cortos militares y una camisa blanca de manga corta. Yo es que me enamoré de los dos. Cuando Rocío me pidió que eligiera no quise elegir y fingí que no me gustaba ninguno, pero es que no podía elegir y pensé que lo mejor sería que uno de ellos me escogiese a mí.

No voy a contar mucho de la cena porque no recuerdo casi nada, solo sé que bebimos mucha cerveza y que tuvimos buena conversación. Eric hacía muchas bromas y yo no podía parar de reír, casi parecía colocada sin estarlo realmente, pero es lo que pasa cuando estás pasándolo bien, que cualquier subidón te parece absurdo. Salimos al jardín de Rocío a hacer la hoguera e hicimos el típico ritual de escribir cosas para quemarlas, aunque yo no quise escribir nada porque estaba algo borracha y no quería ponerme en modo sincero y contar mi vida. Simplemente me senté en el césped a ver las llamas avivarse y lanzar chispas y miré las estrellas en el cielo y la neblina causada por las miles de hogueras que estaban ardiendo en toda Cataluña simultáneamente. Es bonito pensar en miles de personas centrando la mente en cosas positivas a la vez, debería ser eso lo que levante un país, pero la resaca del día siguiente siempre hace olvidar los propósitos y las buenas ideas. Yo pensé que podría ser un buen propósito dejar de drogarme, pero diez minutos después me dije a mí misma que lo verdaderamente positivo sería seguir drogándome y disfrutar. Entonces me propuse disfrutar. Y salió mi instinto de mala persona y de depredadora.

Empezó a llover poco después de quemar los deseos y apagamos la hoguera

para dar por finalizada la noche. En la televisión dijeron que se cancelarían los eventos y fiestas en la playa patrocinados por el ayuntamiento, aunque la gente se iba a quedar festejando igual. Rocío dijo que no merecía la pena ir porque no sabíamos que tiempo haría más tarde y cómo nos encontraríamos el ambiente, propuso quedarnos en casa y poner música. Yo dije que igualmente fuéramos a beber cerveza bajo la lluvia y ver amanecer, que San Juan es San Juan y no habría otro hasta el siguiente año. Los chicos dijeron que preferían mi idea así que llamamos a un taxi y fuimos a la Barceloneta. Como había predicho, el ambiente estaba muy cargado de jóvenes bebiendo ya que las familias se habían ido a casa al ver que los eventos patronales se habían cancelado. La lluvia caía fuerte y soplaba un viento helado, no tardamos mucho en estar completamente mojados. Era un frío de los que te provocan dolor en las articulaciones y te ponen la nariz roja, parecía enero. Estuvimos dos horas en un bar de playa bebiendo cócteles bajo una pérgola que nos protegía del agua, pero como no paraba de llover, el ambiente se fue poniendo muy aburrido. Rocío estaba todo el rato quejándose del frío y de que había sido una mala idea venir, de que nos fuéramos a casa o a otro lugar. Qué pesada, pero la verdad es que la gente estaba muy desanimada y yo tenía frío y estaba muy borracha, no me podía desabrochar el nudo de la camisa para volver a ponerla normal y cubrirme la parte abdominal que tenía al aire, me dolían los dedos y el nudo estaba fuerte. Rocío dijo que iba al baño y que la esperásemos allí. Yo fui con ella y aproveché para meterme la cocaína que me había dado Marta. Necesitaba algo de diversión y un empuje extra de energía y ya que el ambiente no me lo daba decidí imponérmelo yo.

También fui muy hija de puta, porque quería los dos chicos para mí y quería que Rocío se fuera porque me estaba amargando la noche con sus quejas. Después de meterme la cocaína salí a toda prisa del baño y les dije a los chicos que Rocío se había ido a casa en taxi y que nos fuéramos nosotros a festejar solos. Me llevé el bolso de Rocío para usar su dinero y su maquillaje, pero no razoné que entonces la estaba dejando a ella sin sus cosas y sin dinero para volver. Ellos aceptaron mi propuesta sin ponerme en duda y nos fuimos corriendo (para resguardarnos de la lluvia) dejando atrás el bar aburrido y a Rocío. Mientras corríamos dirección a otro bar de playa me caí un par de veces, primero por los tacones, segundo por el alcohol y tercero por la cocaína que ya empezaba a subir. Me cabré por no tener mis botas a mano y tiré los tacones al agua, me vi descalza, empapada y en medio de la playa. Debía dar pena. Los chicos se rieron y dijeron que era muy atrevida

por hacer esas cosas, me ayudaron a levantarme en una caída y fui de la mano de los dos hasta una zona solitaria de la playa llena de palmeras que tapaban bien la lluvia. Me dejé caer en la arena como si llevase cuatro horas andando y ellos se sentaron a mi lado, bebimos más cervezas y yo no podía más con tanto alcohol y droga en mi organismo. Dije basta y tiré la botella al mar también, todos nos empezamos a reír como si fuera una broma, pero dentro de mi subidón yo veía magnificadas las olas como un monstruo a punto de tragarme, retrocedí para atrás y me dejé caer de nuevo sobre la arena.

Eric me preguntó que entonces qué íbamos a hacer, yo le dije entre risas que me ayudase a deshacer el nudo de mi camisa y él lo tomó como una invitación a algo más y en vez de ayudarme a colocarme la ropa me empezó a besar el cuello y a desabrocharme el resto de los botones para dejarme todo al aire. Yo me dejé hacer porque llevaba toda la noche queriéndome liar con ellos y hubiera sido muy idiota por mi parte haberme ido en ese momento, tampoco tenía sitio al que ir y estaba demasiado afectada por todo lo ingerido. Eric dejó de besarme el cuello para besarme la boca y cuando llevaba un par de minutos, el otro chico, Gustavo, irrumpió entre nosotros y dijo que él también quería así que también le besé a él un poco inconsciente de lo que estaba haciendo debido a la cocaína, pero también feliz de haberme quedado con los dos sin compartir con Rocío. Estuve bastante rato alternando besos y caricias por todo el cuerpo con los dos y ni me di cuenta de que la lluvia había parado, y ya no sentía ni frío. Gustavo dijo que fuéramos a un hotel, que él lo pagaba, pero yo les dije que prefería la playa, en realidad no prefería nada, pero no quería tener sexo aún y a los hoteles se va a eso así que a pesar de estar en un estado terrible pude mantenerme firme en mis ideas. Ellos parecieron cómodos con la idea de quedarnos en la playa y seguimos haciendo lo mismo un rato más, llegó un momento en el que me quité los pantalones y los mandé lejos y ellos también se quitaron casi todo. Por suerte no había casi nadie ya en la playa porque si nos hubieran pillado así todos habríamos pasado por un momento muy embarazoso, especialmente yo que encima era menor.

El efecto de la droga no se me pasaba, se me fue intensificando mucho más y eso me subió mucho el deseo sexual así que me puse más intensa con los dos dejándome llevar en todo. Tenía la mente completamente en blanco y no pensaba en nada más que en aprovechar el momento, sentía un éxtasis

increíble por mi cuerpo y un frenesí brutal que me impedía tener las manos quietas o hacer las cosas tranquilamente. Ellos debieron pensar que estaba un poco loca porque a ratos me ponía muy frenética y a ratos hacía tonterías y llegó un momento en el que el bajón me llegó de golpe y sin previo aviso y tuve que parar. No recuerdo mucho lo que pasó después de parar en seco sin negociación alguna, me quedé dormida en la playa con una camiseta de uno de ellos y la parte de abajo del bikini (lo había traído en el bolso para bañarme en la playa al amanecer), desperté cuando ya empezaba a salir el sol y me sentí muy desubicada. Eric seguía allí apoyado sobre un árbol bebiendo cerveza, pero Gustavo se había largado y nos había dejado tirados. Yo me levanté como pude y busqué mi ropa, pero Eric me dijo que la había tirado al mar y que no me esforzase en buscarla que ya lo había hecho él sin éxito. Le dije que estaba descalza y que no podía ir a mi casa así. Él me dijo que no hacía falta ir a casa y nos sentamos en la orilla del mar a ver el amanecer completo, me besó varias veces y a mí me pareció escena de película así que le devolví todos los besos, pero no le dejé hacer nada más.

Cuando el sol ya brillaba en lo alto del cielo decidí que era hora de volver a casa, miré mi móvil, que por suerte no había perdido y comprobé que tenía mil llamadas y mensajes de Rocío, cada mensaje sonaba más enfadado que el anterior. El último de ellos decía que no la volviese a hablar más y que dejase su bolso, sus tacones y su dinero en casa de Paula y que ya pasaría a recogerlo. Busqué su bolso, pero tampoco lo encontré, perdí todas sus cosas junto con mi ropa y algunos de mis objetos personales. Lo que no perdí fue la droga, claro que no, había estado pendiente de ella toda la noche, nunca bajo la guardia con eso. Me sentí mal por Rocío, pero tampoco me martiricé mucho ya que le eché la culpa al alcohol y a la cocaína, yo no era tan mala amiga... No quise pensar en ella para no sentirme mal y le pedí a Eric que me llevase a casa en coche. Cuando llegamos allí recé porque estuvieran durmiendo, pero se veía movimiento en el interior de la casa así que creí que mis padres ya estaban despiertos. Obviamente yo no podía entrar así, llamé a Marta para que me tirase ropa por la ventana y lo hizo, me cambié allí mismo delante del chico y le devolví su camiseta. Antes de irse nos metimos en mi garaje y nos liamos un poco más. Después me quedé dormida allí mismo hasta que los gritos de mi madre me despertaron, por suerte el chico ya se había ido. Mi madre me llevó de los pelos hasta el salón y me dio un par de bofetadas para espabilarme, yo puse los ojos como platos y reaccioné poco a poco recordando toda la noche anterior.

Me echaron una bronca terrible por haber llegado con tanta resaca y haberme quedado dormida en el garaje, al menos no notaron que incluso llevaba otra ropa. Yo pedí perdón por mi comportamiento, pero no quisieron saber nada y tampoco soné muy sincera, me mandaron a mi habitación a reflexionar, pero yo me quedé dormida en la cama muerta del cansancio. Desperté a la hora de comer, pero no quise bajar. Todo me daba vueltas, yo no sé si era por la cocaína o por el alcohol, no sentía mi cuerpo y era incapaz de centrar la mente. Apenas me acordaba de la bronca de mis padres y pensé que todo estaba bien, para calmar los efectos de la terrible resaca me tomé el resto de cocaína que me quedaba. Algo tonto y arriesgado, como todo lo que hacía últimamente. Era una dosis muy pequeña, pero me ayudó a entrar en un estado de relajación intenso que calmó mi malestar y mi mareo, volví a sentir que flotaba entre las nubes y que mi vida era perfecta, pero me duró muy poco. Si mis padres hubieran entrado me habrían descubierto al momento, pero estaban tan enfadados que no quisieron verme en todo el día.

Yo volví a encontrarme mal y resacosa cuando se me pasó el efecto de la cocaína que había tomado en casa y busqué con mucha ansia algo más, desordené toda mi habitación buscando algún miligramo perdido, pero obviamente no encontré nada, siempre había sido muy cuidadosa con eso. Entré en un círculo vicioso en el que necesitaba más droga para calmar mi malestar, pero cuanto más droga tomase peor me sentía. Me sentí angustiada y con un mono grandísimo y unas ganas de consumir tremendas, fue una sensación horrible, me dolía todo el cuerpo y mi respiración era muy forzada, no podía permanecer de pie y la cabeza se me iba para los lados. Pregunté a Marta si me podía dar más droga, pero no tenía, la ansiedad me hizo ponerme muy agresiva con ella, la golpeé como reprimenda por no haber tenido más cocaína. Ella me metió a la fuerza en la ducha y me dio un chorro de agua congelada que me dejó completamente exhausta, ella me dejó un rato largo bajo el agua fría para calmar mi ansiedad. Cuando salí de la ducha estaba completamente helada, tiritaba de frío, afuera llovía con mucha intensidad y el cielo estaba completamente gris. Me puse el pijama de invierno y me metí otra vez a dormir intentando no hacer caso al mono. Tomé una infusión de flor de naranja y me acurruqué bajo las mantas con la calefacción encendida para darme calor como si fuera una noche fría de enero. Invernal pero también infernal.

**EL AMOR ES
ETERNO
JUSTO
CUANDO
TERMINA**

CAPÍTULO 17: ESPEJO ROTO

Después de la noche de San Juan mi vida se volvió de nuevo algo confusa, con constantes subidas y bajadas emocionales y cambios bruscos de humor. Me enfadé con todo el mundo: con mis padres por echarme la bronca en San Juan, con Rocío por decir que no sería mi amiga nunca más, con Laia y Paula por rechazar mi compañía, con Angela por desaparecer, con Clara y Amy por no salir, con Kiko por ser indiferente... Me enfadé hasta conmigo misma por no aguantar mi estado de ánimo. Tuve que estar un par de semanas jodida con mono porque me castigaron sin salir por el estado en el que llegué en San Juan, mi plan B para conseguir droga siempre había sido Clara, pero ella tampoco estaba disponible, y mi último recurso, Marta, también estaba castigada sin salir por sus malas notas. En conclusión, no hubo droga en dos semanas y yo me enfadé con todo el mundo: conmigo, con Dios y con todos los espíritus existentes. Estuve todo ese tiempo sin hablar con nadie y haciéndome la invisible, apagué el móvil y eliminé la aplicación de mensajes y centré mis pensamientos en decidir a quién odiaba más.

Como es evidente y como me pasaba siempre, mi primer pensamiento fue el de culpar a los demás de mi mala situación y de mi soledad. Realmente no

me hablaba casi nadie, y los que me hablaban no tenían mi confianza así que no ponía interés en ellos, así que tenía un gran sentimiento de soledad e incompreensión y como yo odio ese tipo de sentimientos me propuse disfrazarlo de odio hacia el mundo y sentirme fuerte por dentro, sentirme correcta y pensar que los demás estaban en mi contra y muy equivocados. No intenté hacer las paces con ninguna amiga enfadada y no me esforcé en intentar saber de Clara, tampoco hice mucho caso a Kiko. Él me llamó varias veces para vernos, pero yo no quería que supiera que todos estaban enfadados conmigo por culpa de las drogas, porque entonces sería como decirle que había roto la promesa que le hice sobre mantenerme limpia; y además le había visto fotos en el Messenger con chicas y eso me había cabreado. Por supuesto yo no pensé que él tenía el mismo derecho y libertad que yo para liarse con quien le diera la gana, yo pensé que lo hacía por molestarme y le bloqueé. También bloqueé a los chicos con los que me había liado en San Juan porque no me apetecía repetir el trío y porque les consideré culpables de la bronca con mis padres. Yo me veía tan inocente y buena persona que mi mente parecía un espejo roto con tanta distorsión.

Cuando las drogas te controlan todo te parece tan bonito o tan exagerado que la realidad está completamente distorsionada. Los buenos se convierten en malos, los malos se convierten en aliados, los débiles en víctimas y los valientes en enemigos. Los lugares cómodos se convierten en aburridos, los peligrosos en interesantes, y los abandonados en atrayentes. Tú mismo te conviertes en una especie de mártir incomprendido que no entiende por qué la gente no puede ver lo buena persona que eres. Al final acabas odiando todo porque todo está al revés, y cuando ves las cosas al revés tus opiniones chocan con las de todo el mundo y piensas que si nadie va a entenderte no tiene sentido hablarles. La droga es como un espejo roto, es una metáfora que se me ocurrió por aquellos días, todo lo que ves es solo un reflejo erróneo de lo que es en realidad, todo es una copia manipulada que se aleja de lo existente y tú te lo crees porque la droga te hace verlo así. Uno puede entrar en un eterno círculo de no diferenciar lo bueno de lo malo o lo verdadero de lo falso, y como todo lo confuso, este sentimiento también desemboca en malestar y mal humor. Pero no pasa solo con lo malo, la droga también es un espejo roto cuando las cosas te van bien, porque el reflejo de la realidad que se proyecta en tu mente es tan exagerado que parece hecho a posta. Y es que verdaderamente está hecho a posta porque es lo que hacen las drogas, crear sentimientos falsos y realidades paralelas a gusto del consumidor. La droga

existe para ti, ella se adapta a ti y te da lo que quieras, pero si te dejas llevar mucho pierdes el control y acaba siendo ella la que te dice qué ver o qué pensar.

Cuando terminó la primera semana de julio mis padres nos devolvieron la libertad a Marta y a mí, pero ella se fue a Malta así que me volví a quedar sin mi aliada principal para conseguir droga, casi que fue mejor para ella pues yo tenía muchos planes perversos en los que la utilizaba para conseguir mis objetivos y eso no hubiera sido bueno para ella. Se fue a Malta limpia y sin necesidad, llevaba tan poco tiempo consumiendo que las cuatro semanas que estuvo castigada le fueron suficientes para recuperarse del todo. Yo en cambio había pasado dos semanas infernales y no veía el momento de poder escaparme a conseguir algo de cocaína. Lo bueno, pero también lo malo de tener tiempo libre es que puedes planear mucho y yo ya tenía varias ideas para conseguir sustancias sin ponerme en una situación peligrosa. Para ser sinceros, mi plan tampoco era una obra maestra de la lógica y la organización, solo le pregunté a algunos ex clientes del colegio a quién le compraban ahora y me puse en contacto con el nuevo camello para comprarle. Quedamos en un parque al medio día y me pasó cocaína y hierba, también me ofreció crac, pero yo lo rechacé sin pensármelo, el crac es la chica fea de la fiesta. Cuando el chico se fue yo me quedé contenta, pero también triste, porque me di cuenta de que no tenía absolutamente ningún sitio al que ir a disfrutar y tampoco tenía nadie con quién colocarme o evento en el que estuviera invitada. Estaba bastante sola. Pero igual me fui a un parque abandonado y me drogué, me metí una dosis pequeña para evitar situaciones como el cumpleaños de Clara cuando mi cuerpo lo rechazó. Aquel día no vi el cielo más azul ni mi vida de color rosa, pero al menos me sentí tranquila y estable. Mi montaña rusa de emociones desapareció.

Pasaron unas semanas más en las que no hice nada destacable salvo quedar con el camello para comprarle más droga y colocarme en el parque. No me quedé en casa encerrada, salí, pero con los que me daban igual y con la única intención de hacer cosas y liarme con chicos. Como mi espejo de realidad estaba roto, pensé que el camello era un tío genial que me entendía y tenía ideas modernas así que le pedí ser novios. Él era un chico de dieciocho años de otro colegio que se había equivocado de camino, como yo, y había acabado enganchado y vendiendo droga por aburrimiento y por tener más contactos en el mundillo. Se llamaba Gerard y sí, ese Gerard, mi

archienemigo. Pero en aquella época no era mala persona, o al menos mí no me lo pareció pues solo vi un chico normal que había caído en la parte oscura de la vida y que no había hecho nada que yo no hubiera hecho, le vi de la misma manera en la que me veía a mí misma. A él también le metieron en la droga sus amigos a la fuerza y después le quisieron desenganchar, y él en represalia les dejó de lado. Le dije que entendía totalmente ese sentimiento, él me dijo que yo estaba buena y empezamos una relación. En mi caso fue por buscar apoyo y hacer algo (y conseguir droga gratis), pero en su caso fue por estar con una guapa y ya.

Acabó julio y con él la primera parte del verano. Seguí sin hablar con mis amigas y pasaba mucho tiempo con Gerard liándonos como dos adolescentes en ebullición o colocándonos como dos adictos en plena fase lunar. No recuerdo mucho de nuestra relación porque siempre estábamos colocados. Por las noches salía con los conocidos que me daban igual o con mi prima Susana, que era amiga de todo el mundo. Intentaba no colocarme por las noches para que ni ella ni mis padres volvieran a pillarme mal y me viniesen los problemas, y tuve suerte porque conseguí tener un buen control sobre mí misma y volví a mandar en mi cuerpo, yo decidía cuándo tomar drogas y cuándo no y eso siempre es un respiro de aire fresco, la ansiedad deja de existir y se agradece. Los primeros días de agosto me sentí contenta porque Nuria Rubia me llamó para decirme que ya había vuelto de vacaciones, y que como su bebé estaba más grande podía dejarlo en casa con el padre y salir conmigo. Con Nuria no me podía drogar, pero sí me podía emborrachar, aunque ella no bebiese por la lactancia sabía que aportaría diversión y aceptación al alcohol. Como era una de las pocas amigas que me hablaban me propuse en serio no portarme mal ni ocasionar su enfado. Pero perdí el control y lo pagué con ella.

Durante la primera quincena de agosto estuve más relajada quedando con ella, Susana y mi hermana Claudia y no le presté tanta atención a las drogas ni a Gerard. Espacié mis tiempos de consumo pensando que tenía el control, intenté hacerlo cada tres o cuatro días y en dosis pequeñas. Eso a Gerard no le gustó, primero porque no conseguía dinero vendiéndome droga, aún no habíamos llegado al punto de la relación donde estuviera dispuesto a regalármela, segundo porque si yo no estaba colocada no pasaba tanto tiempo liándome con él, y tercero porque sin la droga yo perdía interés en él y le ignoraba. Me empezó a agobiar con que no me volviese sana, que en el otro

bando estaban todos los malos, que si yo perdía los hábitos malos él se quedaría solo. Yo le dije que me apetecía estar tranquila y evitar sospechas. Él se lo tomó mal y dijo que entonces no quería ser mi novio y que tampoco me iba a vender más droga, me estresé, le ignoré y me fui a casa, pero cuando llegué allí me puse a llorar como un niño pequeño sin sus caramelos. Yo no le quería ni mucho menos estaba enamorada de él, pero me gustaba tener un chico en mi vida y sentía que él me entendía. Me estresé mucho sintiéndome mala persona y pensando que estaría soltera toda la vida, y que una tan guapa como yo no merecía que un tío la dejase. El estrés me rompió el cristal de la percepción y me volvió a confundir la realidad, pensé que Gerard no se merecía eso de mí y que se iba a quedar solo por mi culpa.

Le pedí volver y quedar por la noche para arreglarlo, di plantón a todas y fui a su casa. Nos drogamos mucho y nos liamos mucho, no me acuerdo de esa noche porque me coloqué salvajemente. Pero sí recuerdo que después de terminar de liarnos me dijo que igual prefería que solo fuéramos rollo y no novios, que yo tampoco merecía tanto la pena. No llevábamos ni un mes, pero a mí me dolieron sus palabras, me sentí utilizada y despreciada. Recuerdo drogarme más para superar el shock momentáneo, llegar a casa de madrugada y ver a Susana y a Nuria. Y acto seguido, ponerme a llorar porque mi novio me había dejado. Mi subidón era tan y tan evidente que Susana se fue de allí sin dirigirme la palabra, Nuria no sabía nada y se quedó. Estaba siendo buena amiga. Me preguntó cosas para saber más de la situación, porque es que no sabía ni que yo tenía novio, obviamente yo no había tenido intención de presentar un novio camello. Yo no era consciente de la situación ni dueña de mis palabras así que le hablé de cocaína, de hachís, de hierba, de adicciones, de mono, de tráfico adolescente de drogas... Ella reaccionó mal y dijo que no se podía creer lo que yo la estaba contando, que iba a hacer todo lo posible para que yo saliera de eso. Se puso borde conmigo y dijo estar enfadada por no haber sabido de la situación antes, se alejó del tema principal que era mi ruptura y yo me enfadé. Me enfadé porque ya se había puesto en mi contra con el tema de las drogas y estaba siendo mala amiga al no respetar mis deseos y al ignorar mi problema sentimental. Pasé de cero a cien, me puse furiosa como un cañón lleno de pólvora, estallé con toda la energía que tenía y la di un puñetazo a mano cerrada con todas mis fuerzas en la cara. Empecé a gritar que era la peor amiga del mundo, que era como todos, que no sé para que me juntaba con gente así, que era del otro bando, que no tenía ni idea de nada... Ella me miró

confusa con el labio lleno de sangre por mi golpe y se puso a llorar. Yo la dejé allí tirada y me metí en casa.

Los siguientes días los pasé llorando sin parar por sentirme humillada por Gerard e incomprendida por todas las personas. Me drogué sin control cuando mis padres se iban a dormir y dejé de ser dueña de mi adicción. El cuerpo me pedía más y más para superar los problemas y yo le di cocaína todas las veces que me pidió. Mi mente parecía una fiera hambrienta y descontrolada y cuando menos control tenía sobre la situación el mono pasó de ser mental a ser físico y doloroso y a mí se me acabó la droga. Nuria no volvió a hablarme en esos días y me bloqueó de todos sitios, Susana tampoco me habló, me volvió a amenazar con chivarse si me volvía a ver así y yo hice lo que hago siempre, prometer y prometer que sería la última vez y que estaría limpia a partir de ese momento. No tuve muchas opciones que estar limpia al menos unos días ya que se me había acabado la droga. Fueron unos días horribles, con mucho dolor físico y temblores constantes, escalofríos que parecían descargas eléctricas, falta de fuerzas hasta para respirar y mucho mareo, del que hacía que mi habitación pareciese un carrusel de feria. Mi madre pensó que había cogido una gripe fuerte, creo que no lo quería ver. Llegué a pensar que debía dejar las drogas de verdad porque no podía estar siempre soportando el mono tan terrible que me causaba dejarlas de golpe y tener problemas. Por unos días vi una realidad más real de la que había visto siempre y pensé que la mala persona era yo, que los problemas eran culpa mía. Y cuando más convencida estaba de salir de aquel hoyo, Marta volvió de Malta con nuevos contactos y con adicción por haberse estado drogando allí y yo pensé que era mi deber ser su aliada en esto y olvidé la idea de limpiarme para siempre, y juntas empezamos a planear nuevos modos de conseguir droga.

¿ADÓNDE VAN
TUS SUSPIROS
CUANDO NO
APUNTAN A MÍ?

CAPÍTULO 18: LAS LOCURAS QUE ME HAS VISTO HACER

Marta volvió de Malta a mediados de agosto con mucho mono y ansiedad, allí había estado fumando mucha hierba con sus amigas y también había consumido cocaína en alguna fiesta. Malta es la versión italiana de Ibiza, allí solo vas a emborracharte o a drogarte, o como mucho a ligar con extranjeros. No sé exactamente qué o quién empujó a Marta a drogarse allí, o si fue iniciativa suya, solo sé que me resultó muy oportuna su vuelta pues yo estaba pasando por uno de mis peores momentos: sin amigas para salir, sin novio, sin apoyo y sin camello de confianza, y necesitaba una cómplice, una compañera de vicios, alguien que guardara mis secretos y protegiese mis intereses. Marta no era ese tipo de persona para mí y no me gustaba compartir tiempo con ella, pero era lo más cercano que tenía a mano y no desaproveché la oportunidad de ofrecirme como acompañante de subidones y custodia de su droga. Su guía espiritual en el camino de la adicción. A ella le encantaba pasar tiempo a mi lado y aprender de todas mis maldades así

que me aceptó encantada y me dio algo de hierba que había conseguido nada más llegar.

Para mí su regalo fue como si me hubiese tocado la lotería ya que desde que había dejado a Gerard no había tenido contacto con ninguna sustancia estimulante y mi ansiedad y mono me habían estado matando. A esas alturas se podría decir que estaba bastante limpia, había estado cerca de diez días sin consumir nada y aunque eso no es nunca suficiente a nivel mental, a nivel físico si me encontraba bastante mejor, los ataques de abstinencia eran cada vez más leves y mi organismo parecía haber tomado el control. Es cierto que había estado planeando la idea de dejar las drogas y conseguir una vida tranquila con amigas que no te dieran la espalda y sobre todo una vida sin tener que volver a sentir los eléctricos escalofríos que provoca el mono, pero cuando Marta me ofreció su hierba para fumar se me nublaron todas las ideas y decidí que no merecía la pena luchar contra ello, que no era momento de dejarlo, que igualmente iba a recaer tarde o temprano; no me quería amargar la última etapa del verano con aspiraciones de persona sana y legal. Fumé todo lo que pude y más, y actuando como una persona sedienta en medio del desierto la pedí más y más, fumé todo lo que pillé por delante, me coloqué todas las veces que tuve intimidad y fui tan persistente que dejé a mi hermana sin nada para ella. Estuve viviendo en una nube de subidones constantes y desconexión de la realidad durante seis días.

Tanta hierba en tan poco tiempo me volvió a distorsionar mi sentido de la responsabilidad y mi visión del mundo justo que parecía no existir para mí. Marta había hecho amigos que podían conseguirnos hierba y no quiso presentármelos, dijo que ella controlaría la situación y que ni en sueños me traería cocaína. A mí me sentó fatal dejarle el mando a ella, pero acepté sus condiciones y empecé a depender de ella, dependía de la droga de que me traía así que traté por todos los medios de intentar que no la liase y se portase muy bien para que bajo ningún concepto la castigasen sin salir. Esto me llevó a tomar algunas medidas fuertes como prohibirla hablar con mis padres (para que no les faltase el respeto y la castigasen) o controlar sus horarios estrictamente para que no se despistase. Tanto la situación como mi actitud la desesperaron muy rápidamente y me mandó bien lejos a la vez que aseguró que ya no me traería más hierba. Estuvo una semana entera sin darme nada y yo me volví loca, por más que la rogué no me dio nada hasta una semana después y haciéndome prometer que no la molestaría en sus negocios.

Claro, eso a mí me sacó de mis casillas porque dependía mucho de ella y no había cosa que me molestase más que dejar que ella estuviese al mando y tomase las decisiones. Tuve que hacer todo lo posible para tenerla controlada bajo mi mando así que como venganza a la par que, como medida desesperada, la hice un porro mezclando la hierba más fuerte que teníamos con algo de flor de naranja (también me servía para experimentar qué efecto tenía cuando te la fumabas). No necesité persuadirla mucho para que se lo fumase, solo le dije que le había hecho un porro light para dormir y ella se lo fumó pensando que se estaba fumando unos pocos miligramos de maría. Nada más lejos de la realidad.

No era la primera vez que le aplicaba este correctivo a alguien, me he acostumbrado a usarlo muchas veces en mi vida para conseguir que los demás hagan lo que yo quiero. Realmente se lo he hecho demasiadas veces a mis seres queridos, especialmente a Marta, de hecho, esa era la tercera vez. Conseguí que ella tuviera un subidón de los más grises, de los que se pasan rápido y te rompen el alma dejándote hecho un desastre lleno de dolores. En medio de su sufrimiento dije que avisaría a mis padres para que la trataran fingí preocupación y enfado y la culpé de no saber controlarse, ella me lloró y me suplicó que no lo hiciera. Realmente no tenía intención de hacerlo, solo quería manejar la situación así que le dije que la protegería si me traía más droga y me cedía el contacto de sus camellos para pedirles cocaína. Ella dijo que sí a mis condiciones y me agradeció de verdad que no la delatase. Yo me sentí victoriosa y le di un par de caladas al porro y me lo llevé fingiendo que me desharía de él, pero en realidad lo guardé para fumármelo al día siguiente.

A estas alturas de la historia ya estábamos en septiembre, desde que Marta había vuelto hasta ahora habían pasado casi tres semanas. Yo no había hecho casi nada interesante, mis amigas no me hablaban así que salí muy poco de fiesta. Pasé tiempo con algunas conocidas en la playa o en Port Aventura. No quiero que nadie piense que mi única y exclusiva actividad era drogarme, hacía más cosas, iba a la piscina, me bronceaba, ligaba con chicos, iba a excursiones familiares... Siempre tenía que fingir normalidad y mantenía mi vida en segundo plano, pero siempre activa, aunque mi mente siempre estuviera centrada en asuntos relacionados con la droga. Ni con esas me sentía muy feliz porque me faltaban mis amigas y un novio a mi lado, pero la hierba me tenía totalmente distraída de los problemas. Desde el día en el que pegué a Nuria mis subidones habían sido muy tranquilos y era solo hierba, no

la lie ninguna vez más y tampoco me sentí muy triste ni desgraciada. Pero eso iba a cambiar pronto porque, una vez más lo digo, yo siempre pierdo el control.

Clara pudo salir de casa el 4 de septiembre, había estado tres meses castigada sin ver la luz del sol ni pisar la calle. Cuando la vi aparecer por mi calle el corazón me volvió a latir contento de alegría. De verdad que para mí siempre es un placer tenerla a mi lado, es un soplo de aire fresco mañanero, te puede cambiar el día en medio segundo, puedes estar triste a morir y cinco minutos después sentirte estupendamente gracias a ella. Estuve toda la tarde contándole mi verano y mis desgracias, le conté todo porque necesitaba soltarlo y ella necesitaba escuchar algo de acción. No pude parar de hablar en horas y cuando por fin me quedé sin historias que contar ella me abrazó y me dijo que todo estaría mejor ahora que ella había vuelto, que me ayudaría a no meterme en líos. Yo tenía droga, pero no quise mencionarlo ni ofrecerle porque no quería que ella rompiera su recuperación el primer día, en parte deseaba su bien, pero también la quería libre y si la daba droga la podían pillar de nuevo, así que intenté mantenerla lejos de la hierba que escondía en mi habitación. Quedaban diez días para que volviésemos al colegio, pero adelantándome a los acontecimientos me atrevo a mencionar que quedaban diez días para que mi vida cambiara radicalmente y yo no lo sabía, porque si lo hubiera sabido no hubiera cometido las tres locuras que estoy a punto de contar.

La primera locura que hice fue un impulso provocado por la cocaína, como muchas otras que había hecho anteriormente. Desde que Marta me había dado el contacto de sus amigos había sido capaz de moverme bien por el mundillo y en pocos días conseguí cocaína. Llevaba casi un mes sin tomarla y aunque el cuerpo no me la pedía yo quise consumirla. Para mí la cocaína es especial porque siempre ha estado para mí en los malos momentos y me ha levantado, y si yo quiero pasar las horas colocada quiero que sea con cocaína y no a base de hierba a todas horas. Mi dependencia con el polvo blanco es puramente emocional, aun cuando supero el frío momento de los golpes fuertes de mono mi mente sigue pidiéndomela. Cuando conseguí la cocaína me puse tan contenta que, sin pensármelo dos veces, ni considerar las circunstancias, decidí consumirla lo antes posible. Lo hice a solas en el Pont de Vallcarca. Es un puente de unos doscientos años construido sobre la autopista que separa la zona montañosa de Barcelona de la zona a nivel del

mar, hay que pasar por él para ir a Bunkers o a cualquier mirador. Yo quería ir a Bunkers, pero me quedé a medio camino y me coloqué en medio del puente mientras me quedaba embobada con las luces de la ciudad y con el ir y venir de los coches.

Vallcarca es uno de mis barrios favoritos porque es bohemio, es solitario, tiene edificios muy antiguos que no son para nada un lujo a la vista pero que combinan muy bien con el ambiente. Es un barrio obrero de clase media baja, nadie quiere vivir en terreno montañoso donde todo son cuevas y pendientes alargadas. Es un sitio especial, hay muchos inmigrantes y muchas culturas, hay graffitis, bares extraños, sitios para fumar, exposiciones de arte abstracto... Es una pequeña Ámsterdam dentro de Barcelona. Además, ahí están casi todos los miradores y cualquier amante de Barcelona adora contemplarla desde las alturas. Yo me sentía tremendamente a gusto estando medio colocada sobre el puente viendo el ritmo de la ciudad y pensando todas esas maravillas sobre este barrio tan particular. No me di cuenta de que Clara había estado llamándome al móvil desesperadamente y cuando quise pensar en qué decirla me la encontré en frente de mí, a dos palmos de mi frente.

Cuando pregunté cómo me había encontrado dijo que Marta la había dicho, yo no recordaba haberle dicho a Marta mi localización, pero como iba colocada no pongo la mano en el fuego, puede que lo haya olvidado. Estuve mucho rato hablando con Clara en lo alto del puente de cosas sin importancia, en un momento determinado la conversación tomó un cauce más serio y ella me pidió cocaína. Yo se la negué. Ella me insistió y yo no quise ceder, ya he explicado los motivos por los cuales no quería que ella se drogase. Ella se empezó a poner nerviosa por el mono que le estaba dando verme colocada, yo la vi nerviosa y quise distraer su atención porque esto solo podía acabar en una pelea o en un subidón compartido, así que la besé. Rodeé su cuello con mi brazo y estampé mis labios con los suyos mientras me cambiaba la droga de bolsillo por si ella intentaba quitármela. El ruido de los coches ensordecía sus quejidos y sus intentos de librarse de mí, finalmente me dio un empujón y me dijo que estaba pirada, que esta había sido la mayor locura que me había visto hacer por proteger mi droga.

Yo quise darle dramatismo a la situación y la dije que siempre la había amado, pero empecé a reírme como una loca al escucharme decir eso. Ella me gritó que me estaba comportando como una idiota y que no entendía por

qué no compartía con ella. Yo seguí riéndome sin parar. Se dio la vuelta y se fue caminando lentamente a su casa mientras yo sonreía por el éxito de mi maniobra de distracción. Tal vez esto tenga poca relevancia en mi vida, pero tenía muchas ganas de escribirlo, de recordar su cara de shock y sus manos temblorosas limpiándose los labios mientras su boca lanzaba insultos y quejas. Yo no la perseguí, me quedé allí sonriendo y mirando al infinito hasta que se me pasó el subidón después me fui a casa. Ella estuvo dos días sin hablarme y al final tuve que ser yo la que la escribiera un sms disculpándome por mi actitud, ella me contestó borde, más enfadada por mi egoísmo con la cocaína que por el beso de distracción. Pero lo arreglamos.

Tres días después de la reconciliación volví a colocarme con cocaína y se me fue la olla totalmente. Me coloqué por la mañana en la playa y cuando creía que se me había pasado el efecto quise volver a casa. Estaba en la estación de Sants esperando el metro que me llevase a mi barrio cuando escuché que por megafonía anunciaban un tren con destino Madrid.

Kiko estaba en Madrid haciendo una capacitación de cinco meses, yo pensé que amaba a Kiko, que estaba muy sola sin chicos, que Madrid era genial porque allí no me conocía nadie y podría drogarme todo lo que quisiera. Deduje que lo que más necesitaba en mi vida era subirme a ese tren y escaparme a Madrid, y espontáneamente compré un billete y me subí dispuesta a cruzar seiscientos kilómetros sin avisar a nadie y sin un plan. No me arrepentí hasta que cruzamos Zaragoza dos horas después, pero ya era demasiado tarde para volver atrás. Apagué el móvil porque sabía que tarde o temprano me llamarían mis padres y no sabía cómo fingir ni qué excusa poner. Me dormí en el tren mientras dejaba atrás Cuenca, Ciudad Real y Guadalajara, que es la última ciudad manchega antes de llegar a la capital.

Cuando bajé en Madrid ya eran las siete de la tarde, paré a comer algo en la cafetería de la estación y después llamé a Kiko. Le dije que estaba en Madrid, que había venido a darle una sorpresa. Él llegó en un taxi media hora después, al principio muy contento y muy guapo con su uniforme. Con una sonrisa radiante en la cara, pero después su expresión cambió lentamente mientras veía mi evidente subidón de cocaína y la obviedad de mi acto irresponsable y espontáneo. Supongo que aún tendría cara de estar colocada y él es bueno deduciendo. Empezó a gritarme en medio de la estación sobre lo peligroso que era drogarme y como lo seguía haciendo sin control, sobre lo irresponsable que había sido coger un tren sin más y lo preocupada que

debía estar mi familia. Me dijo que esta había sido la mayor locura que me había visto hacer por las drogas. La segunda vez que alguien me decía esa frase en menos de una semana. Yo rompí mi silencio y corté su reprimenda diciendo que había venido porque le amaba no por las drogas. Él dijo que yo no le amaba, que solo me amaba a mí misma y me concedía todos los caprichos que quería, pero que él no iba a ser mi capricho.

Le dije que si entonces me iba a dejar allí tirada y tras un largo silencio donde realmente se planteó hacerlo me dijo que no, que se quedaría conmigo en un hotel y me metería en el primer tren que saliera para Barcelona el día siguiente. Me obligó a llamar a casa, pero yo solo mandé un sms a mis padres y apagué el móvil antes de que pudieran llamarme. Kiko reservó una habitación en un hotel del centro, cerca de la estación, con camas separadas porque no quería dormir conmigo. No me habló en toda la noche, cuando bajamos a cenar al restaurante del hotel intenté sacarle algo de conversación, pero solo dijo que hablaría de mi dependencia cocainómana. Yo no quería hablar de drogas así que me dejé dominar por el silencio.

Antes de ir a dormir cometí mi tercera locura pues salimos a pasear para tomar el aire y vi anunciado en unos carteles un concierto de Alejandro Sanz para esa misma noche. Yo era muy fan y me encantaban sus canciones, le dije a Kiko que me tenía que llevar, que mereciera la pena mi escapada, que hiciéramos un bonito recuerdo de un momento tan tenso. Él dijo que yo tenía otras cosas que pensar más importantes que un concierto, yo dije que si me llevaba aceptaría hablar con él de mi problema con las drogas. No tenía intención de hablar de eso, pero tenía muchas ganas de ir al concierto y sabía que eso funcionaría. Kiko accedió sin prometer que fuera capaz de conseguir entradas, sin cambiarnos de ropa cogimos un taxi hasta Las Ventas, el sitio donde era el concierto y conseguimos unas entradas en la reventa, bastante caras, pero al menos no me iba a ir de Madrid sin un recuerdo feliz.

Entramos en la plaza de toros de Las Ventas y nos hicimos hueco entre la multitud, el concierto ya había empezado hace un rato y Kiko se quejaba del dinero malgastado, pero a mí me daba igual, me sentía en una película romántica. Escuchando mis canciones favoritas al lado del chico que amaba, aunque él pensase que todo fuera un estúpido capricho. En medio del concierto quise besarle, pero él se mostró tenso y me rechazó dijo que no me pasase, que las cosas no eran así, que estaba enfadado conmigo y no iba a aprovecharse de la situación. Yo le dije que si acaso me veía fea. Él no me

contestó así que me enfadé y me fui a otra zona a terminar de ver el concierto. Con las últimas canciones directamente lloraba por la emoción de escucharlas y por el rechazo de Kiko. No era la primera vez que me rechazaba, era insoportable para mí no poder tenerle nunca. De vuelta a casa fuimos callados en el taxi, pero el rompió el hielo diciéndome que no me veía fea, que para él yo era hermosa, pero que las cosas entre nosotros no iban así. Me besó la mejilla y yo apoyé mi cabeza en su hombro. Por la noche dormimos en camas separadas y cuando él quiso tratar el tema de las drogas yo me hice la dormida, por la mañana quiso intentarlo de nuevo y como yo me negué me dijo que así nunca íbamos a estar juntos si yo no cumplía ni las promesas simples. Pensé que tenía más posibilidades con Clara que con él.

La locura no fue ir al concierto, y tampoco intentar besar a Kiko. La locura fue llamar al camello en medio de las canciones y decirle que dejase dos gramos de cocaína en el colegio y que Marta los recogería y yo se los pagaría al volver. Marta empezaba el colegio antes que yo porque aún iba a la ESO y los de bachillerato empezábamos días más tarde, es por eso que pensé que el colegio era un buen punto de entrega. Sabía que mis padres me iban a castigar por mi fuga y quería tener cocaína a mano para superar el momento, no quería que Marta se tuviese que desplazar mucho por conseguirla por si acaso no la dejaban salir. Después decirle a Claudia por sms que le dijera a Marta que el día siguiente recogiese la cocaína también fue bastante estúpido (Marta estaba castigada sin móvil, pero no recuerdo por qué) sobre todo porque no razoné que mi madre también se llama Claudia y le mandé el mensaje a ella. La estupidez del momento juntada con la resaca del subidón me hizo delatarme. Pero yo no me di cuenta porque volví a apagar el móvil.

Y a fin de cuentas no necesité haberlo sabido de antemano porque nada que hubiera planeado hubiera podido cambiar mi destino. Marta no sabía nada del encargo porque el sms se lo había enviado a mi madre, el camello fue a darle la droga y ella no quiso cogerla porque no tenía planeado comprar nada y mucho menos quería hacerlo en el colegio después de haberse librado de una pillada por poco el curso pasado. El camello se puso a gritarla y ella acabó aceptando la droga para no llamar la atención de los profesores. Pero es que los profesores ya lo sabían. Habían estado sospechando de Marta desde que habían cogido a Clara, Angela y Amy, pero como el colegio había cerrado por vacaciones no habían hecho nada. Nada más comenzar las clases volvieron a la investigación y registraron a Marta sin previo aviso y la

encontraron con la cocaína. Tal vez debería detallar más esta parte, pero yo no estaba presente y Marta lo ha olvidado para siempre. Solo sé lo que ella me contó, y lo que ella hizo fue cubrirse las espaldas y salvarse la vida todo lo que pudo y delatarme, hacerme quedar como un monstruo malvado y adicto que la obligaba a drogarse y a traficar. Tal vez era ese monstruo, pero ella fue muy egoísta al quitarse toda la culpa y confesarlo todo todo y todo. Cualquier persona decente habría salvado lo máximo posible del secreto, o al menos lo habría intentado, pero Marta sabía que si colaboraba y le echaba teatro podía salvarse y no pagar las consecuencias. Los profesores llamaron a mis padres, aunque mi madre ya estaba esperando la llamada (había leído el mensaje a media mañana, si lo hubiera sabido antes creo que no hubiera dejado a Marta ir al colegio). No sé que pasó en ese rato, después se llevaron a Marta a casa y ella tranquilamente les contó la misma versión que a los profesores. Su confesión traicionera era como una puñalada en mi pecho, cada palabra era un dardo directo a mi conciencia y yo no sabía nada.

Yo estaba en Madrid. Despidiéndome de Kiko, subiéndome al tren en plan positivo, sabiendo que me esperaba un castigo por la fuga pero que podría sobrellevarlo con la cocaína que Marta me conseguiría y con la compañía de mis amigas en las clases que estaban a punto de empezar. No sabía que ya me habían pillado y me ha costado muchos años razonar que, aunque yo no hubiera metido la pata con el sms o, aunque el camello no hubiera ido al colegio, me habrían pillado igual porque ellos ya tenían el registro a Marta planeado y Marta llevaba droga encima, otra droga a parte de mi cocaína. Y lo digo en alto que era algo inevitable, que yo sabía que cualquier día me pillarían, que el único error fue haberme estado drogando. Que en el fondo me lo merecía, que había estado haciendo muchas estupideces, muchas locuras constantes, aunque para mí la mayor locura que me he visto hacer fue reconocerlo todo y aceptar la culpa sin intentar defenderme. Pero eso lo contaré en otro capítulo porque antes de dormir me quiero entretener con el recuerdo de mi viaje en tren de vuelta a casa escuchando a Alejandro Sanz.

LO MEJOR DE TODO ES PODER CONTARLO

EPÍLOGO

Cuando aparecí por casa después de mi inesperada fuga a Madrid lo primero que sentí fue una fuerte bofetada de mi madre sobre mis mejillas, después otra, otra más, y otras más. También muchos insultos, pero no insultos de ofender, sino insultos de "eres la deshonra de la familia", "cómo has podido hacer esto, imbécil", "te parecerá normal ser tan mala persona", ese tipo de insultos, que son los que dicen los padres. Yo no entendía lo que estaba pasando, pero supuse que era por mi escapada, como pude me aparté de su campo de acción para evitar más golpes y dediqué un par de segundos a contemplar la escena en mi salón. Mi padre estaba sentado en un sillón mirándome con cara furiosa, Marta estaba llorando en el sofá con la cabeza entre las manos y Claudia estaba comiéndose un yogurt, tranquilamente ajena a todo. A simple vista no había nada fuera de lo común pero rápidamente reparé la mirada de nuevo en Marta y pude ver cómo a su lado yacían mi bolso y su mochila completamente vacíos; también pude ver toda nuestra droga, mi droga, sobre la mesilla del salón. Rápidamente lo entendí todo, bueno, no entendí nada, pero supe que me habían pillado, es que a la misma

vez que lo entendí quise dejar de entenderlo porque ya sabía lo que se avecinaba y no estaba preparada para afrontarlo. Me quedé paralizada como una estatua.

EN EL SIGUIENTE LIBRO...

Durante los últimos tres años, Alejandra ha vivido sin ley ni orden en su vida, descontrolada y alocada, sin pensar en las consecuencias o en su integridad. Ha pasado momentos fuertes, momentos tristes y momentos de éxtasis total. Ha amado y ha odiado, se ha sentido querida y ha deseado venganza. Ha desarrollado su personalidad en torno a sus vicios y debilidades. Ahora, después de que su familia ponga límites a la situación, debe aprender a convivir con sus errores y anhelos. Debe rehacerse y afrontar todas las consecuencias de sus actos. ¿Es posible borrar un pasado tan turbio? ¿El amor puede sobrevivir a tanta tragedia? ¿Encontrará el camino de vuelta a sí misma sin dañar a nadie?

Adicción a la vida.